



Universidad de Chile
Instituto de la Comunicación e Imagen
Escuela de Periodismo

**FEMINISMO Y RESISTENCIA: MUJERES MIGRANTES
LATINOAMERICANAS/CARIBEÑAS Y AFRODESCENDIENTES
CHILENAS ACTIVISTAS POR EL DERECHO A HABITAR**

EVA LUNA GATICA RÍOS

MEMORIA PARA OPTAR AL TÍTULO DE PERIODISTA
Modalidad Crónica Periodística

Profesora Guía:
Ximena Póo Figueroa

Santiago, Chile
Diciembre, 2021

AGRADECIMIENTOS

Quisiera agradecer a todas las mujeres que participaron en esta crónica, que me abrieron las puertas de su corazón y de sus vidas para que yo pudiera contar sus historias de activismo por la defensa de los derechos de sus comunidades, así como sus sueños y miedos.

Agradezco a mi familia, que me acompañó durante todo este proceso y en especial a todas las mujeres que la componen: mi mamá, mis abuelas, mi hermana y mis tías, que con su infinito amor y cariño me enseñaron el poder de ser mujer.

A la profesora Ximena Póo que me guió en este proceso con su inmensa y valiosa sabiduría. Sus palabras de motivación y su confianza en mi proyecto me ayudaron a no flaquear durante este arduo proceso.

A cada profesor y profesora del ICEI que durante estos cinco años me ayudaron a crecer y me orientaron hasta este punto de mi vida. Gracias por demostrar cada día su amor por la enseñanza y por el periodismo.

ÍNDICE

PRÓLOGO	4
PRIMERA PARTE	7
Mujeres migrantes activistas por el derecho a una vida digna.....	7
El activismo migrante en el Norte de Chile.....	12
Feminismo, género y migración.....	33
Un activismo no partidista.....	42
Activismo en comunidad: Historias desde el sur de Chile.....	51
SEGUNDA PARTE	71
Activistas afrochilenas por el derecho al reconocimiento.....	71
La semilla del florecer afrochileno en Chile.....	77
El poder de un legado: El intento tras el escaño negado.....	90
La danza como una forma de lucha.....	98
Una vida como extranjera en su propio país.....	108
EPÍLOGO	122
ENTREVISTAS REALIZADAS	125
BIBLIOGRAFÍA	126

PRÓLOGO

En el contexto de la redacción de la Nueva Constitución en Chile es de suma relevancia reconocer a los actores que quedaron fuera de este proceso histórico: el pueblo tribal afrodescendiente que, según la Encuesta de Caracterización Afrodescendiente, cuyos resultados se entregaron en el 2014, son más de ocho mil personas; y la comunidad migrante, que se compone de casi un millón y medio de personas, según datos del INE entregados en 2021.

Ambos grupos tienen representantes en todo el país, que son conocidos como activistas y que, al margen de este proceso y con las dificultades que conlleva, durante 2021 siguieron luchando porque se consagren y se reconozcan los derechos de sus comunidades a través de organizaciones que activan discusiones, demandas, manifestaciones y aportan con articulaciones con la academia y con otros sectores vinculados a organismos internacionales.

La desigualdad que existe hoy en Chile repercute en las comunidades migrantes y afrochilenas que, en este momento, no poseen poder político para hacerle frente a las exclusiones a las que se enfrentan diariamente, que se ven agudizadas por el racismo y la opresión colonial que surgen de los prejuicios raciales de una sociedad chilena que ha negado históricamente la ‘morenidad’ (Fernández & Herrera, 2017;45).

En esa línea, llegan los/as activistas que, a través de una participación activa en la sociedad, logran representación en lugares donde el racismo institucional y estructural no les permitía entrar. “Los movimientos sociales van entendiendo que su fuerza está en convertirse en la voz y la expresión de los que no tiene voz a escala local y global” (Subirats, 2017;4).

La importancia de su papel radica en que son gestores de políticas públicas, sociales y culturales, en virtud del bien común de sus comunidades. Generan apoyos solidarios, encuentros culturales y, a su vez, luchan contra la discriminación, el racismo y la exclusión que viven los grupos a los que buscan ayudar.

Discriminación y exclusión que se intensifican cuando hablamos de mujeres migrantes y afrochilenas que, además de hacer frente al racismo que hay en Chile, se enfrentan al machismo de una sociedad que aún no abandona el colonialismo de sus raíces.

En ese sentido, toma absoluta relevancia darles voz a las mujeres activistas que dentro de sus luchas también incorporan el feminismo y la igualdad de género. Por este motivo, esta memoria incluye crónicas de diez mujeres activistas migrantes latinoamericanas/caribeñas y afrodescendientes chilenas que tienen historias de lucha dentro de todo el territorio por la defensa de sus comunidades, que se convirtieron en sujetas políticas y que, además, empoderan a otras mujeres. El relato está construido bajo un sentido territorial, la primera historia parte en el norte y así se viaja hacia el sur de Chile.

Estas mujeres, pese a no estar dentro de la Convención Constitucional, están escribiendo una historia aparte, movilizando a sus colectividades para, de todas maneras, incidir en la agenda pública. Como activistas, tienen la capacidad de levantar y ayudar a sus comunidades de manera organizada. Sin ellas, estos grupos no tendrían representación, lo que le da mayor valor a su trabajo que muchas veces no es reconocido públicamente.

Por otro lado, se quiso rescatar las historias de estas diez mujeres porque en su mayoría además de ser activistas, sin ser periodistas, son comunicadoras; algunas tienen programas en radios comunitarias, otras los tienen de manera online a través de redes sociales, o incluso tienen miles de seguidores en sus redes que las convierte en focos de difusión de ideas e información importante para sus comunidades.

Además de las crónicas, también se quiso incorporar datos e información verídica sobre la situación migratoria y la de los afrodescendientes en el país. Porque sus experiencias nos permiten reflexionar no solo sobre activismo, sino también sobre las historias de estos grupos que dejaron de ser un fenómeno reciente, como es el caso de los migrantes, sino que ya se instalaron en las bases de nuestra sociedad.

Asimismo, esta memoria busca contar cuáles son los sueños, anhelos y pasiones, que llevaron a estas mujeres a tomar este duro camino del activismo. Se quiso indagar en qué las motiva, por qué lo hacen y en cuál es su historia de vida, que las lleva a diariamente dejar los pies en la calle buscando ayudar a otros desinteresadamente. Ser mujer y activista conlleva riesgos como la exposición pública, el enfrentamiento contra quienes no están de acuerdo, o incluso pueden llegar a recibir amenazas, como ya las hemos visto contra activistas medioambientales como Verónica Vilches. Frente a estos riesgos, ¿qué las motiva a continuar luchando por el resto? Con este texto esas preguntas se intentan responder.

La importancia de esta memoria también recae en que “en el estudio del activismo político, las relaciones personales y sociales de las personas hasta ahora han recibido escasa atención. Los estereotipos de edad y pertenencia generacional han sido fundamentales para mantener una agenda de investigación que ignora en gran medida las experiencias de los muy jóvenes o muy viejos y la diversidad de experiencias dentro de las generaciones” (Aruldoss, *et.al.*, 2020;50). En ese sentido, este texto incluye experiencias de mujeres activistas que van desde los 22 hasta los 74 años y, además, se indaga en sus relaciones interpersonales.

Por otro lado, independiente de las diferencias de edad de estas activistas, lo cierto es que ser una persona negra en Chile, donde la mayoría no es racializado, o ser extranjero en una tierra que no es la tuya, puede hacer sentir a alguien muy solo/a, excluido/a e incluso rechazado/a. Por eso, la importancia de estas mujeres adquiere un cariz particular si hablamos de los espacios de encuentro que ellas generan, donde las personas se apoyan, se acompañan, se ayudan, se entienden y se sienten seguras, especialmente en el contexto de la emergencia sanitaria que vivió el país a partir de 2020.

Pese a la pandemia, estas mujeres siguieron en acción y sus historias reflejan el poder de la reinvención y la evolución que vivieron las organizaciones sociales y el activismo en sí, a raíz de los desafíos que conlleva el covid-19. La pandemia no paró el racismo, la discriminación y la exclusión social, y ellas antes que nadie pudieron percibir los riesgos que sus comunidades iban a enfrentar y lograron reducir el impacto. Estas son sus historias de lucha, que reflejan su valentía y poder, pero también los sacrificios personales que significa una vida de esfuerzo y voluntad.

PRIMERA PARTE

MUJERES MIGRANTES ACTIVISTAS POR EL DERECHO A UNA VIDA DIGNA

El trabajo de las mujeres activistas migrantes dentro del contexto migratorio chileno ha ido adquiriendo mayor relevancia en estos últimos dos años a causa del proceso constituyente que vive el país. La necesidad que vieron las y los migrantes organizados, que pertenecen a diversos colectivos, de verse representados e incluidos en la redacción de la carta magna, los hizo exigir y rebuscar un espacio que ellos sentían que les correspondía por derecho y para ello postularon a diversos candidatos.

A diferencia de los pueblos indígenas de Chile, ni siquiera existió una discusión política en la que se pudiera asegurar un escaño reservado para este grupo, que es cada vez más numeroso y que según estimaciones del INE representaban a 1.462.103 habitantes del país a diciembre de 2020 (INE,2021). Por este motivo, ellos exigían tener una voz que los representara; para que la Convención esté a la altura de los tiempos transnacionales y también para garantizar el respeto a sus derechos humanos, tan mermado por las leyes migratorias chilenas.

Aún ante la negativa del mundo político, los y las migrantes igualmente se hicieron un espacio en la constituyente participando como candidatos. Un ejemplo de ello fue la Lista “Movimientos Sociales Plurinacionales e Independientes” con candidatos migrantes como Catalina Bosch Carcuro, cubana y candidata por el Distrito 9, integrante de la Coordinadora Nacional de Inmigrantes; y Manuel Hidalgo, peruano y candidato del Distrito 10, del mismo colectivo.

Cuando Catalina y Manuel lanzaron su candidatura, un domingo 8 de noviembre de 2020, estaban rodeados de gente, el viento primaveral soplaba entre los migrantes que, reunidos en torno a ellos, los escuchaban con esperanza. Las palabras “justicia”, “respeto”, “humanidad”, “inclusión”, resonaban en sus discursos y como quién está haciendo historia, en medio de la Plaza de Armas, un lugar emblemático de la lucha migrante, anunciaban sus candidaturas. En ese

momento todavía ni siquiera tenían claro los distritos por los que iban a competir, pero ese ímpetu activista de ser parte de esta Nueva Constitución los convocó y acompañados de muchos de sus compañeros se atrevieron a exigir ese espacio que merecían y no dudaron en hacerse visibles a la prensa, al mundo político y a los chilenos.

Pese a que ninguno de los dos pudo alcanzar un puesto en la Convención, esto sienta un precedente y demuestra la importancia que tiene el activismo de los y las migrantes en este país, que, si bien han adquirido relevancia recientemente, su trabajo inició hace muchos años.

Los migrantes desde que llegan a Chile, de una u otra forma, buscan a sus connacionales para enfrentar la marginalidad que viven dentro de una cultura racista y discriminadora como la chilena. A partir de ahí, muchas organizaciones han nacido con un enfoque político o cultural, para mantener tradiciones y celebraciones, además de formar redes de apoyo entre ellos. Un ejemplo es el ejercicio que hacen los migrantes bolivianos en Tarapacá que viven en Iquique, que se reúnen en el casco histórico de la ciudad a celebrar y conmemorar sus fiestas patrias cada 6 de agosto (Páez,2017).

Aun así, como se mencionó anteriormente, el trabajo de los activistas, y específicamente, de las activistas mujeres, no se queda solo en el ámbito cultural ni el constituyente, también existe un activismo político migrante importante en el país, que las ha llevado a ocupar múltiples espacios en la prensa mediante protestas, comunicados y conversaciones con diferentes miembros de la vida pública y política.

El trabajo político que hace la Coordinadora Nacional de Inmigrantes Chile, bajo la actual tutela de Vanessa González, es bastante representativo de este activismo político. La Coordinadora constantemente se está manifestando por los derechos de su comunidad y en rechazo, por ejemplo, a la actual y nueva Ley de Migraciones promulgada en 2021 o en contra de las expulsiones irregulares que se llevaron a cabo durante los meses de abril, mayo y junio del mismo año. Frente a lo cual algunos grupos de migrantes y promigrantes, unidos a la Coordinadora, realizaron protestas performativas en el centro de Santiago vestidos con overoles blancos para mostrar la manera en que el Estado expulsa a los migrantes, y para representar las

experiencias traumáticas que vivieron al momento de su salida del país. Esta iniciativa nació desde la articulación de mujeres organizadas, como se verá más adelante, entendiendo que “las campañas, la organización comunitaria y las políticas de protesta (manifestaciones, peticiones, huelgas) también se identifican en la literatura como actos políticos, aunque implican a un número mucho menor de personas” (Aruldoss, *et.al.*, 2020;43).

También está el caso de la Red Nacional de Organizaciones Migrantes y Promigrantes a la que pertenecen numerosas organizaciones de diversas ciudades como Iquique, Antofagasta, Valparaíso, Santiago, Talca, Concepción, Temuco, Valdivia, Puerto Montt y Punta Arenas, y que constantemente están publicando comunicados para denunciar situaciones de abuso de derechos a la comunidad migrante, como en el caso de la crisis que se vive en la frontera de Colchane-Pisiga. Muchas de estas organizaciones también se dedican a ayudar a sus connacionales en términos sociales, brindándoles apoyo en sus trámites migratorios o dándoles alimentos en momentos de necesidad, los que aumentaron exponencialmente durante la pandemia.

En ese sentido, muchos colectivos tuvieron que poner una pausa a sus labores políticas para hacer funcionar ollas comunitarias, desayunos e incluso canastas para cientos de familias migrantes que se han acercado a ellos en busca de ayuda, como se verá más adelante en las historias sobre mujeres migrantes activistas que han dado todo y más por poder ayudar, siempre buscando el bien común de su comunidad, amigos y familia.

Así, hay numerosas activistas que dedican su vida a defender sus derechos y los de quienes dicen representar. Como lo afirma la Red Jesuita con Migrantes Centroamérica, en el caso de las migrantes:

“Muchas mujeres ocupan roles fundamentales como promotoras y defensoras de derechos en materia migratoria o se han consolidado como referentes en los ámbitos de investigación y denuncia, tanto en espacios nacionales, como internacionales. También, han asumido con notable liderazgo, el impulso de acciones claves en torno a las realidades más apremiantes de la migración forzada, que van desde asistencia humanitaria, hasta procesos de sensibilización, facilitación de trabajo organizativo con

migrantes o familiares y reformas jurídicas que sean consecuentes con el respeto de los derechos humanos, más allá de la nacionalidad o el estatus migratorio” (Red Jesuita con Migrantes Centroamérica,2016).

Su activismo tiene que ver con algo que menciona Paula Guerra, activista migrante de SOS Madrid (Guerra, 2017), con el hecho de pasar de ser objetos a sujetos políticos. Un activismo reforzado por un discurso feminista que busca posicionarlas como líderes de sus propios procesos y luchas, y, asimismo, empoderar a otras mujeres a tener un rol activo en la sociedad. Despojándose de la herencia cultural patriarcal que envuelve la vida de todas las mujeres.

Por otra parte, la importancia del activismo de las mujeres migrantes también recae en que el 49,1% de la migración extranjera en Chile corresponde a mujeres, que, según datos del INE, ha ido aumentando levemente durante los últimos tres años de estimación, ya que en 2018 se estimaba un 48,7% de mujeres extranjeras (INE,2021).

Mujeres que en su mayoría sufren a diario una situación de vulnerabilidad interseccional, por el hecho de ser mujeres, migrantes, de clase media baja y muchas veces también por ser mujeres con rasgos fenotípicos racializados, ya que como exponen algunos expertos, “Algunos datos nacionales evidencian dentro de estas tendencias, una doble exclusión de las mujeres inmigradas en particular, en tanto su condición de extranjera y su condición de género (...), ya que experimentan discriminación por su condición de mujeres no nacionales, pero también por las desigualdades estructurales de género” (Alvarez,2016;56). Es por esto que muchas mujeres activistas, no son solamente activistas por los derechos de los migrantes, sino que también por los derechos de las mujeres.

Siguiendo a Mut, por el término de activista entenderemos a la persona que mantiene una acción o una actividad sostenida con intención de efectuar un cambio de índole social o política. Algunas de las activistas se vinculan a la defensa de los derechos humanos o a promover procesos de cambio que aspiran conscientemente a modificar las relaciones entre hombres y mujeres promoviendo el mejoramiento de la posición de la mujer. En este último caso, su

objetivo es emancipar a las mujeres de su subordinación para alcanzar la igualdad, la equidad y el empoderamiento mediante el acceso al control de los recursos y a las decisiones tomadas en el hogar, la sociedad civil y el Estado (Mut,2015;49-50).

Una variante de este concepto es el de activista transnacional, que se da en el caso de los migrantes que llegan a Chile y que no abandonan ni olvidan los conflictos políticos que existían en sus países de origen, un ejemplo ocurrió el 30 de abril de 2019, cuando en Plaza Italia se reunieron cientos de venezolanos para protestar en contra del régimen de Nicolás Maduro y a exigir su salida. “Hoy, gracias a los avances en las TIC, y muy especialmente a Internet, los migrantes son capaces de tejer redes de activismo político que sobrepasan las fronteras. Así, el tradicional espacio político constituido por el Estado-nación es desbordado pues los migrantes pueden estar aquí, y, a la vez, participar aquí y allá” (Cano & Chao, 2015;757). Otro ejemplo de lo anterior se vivió en julio de 2021, cuando decenas de cubanos se reunieron a las afueras de la embajada de Cuba, ubicada en la comuna de Providencia, para protestar en favor de las manifestaciones que se estaban llevando a cabo en La Habana en contra del manejo de la pandemia del coronavirus de parte de las autoridades, la crisis económica y las restricciones a las libertades civiles.

Es importante comprender que los migrantes no olvidan la vida política y cultural que tenían previo a su desplazamiento y, en muchos casos, esto es uno de los motivantes para rescatar en los países de llegada esa vida política que mantenían, mediante actividades culturales y también mediante actividades políticas, como se verá a lo largo de esta memoria. En esa misma línea muchos migrantes consideran fundamental enseñarles a sus hijos cuando han nacido en Chile sobre sus raíces, sobre sus fiestas típicas y días festivos, así como también de la vida política que se vivía y vive previo a su desplazamiento.

En ese sentido, tanto la política como la cultura son fundamentales para las activistas migrantes y afrocaribeñas, por lo que a lo largo de estas historias se verá cómo se han dedicado a reivindicar estos aspectos. Desde hace años, no solamente luchan por sus derechos, sino que también por el derecho a habitar su cultura en el Estado de Chile, muchas veces con un tremendo costo emocional e incluso físico.

El activismo migrante en el norte de Chile

El concepto de migración internacional es definido por la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) como, “movimiento de personas fuera de su lugar de residencia habitual y a través de una frontera internacional hacia un país del que no son nacionales” (OIM, ONU Migración). Por su parte, las Naciones Unidas definen al migrante internacional como «alguien que ha residido en un país extranjero durante más de un año independientemente de las causas de su traslado, voluntario o involuntario, o de los medios utilizados, legales u otros» (ONU). Por otro lado, para el Ministerio de Salud chileno, “los dos componentes esenciales de la definición de migrante internacional son el cruce de una frontera política –de un país a otro– y la intención de asentamiento” (Minsal,2017;6).

En el mundo, según la Organización de Naciones Unidas, al año 2019 el número de migrantes internacionales sumaba cerca de 270 millones de personas (Noticias ONU,2019), según la misma entidad, “el número de migrantes internacionales ha crecido más rápidamente que la población mundial” (Noticias ONU,2019). Mientras tanto en la región, el número de migrantes de América Latina y el Caribe en el mundo es de aproximadamente 30 millones, alrededor del 10% de los migrantes alrededor del globo (Escobedo, 2016;508).

Y, a diciembre del 2020, en Chile se estima que hay un total de 1.462.103 personas extranjeras, de las cuales 744.815 son hombres, los que representan el 50,9% del total, mientras que 717.288 son mujeres, concentrando el 49,1%. Además, los principales cinco colectivos provienen de Venezuela (30,7%), Perú (16,3%), Haití (12,5%), Colombia (11,4%) y Bolivia (8,5%), los que suman en conjunto aproximadamente el 79,3% del total (INE & DEM,2021;16).

Ahora bien, “las migraciones no son un fenómeno reciente ni localizado. Hombres y mujeres abandonan sus países buscando trabajo y supervivencia empujados por la pobreza, las guerras, los conflictos civiles y las persecuciones que ponen en peligro sus vidas” (Córdoba & Tijoux, 2015;7), desde hace muchos años. No obstante, recientemente Chile ha experimentado un crecimiento exponencial de migración internacional, especialmente de migración sur-sur, producto de los conflictos y situaciones críticas que han experimentado países como Venezuela o

Haití, que han llevado a sus habitantes a buscar el sustento en otros países. Esto conlleva un fuerte proceso cultural de adaptación al nuevo territorio de acogida, el cual está lleno de incertidumbres e inseguridades.

Eso lo sabe muy bien **Ana Rosa Zuleta Villarroel**, feminista boliviana de 28 años y habitante de Iquique. Ella es una de las mujeres que en la Región de Tarapacá se dedica al activismo por la defensa de los derechos migrantes y, además, presta asesorías y brinda ayuda a quienes lo necesiten por medio del trabajo que hace en las organizaciones donde colabora, que son la Asamblea Abierta de Migrantes y Promigrantes de Tarapacá, Mujeres Migrantes en Chile Tarapacá y Bolivianos en Iquique, de la cual es fundadora. No obstante, cuando llegó a Chile reconoce que no estaba familiarizada con el trabajo social.

Ana pisó tierra chilena por primera vez hace diez años, tenía apenas 18 años y venía de Cochabamba, al centro de Bolivia, donde pasó gran parte de su infancia y adolescencia. Al cumplir la mayoría edad y con la mentalidad de trabajar en la cosecha al norte de Chile emprendió su primer viaje para estar cerca de tres meses en el trabajo agrícola, donde le ofrecieron ganar cerca de cinco mil dólares por trabajar durante esa temporada.

Ella creía que sería un trabajo normal, pero se equivocó. Vivió abusos que hasta el día de hoy no entiende cómo pudo aceptar y cree que, de haber recibido asesorías sobre las leyes chilenas al momento de su llegada, su historia en el país hubiera sido muy distinta.

“Yo vine con la mentalidad de venir a trabajar en la cosecha, que era por temporada. (En Bolivia) me decían ‘no, vas a estar tres meses, vas a ganar más de cinco mil dólares, te vienes y disfrutas tu dinero’, pero ya cuando llegué a donde tenía que llegar no era nada así, y hasta ahora existe ese tipo de fantasía con la que presentan las labores en Chile, hasta ahora hay esa fantasía que venden sobre Chile”, dice.

“A mí me gustaría gustarme recibir orientación cuando trabajaba, cuando tenía mis ofertas laborales por el tema de que yo no sabía que tenía que tener un contrato, yo no sabía que tenía que pagar imposiciones o seguro de salud, no sabía cuánto era el sueldo mínimo, (...) y lo peor es

que yo era joven, tenía unos 20 años, y bueno... me sentí a la vez violentada porque en mi trabajo había acosos. No tenía la asesoría femenina, feminista, y yo lo normalizaba, pero ahora yo me acuerdo y digo ‘¿Cómo pude permitir tanta violencia? (...) ¿Cómo yo pude permitir que sobrepasaran con mi presencia? ¿Con mi cuerpo? ¿Con mis rasgos? ¿Con mi forma de ser? ¿Cómo pude permitir eso? (...)’. Yo gracias a otras organizaciones pude empoderarme, pude orientarme, pero en esa etapa, cuando llegué, me hubiera gustado recibir ayuda”, agrega Ana.

Con el tiempo consiguió otro trabajo, era feriante y tuvo la oportunidad de viajar por varias ciudades de Chile. No obstante, no le pagaban imposiciones y ni siquiera tenía un contrato. Tras unos años, logró entrar a trabajar a la Zofri en Iquique y empezó a tener más contacto con otros bolivianos, en ese momento fue cuando creó la página Bolivianos en Iquique, aproximadamente en 2016.

“Primeramente comencé con la comunidad boliviana internamente (...). Yo me destaco como la pionera ¿por qué? porque (la organización) se incentivó primero creando una página, después en la página se orientaba y funcionaba super bien, llegamos a tener más de 20 mil seguidores, y de ahí se hizo un grupo de WhatsApp (...) y ahí fue un boom revolucionario”, recuerda.

Pero antes de prestar asesorías a sus connacionales, el grupo se inició con otro fin, asegura Ana.

“Primero se empezó con incentivar la cultura boliviana, con incentivar celebraciones nacionales internamente de Bolivia, por ejemplo, el día de la madre boliviana, el día del niño boliviano, el día del aniversario de Bolivia, el día del profesor en Bolivia, hay muchas celebraciones internas específicas, entonces ahí yo empecé así incentivando la cultura, y de ahí mientras yo iba tramitando mis papeles, les decía ‘miren estos son los requisitos, tomen’ y se los enviaba, después ‘miren, así conseguí mi Rut provisorio laboral, tienen que ir allá’ y ahí me consultaban, ‘¿Qué tengo que hacer?’, ‘¿Qué tengo que decir?’, y ahí comenzó toda esa dirigencia”, cuenta Zuleta.

Durante 2020 empezó a estudiar Derecho en la Universidad Arturo Prat con la convicción de aprender más sobre la legislación chilena y ayudar a los migrantes que necesitan asesorías legales, antes había estudiado la misma carrera en una universidad privada, pero no pudo continuar por no poder pagar; sin rendirse decidió retomar sus estudios porque siente que esa es la manera en la que podrá ayudar más.

“Yo forcé a que mi estudio sea derecho. Por el tema de que existe un gran vacío en la asesoría legal a las personas migrantes, yo también soy migrante y necesitaba esa asesoría. Me vulneraron, me explotaron, me acosaron y cuando acudí a un abogado me dijeron ‘no, que te van a cobrar, que es muy caro’. Nadie entendía de leyes migratorias, nadie podía asistirme sin un RUT, y por eso decidí estudiar derecho. Es una carrera muy difícil (...). Necesita de mucho tiempo, pero bueno... hay que seguir intentando. Nos está yendo bien hasta ahora, y ahí esperemos que siga yendo bien. Tiene que seguir bien”, reflexiona.

Además de sus estudios, Ana es mamá soltera de un niño de 8 años que nació en Copiapó, y trabaja en la Oficina Municipal de Migración de Iquique, donde se dedica a orientar a extranjeros en temas relacionados con la salud, la educación, el trabajo, los trámites y en todo lo que ella pueda asesorar.

“Desde que empezó la pandemia estoy trabajando en la Oficina Municipal de Migración en Iquique, (quienes) han dado un pequeño espacio para que se pudieran adherir a esa oficina personas migrantes, ya que entre personas migrantes hay un poco más de confianza, de fluidez en el tema de orientación, de comunicación”, explica.

“Cuando ingresé era una oficina de orientación a la población migrante y de asistencia. Por ejemplo, en el tema escolar (...), en el tema de los Cesfam. Si en un Cesfam había una persona migrante en situación irregular (yo le explico) cómo orientarla, a dónde poder acceder, a qué organizaciones, a qué instituciones, etc. Actualmente, somos la entidad, en toda la región de Tarapacá, más sostenible por el tema de la crisis migratoria que se vive actualmente con la comunidad venezolana. La mayoría dice comunidad venezolana, pero es en general de muchas

más: colombiana, panameña, haitiana, porque todos están ingresando de manera irregular por las fronteras Colchane-Pisiga”, sostiene Ana.

“Ahora la Oficina se ha potenciado y contamos con el apoyo institucional de OIM, ACNUR y World Vision (...), (ya que) se ha visto muy visibilizada internacionalmente la región por este tema de la crisis migratoria”, asegura Ana, y agrega que estas entidades han implementado funcionarios y asistentes sociales en la región para responder a la situación migratoria que se vive en el norte.

Además de las ayudas que presta en la Oficina, también trabaja arduamente en las organizaciones. Durante el primer año de la pandemia, junto a la comunidad boliviana de Iquique, realizaron ollas comunes y también apoyaron a migrantes que se encontraban en albergues.

“El barrio boliviano está en Esmeralda con Juan Martínez, en el sector norte de Iquique (...), en ese barrio boliviano hay comida boliviana, hay hoteles de bolivianos con arquitectura boliviana, entonces, justamente ahí pedí ayuda, para el tema de hacer una olla común, a los diferentes comerciantes y nos dieron así a la primera: ‘yo tengo un restaurante vacío, está *plantado* en la pandemia, ocúpalo como olla común’. Ahí estuvimos un mes, y solo duramos un mes porque mucha gente ya necesitaba trabajar, los voluntarios, mucho cansancio, se repartía comida todos los días (...)”, comenta.

“El 12 de abril se cerró la olla común y se decidió festejar el día del niño boliviano. Varias organizaciones chilenas nos donaron varios bocaditos, bolsas de regalo, y este año (2021), se celebró el día de la madre boliviana a puertas del consulado (...), ahí estuvieron repartiendo la tradicional salteña (empanada boliviana) y bebidas, lo que también fue gestionado por líderes bolivianos”, dice Ana, quien destaca que la olla común, que entregaba mínimo 200 platos diarios, no era solamente para bolivianos, sino que para todas las personas que lo necesitaran.

“La olla común no era para bolivianos, era para toda la población: chilena, migrante, extranjera. Nosotros como extranjeros no distinguimos entre quién necesitaba o quién merecía un

plato de comida (...). Nosotros teníamos la bandera boliviana ahí al frente, la wiphala, y todos decían ‘ahh, solo es para bolivianos’, ‘no señora, si usted lo necesita, pídale y lo vamos a dar sin discriminación, sin distinción nacional’, y se sorprendían, se sorprendían las personas. Pocos medios resaltaron esa pequeña obra social, pero ahí estuvimos nosotros apoyando como comunidad extranjera. Y se abrieron otras más, en Alto Hospicio, que es otra comuna, pero en las tomas (...), ahí igual hubo muchos compatriotas migrantes que hicieron sus ollas comunes, y que igual quedaron en el anonimato, pero quedaron presentes y destacaron con su propia comunidad”, resalta.

“Antes de la olla común había una crisis en la población migrante boliviana. Cuando se cerraron las fronteras se abrieron como tres albergues en Iquique y nosotros como bolivianos no quisimos, por ejemplo, dejar de lado el apoyo que nos dio la municipalidad. Entonces, dijimos ‘está bien, ustedes nos dan los albergues, nosotros vamos a poner el alimento’, ya que no todos los que estaban varados tenían las posibilidades de poder sustentar la comida todos los días porque había mucha gente en situación precaria, que incluso no les habían pagado, los habían botado sin derecho a nada. Y el 90% de esa población que quería retornar a Bolivia y no podía, venían de las cosechas, de cosechar poroto, papa, aceituna”, dice Ana.

“Entonces, con el mismo grupo que hicimos la olla común decidimos dar los 3 alimentos; desayuno, almuerzo y cena; a los diferentes albergues, y aparte, se dio insumos de aseo y plantas medicinales para que entre ellos pudieran tomar sus precauciones con la medicina natural, compramos cajas de eucalipto para que ellos se hicieran hierbas, se hicieran vapores, compramos manzanillas, compramos después alcohol gel, mascarillas, todo eso se dio en los albergues, y a los niños se les daba juguetes, material didáctico, también ropa abrigada. Realmente fue un trabajo muy grande en ese tema de asistencia a los albergues, y fue hecho gracias a bolivianos que ya están establecidos en diversos negocios. Estaban importadoras de carnicería (...), también empresarios hoteleros, empresarios de restaurantes, la misma población trabajadora donaba verduras, arroz para poder cocinar y para poder sustentar los albergues”, cuenta.

Con todo el trabajo que realiza, admite que siente que le falta tiempo, pero que no duda en continuar ayudando a los demás. “Estudio, trabajo, soy mamá, dirigente y los tiempos se hacen

cortos, muy cortos, y cuando incumplo a una me siento muy vacía, yo digo ‘No, no puedo. Tengo que hacerlo. No puedo decir que no’, porque es un ritmo de vida que cada día va acelerándose, pero va haciéndose más satisfactoriamente por la persona que me caracterizo ser, por la persona que quiero ser”, dice.

De hecho, ella afirma que, entre las principales motivaciones para continuar diariamente en la defensa de los derechos de las personas migrantes, está la sensación de poder ayudar.

“En general la migración que llega a Chile es una migración, no la quiero llamar precaria ni vulnerable, o sea, llegan personas de la clase social obrera, que ellos, su ritmo de vida es trabajar y sostener a sus familias. No les da tiempo de orientarse, de leer determinadas leyes, deberes o procedimientos que ellos no pueden alcanzar en el internet o buscarlos, porque, por ejemplo, en la comunidad boliviana, la mayoría que viene a migrar a Chile viene de los pueblos interiores, y que se dedican a la agricultura o a la agronomía, (...) entonces es población migrante que quizás, en sus determinadas comunas, no han tenido una accesibilidad tecnológica y obviamente acá ellos llegan con la mentalidad de ‘trabajo, trabajo, trabajo’. Yo también era muy ignorante en el tema, ‘¿Dónde tengo que ir? ¿Cómo es una fotocopia? ¿Qué es un scanner?’. Entonces, yo me pongo en ese lugar, pienso cómo llegué, cómo aprendí y cómo puedo enseñar, y eso es lo que me motiva, me motiva ayudar. Y cuando la gente me dice ‘gracias, señorita, ya aprendí’, ‘ya me enseñó’, ‘ya me indicó’, ‘gracias’, y obviamente esa persona no queda en el aire, no queda vulnerable, sabe cómo ya empezar a defenderse o empezar a orientarse, eso es lo que me motiva a mí. No dejar en esa vulnerabilidad a esa persona y que obviamente aprenda. Es eso lo que me satisface”, reconoce.

Otro aspecto muy importante en su vida tiene que ver con el movimiento Mujeres Migrantes Tarapacá, ya que asegura que el feminismo la ha empoderado y le ha servido para empoderar a otras mujeres, entendiendo el feminismo como los principios o movimientos de lucha por los derechos de la mujer. Desde siempre han existido mujeres que han marcado una diferencia para resaltar los derechos de las mujeres (Carpio, *et.al.*,2028;131), y esto es algo en lo que Ana se destaca. “Cuando llegué no me creía capaz de nada, pero asistí a talleres, asistí a reuniones, donde yo misma hice partícipe a muchas amistades mías. Ahora dirigen otras por su

parte, otras junto a mí y tienen esa motivación (...). Yo creo que el ejemplo de uno motiva a otros”, opina.

“Y exclusivamente, en el Movimiento Mujeres Migrantes Tarapacá, con la difícil diversidad cultural nacional que existe, se implementa lo que es el tema del feminismo. En ese tema yo puedo comentar que no es una orientación fácil. Es una orientación muy difícil por la diferencia de pensamiento, de crianza, de visibilización, de religión. Hemos tenido muchas dificultades, por ejemplo, al principio éramos 50 compañeras, todas motivadas a apoyarse, a ser solidarias, a trabajar, a ayudarse en sus emprendimientos, así todo bien. Pero al hablar del feminismo decían, ‘No que las feministas abortan, que no abortan. Que yo no apoyo. Que no, yo creo en Dios’... pero ahí estamos. Ahí estamos con las compañeras de Mujeres Migrantes. Ahora somos poquitas, somos como 18. Pero estamos, seguimos ahí con las diferencias, pero en pie”, añade.

El trabajo que hace Ana, de ayudar y asesorar a otros migrantes y especialmente empoderar a otras mujeres es un trabajo muy importante porque, en cuanto a las personas que han llegado a nuestro país, casi la mitad de ellos son mujeres, como se destacó anteriormente, un número importante de las cuales muchas necesitan de estas ayudas.

Por ahora, Ana asegura que seguirá trabajando en asesorías, y que, junto a sus organizaciones, estarán pendientes del desarrollo de la convención constitucional, ya que sienten que hará falta esa voz dentro del órgano. “Nosotros como organización decidimos estar pendientes de cada artículo, y salir a las calles, protestar, organizarnos, vamos a estar muy pendientes (...) con la Red Nacional de Migrantes, en redactar cada artículo porque sabemos que corremos riesgo, los que estamos con definitiva, los que estamos con temporaria, los que no estamos con nada, todos corremos riesgos solamente por la especificación de una nacionalidad”, sostiene Ana, quien es consciente de las dificultades a las que se enfrentarán los migrantes ante la poca solidaridad que han de mostrado los candidatos frente al tema migratorio ya que “nadie quería ensuciar su candidatura por el tema de la crisis migratoria”, finaliza, con un tono crítico. No obstante, está segura de que las cosas tienen que cambiar, porque al ser más de un millón de migrantes en el país inevitablemente deberán tener un espacio dentro de la política, algo que

espera que suceda más pronto que tarde, y como sea, ella seguirá trabajando como activista, la única herramienta que tiene para mejorar la vida de sus connacionales y el resto de la comunidad migrante.

Con ideales similares, en otro lugar de Tarapacá llamado Alto Hospicio, vive **Lorena Zambrano Burbano**, una ecuatoriana de 37 años, vocera y fundadora de la Asamblea Abierta de Migrantes y Pro Migrantes de Tarapacá, más conocida como AMPRO, Lorena al igual que Ana, también es activista; de hecho, ambas se conocen y se reconocen por su trabajo con sus respectivas comunidades. Zambrano también participa en la Red Nacional de Organizaciones Migrantes y Pro Migrantes, en Mujeres Migrantes en Chile Tarapacá y es profesora del grupo de danza afro Matai Malk, donde reivindica los bailes tradicionales de su cultura afroecuatoriana, algo que aprendió de su madre antes de llegar al país. Lorena, que es originaria de Quito, lleva más de una década en Chile y ya se siente una residente.

“Yo llegué en el año 2009. Ya se van a cumplir 12 años de mi estadía aquí, por tanto, ya soy como una residente, no nacionalizada, pero si una residente. Tengo tres niños y soy madre soltera. El mayor tiene 18, el otro que sigue tiene 12 y la última tiene 9, ella si es chilena, los otros dos son de Ecuador. Se vinieron muy chiquititos”, dice. “Primero viajó mi mamá y después me vine yo con los niños”, agrega. “Viví en Iquique primero hasta el año 2015 y después ya pasé a Alto Hospicio a mediados de ese año, y ahí me quedé en Alto Hospicio, no me he movido”, cuenta.

Lorena asegura que apenas a los tres meses de llegar a Chile comenzó su trabajo como activista, puesto que desde antes de venirse ya tenía esa vocación. “Yo vengo desde Ecuador con una carrera dirigencial por mi madre, entonces ya es algo normal en mí”, dice. Con esos ideales, Lorena en 2012, no dudó en fundar un colectivo en su región, porque estaba convencida de que hacían falta instancias de organización entre los migrantes, a raíz de eso, un día ella y un grupo de personas migrantes, en su mayoría mujeres de diferentes nacionalidades, armaron AMPRO, una asamblea que no es jerarquizada, por lo que cualquier miembro es tomado en cuenta a la hora de tomar decisiones. Ellos querían diferenciarse del resto de los colectivos por lo que desde un

principio optaron por esta modalidad. Actualmente, participan cerca de 22 migrantes y promigrantes de la región, que a su vez pertenecen también a otras organizaciones.

“AMPRO no tiene un presidente fijo, yo soy como la vocera principal, pero de ahí cualquiera en algún momento puede ser el mismo representante. No tenemos cargos fijos porque dentro del mismo AMPRO hay más organizaciones con sus propios presidentes y sus propios espacios. Por eso es asamblea abierta, para evitar cargo alguno, y así todos en algún momento somos voceros, todos tenemos la misma información, en cualquier momento cualquiera puede reemplazar a cualquiera. Entonces rotamos todos los cargos y así aprendemos todos de esto”, comenta.

Aunque también, hay un ideal político detrás de esta decisión, asegura Lorena, y es que estaban “cansados de esta ideología, de que las organizaciones funcionales territoriales tienen que ser solamente ligadas a un secretario, a un tesorero, a una directiva y que todo se diga que si al gobierno”. “Las organizaciones sociales eran consideradas solamente para comida, baile y no había una organización que cumpliera el rol de ‘organización social’, donde realmente se viera un trabajo completo, donde tú te encargues de recolectar por tu trabajo gente que se acople, universitarios, gente profesional, que en verdad entregue todo su conocimiento en una organización, no hay, esas son fundaciones, tienen otros nombres, pero una organización que sea capaz de proyectarse, y lanzar proyectos sociales que sean beneficiosos, nosotros somos la única”, dice.

AMPRO fue fundada en 2012 y durante dos años trabajaron sin un título, “estuvimos trabajando sin nombre desde el comienzo. Al principio éramos solo mujeres, y hoy seguimos siendo en su mayoría solo mujeres. Luego ya en el 2014 toma nombre este conjunto de organizaciones, que primero eran puras organizaciones migrantes sin personalidad jurídica. Después, la Asamblea fue abriendo su horizonte al mundo académico, a personas que compartan los mismos ideales y propósitos, y también se trabaja con varias instituciones del Estado dentro de los trabajos que tenemos territorialmente”, afirma Lorena, con respecto a las relaciones de la Asamblea, que son transversales y se entrelazan a diferentes organismos cuando es necesario.

Con respecto a esa necesidad, en la región, “la que se lleva el trabajo más pesado es AMPRO”, dice Lorena, ya que hacen “de todo”, afirma, para proteger los derechos de las personas migrantes y buscar salidas a las problemáticas que los aquejan. “Hacemos de todo. Trabajamos en el ámbito social, jurídico, cultural. Tratamos de reivindicar la mesa de psicología, estamos en antropología que nos ha ayudado mucho, el área social... Mientras otros duermen nosotros hemos seguido trabajando de pie, reinventándonos para no dejar a la gente sola, porque lamentablemente estamos como para abajo en este sistema de gobierno. No hay un gran apoyo, por ejemplo, en lo que es la revisión de tramitaciones de los compañeros”, dice Lorena, y es que tiene muy presente la problemática que afecta a su región desde hace aproximadamente tres años, se trata de la llegada de migrantes de manera irregular, algo que han tenido que afrontar con las herramientas que tienen a su alcance.

“Realmente ha habido un alza importante, que no es que sean muchos, el problema es que nunca se han visto, como lamentablemente la región es pequeña, nunca se han visto situados en un solo lugar y eso es lo que, científicamente hablando, causa lo que hemos determinado como aporofobia, eso es lo que a la gente le da realmente miedo, el miedo a la pobreza, al desorden, a lo que está pasando. Por otro lado, lamentablemente la prensa no ha jugado un rol a favor, o más bien dicho, neutral dentro de esto, de una mirada crítica sin herir, al contrario, han sido muy hirientes en los últimos comunicados, han sido muy dañinos, y esto nos ha traído consecuencias como lo estamos viendo ahora, el enfrentamiento de los mismos vecinos con la misma ciudadanía migrante, e incluso la misma ciudadanía migrante hacia los mismos migrantes. Entonces, esto es lo que se causa cuando no hay conocimiento o no se quiere ver la realidad de una manera transversal de lo que hoy día acontece, que son las malas políticas de gobierno que hacen posible todo este desorden, en todo ámbito”, critica Zambrano con respecto a esta crisis humanitaria que se vive en la región, que ha causado que los migrantes, al verse sin un lugar donde hospedarse, se queden en plazas públicas, lo que ha causado problemas de diversa índole.

De hecho, la Seremi de Salud de Tarapacá en julio de 2021 declaró a la Plaza Brasil de Iquique como una zona de riesgo sanitario, ya que estimaron que en el lugar existían deficiencias sanitarias que la convertían en un riesgo para los migrantes, así como también para los habitantes de la comuna, a causa de una especie de campamento que habían armado los migrantes para

quedarse en la Plaza (Cooperativa,2021), algo de lo que como organización estuvieron muy pendientes ayudando y también buscando la reubicación de la mayor cantidad de personas que pudieron.

“Efectivamente tratamos de sacar a la gran mayoría de las personas de la Plaza Brasil. Se trató de hacer un trabajo colaborativo grande, tanto en ayuda social, en pasajes; o sea, todo el mundo puso su granito de arena para poder por lo menos sacarlos de ahí, pero lamentablemente también hubo una gran cantidad que no tiene a dónde irse. Entonces, tú no puedes querer que haya un cambio cuando no hay una propuesta de cambio de parte de las autoridades a una realidad que acontece, ¿cómo sacarlos y a dónde? ¿a dónde los llevas? Esa realidad no se ha querido establecer en una mesa de trabajo porque simplemente pensamos que no le interesa al gobierno regional. Una propuesta de cambio de parte de nosotros sería solucionarles el problema a ellos. Nosotros no hablamos de darles algo cómodo sin nada a cambio, sino que hay que sentarse con una propuesta de trabajo de la mano, con una dupla psicosocial, con una propuesta laboral, con iniciativas para que se haga realmente un cambio como corresponde. Esa es la manera, no regalándoles, pero sí dándoles una oportunidad de cambio a una nueva mejor vía”, reprocha Lorena, quien ha visto la falta de iniciativa del gobierno para mejorar la situación de las personas en su región, dejándolas a su suerte prácticamente, y ahí es cuando ellos como organización, asumen cierta responsabilidad y ayudan a los que pueden, con diversas campañas, ya que no manejan dineros.

“Se hacen hartas campañas, tanto de dinero como de ropa, de lo que se necesite. Y cuando hay donaciones de hartas cosas, por ejemplo, de ropa en buen estado, les decimos (a los migrantes), ‘bueno chiquillos vendan, y de ahí mismo revendan y hagan dinero’”, como una forma de darles capital, dice. “También, tratamos de inscribir a los niños en los jardines, en las escuelas, movilizándolos a las casas de acogida. Como te digo, hablando con el perro y el gato para poder ayudar. Y esa es la verdad, o sea, tenemos que reinventarnos y pedir auxilio incluso a Santiago porque aquí en el norte la tenemos perdida, realmente aquí hay puras críticas, quejas, pero no hay acciones”, se lamenta.

En suma, como AMPRO, se concentran en hacer mucho trabajo social, enfocándose en las ayudas humanitarias, pero también, les interesa mucho la política, ya que sienten que por ahí está el camino hacia la mejor calidad de vida de los migrantes, por ello siempre están dispuestos a sentarse a la mesa con las autoridades regionales y, además, sacan comunicados y hablan con la prensa, cuando la contingencia lo amerite.

“A la fecha, han sido hartos años de trabajo, de caídas, de subidas, de llantos y de risas, para poder lograr lo que hoy día tenemos conformado, hasta llegar al punto de tener abogados, que eso es lo más difícil”, dice Lorena, orgullosa de lo que han logrado hasta ahora, y segura de que seguirán creciendo. “Somos una organización potente, una organización que ha sido capaz de poner a temblar al gobierno y de unir a más organizaciones, eso ya te da una plusvalía o te da a entender que creciste, que ya estás sonando, que los diarios te llaman, los diseñadores te llaman, entre otros. Te da la oportunidad de crecer y decir ‘bueno, estamos preparados para seguir creciendo o proyectarse más allá’”, pero no ha sido fácil, “ha sido un trabajo muy largo”, agrega, pero a pesar de lo arduo que ha sido, confía en que podrán continuar con el proyecto, que la apasiona y la ha mantenido en el activismo.

“La organización de nosotras no solamente son personas que terminan su día laboral, se juntan para ciertas cosas y se van. Somos más allá, somos amigos, compartimos mucho y yo creo que esa complicidad nos hace distintos, porque no se vuelve como un rol de ‘yo tengo que ir ayudar a alguien y después si te veo no me acuerdo’. No. Va más allá y eso es lo que nos ha mantenido en pie, la capacidad de humanizarse, de sentirse con el otro, de pensar y ponerse en la postura del otro, eso hace posible que tu entiendas de mejor manera cuál es tu rol y lo que tú quieres entregar para la población”, añade. Ellos, “han estado en los momentos más difíciles personalmente también, y he aprendido de cada uno de ellos para tener su fortaleza, han sido también mi red de contención dentro de todo”, confiesa.

Asimismo, a raíz de este interés por ayudar a otros, durante 2021, Lorena comenzó a estudiar Trabajo Social en la Universidad Santo Tomás en Iquique, convencida de que esa es la carrera con la que podrá entregar más apoyo a quienes se lo soliciten, pero también como una meta personal que le costó años alcanzar, debido a que primero tuvo que completar la enseñanza

media. “Hace dos años me puse a estudiar (en 2019) para terminar el colegio. No había terminado porque estaba enojada con el Estado Chileno por no haberme reconocido en su momento los años de estudio que ya tenía, pero después dije, ‘no, me tocará estudiar lo que ellos dicen que me falta’, así que decidí hacer la jornada nocturna, estudié dos años, saqué el cuarto medio y me metí a la universidad. Me gané la beca presidente de la república, la verdad es que recibí todas las becas que he podido y que me he ganado estudiando”, cuenta Lorena. “Yo tengo vocación para eso”, afirma.

Por otro lado, también quería demostrar que los migrantes sí son letrados, algo que, según ella, no es reconocido por las autoridades. “Lo que pasa es que el sistema de gobierno cree que las organizaciones se forman por personas que en su mayoría no tienen estudios, que son gente del pueblo, gente ignorante y de eso hacen un abuso. Las creen carentes de tener esa habilidad de pensar, de proponer políticas públicas, todo eso. Entonces dije no. Cansada de esa mirada que nos tienen, dije no. Este es el momento de demostrarles que en las organizaciones se puede tener una estructura de profesionales que son personas comunes y corrientes, y que tienen la capacidad de auto educarse, aprender y proponer, sentarse a la mesa con bases y negociar desde esa mirada. Entonces eso es lo que también me impulsó para terminar una carrera y seguirme preparando dentro de lo que voy conociendo, para poder ayudar de mejor manera también”, comenta.

Lorena sostiene que está estudiando su carrera, además, “para poder focalizar de mejor manera las ayudas que el Estado tiene, los migrantes no saben muchas de ellas, por desconocimiento y porque el estado no ha sido claro en ciertas políticas que van dirigidas como un derecho universal. No se reconoce todavía que al ser sujetos de tramitación somos sujetos de derecho. Entonces mientras se siga desligando a la población migrante de esto, miles de fondos quedarán en el olvido y se regresarán al Estado y a la larga no nos hace nada bien”. Lorena, está convencida de que los extranjeros deben conocer los beneficios a los que pueden optar y la manera en la que se puede lograr ese objetivo es democratizando la información, algo que se le facilitó gracias a sus estudios.

Por otra parte, además de su labor en AMPRO, como se mencionó anteriormente, Zambrano también es profesora de danza de Matai Malk, un grupo de danza afroecuatoriano,

donde rescatan bailes ancestrales. “Lo que pasa es que nosotras (su madre y ella) pertenecíamos a una organización afro en Ecuador, entonces por mi madre, yo ya tenía eso. Ya teníamos un grupo de danza y ya veníamos con ideologías claras en cuanto a la africanidad no reconocida”, comenta Lorena, con respecto a las motivaciones que tuvo al momento de conformar esta agrupación, donde bailan, entre otras danzas, marimba, un baile tradicional de Ecuador que forma parte de la población descendiente de africanos asentada en la región colombiana del Pacífico Sur, así como en la provincia ecuatoriana de Esmeraldas, según información de la Unesco.

En ese sentido, Lorena cree que es muy importante rescatar las raíces negras del país y la cultura afrodescendiente presente en Chile, porque dice, que es algo que se está perdiendo cuando en realidad los afrodescendientes deberían “acoplarse por su genealogía y por la geografía que tenemos, corporal más que todo”, afirma, y por ello se ha dedicado a participar de proyectos que rescatan estos saberes ancestrales.

“En el año 2019, tuvimos un proyecto con la agrupación de Ecuador, para reconocer las culturas afrodescendientes migrantes y sobre cómo se olvida dentro de Iquique a dónde llegaron los afros. Se reconoce a los de Arica como un fuerte, pero se olvida que cuando fue la Guerra del Pacífico, los negros que trajeron a la guerra, tras terminar, se radicaron especialmente en Pica, en los pueblos del interior. Ese hecho histórico se está olvidando, y este proyecto fue para reivindicar eso, y para hablar sobre cómo las nuevas africanidades se van acoplando a este sistema multicultural no reconocido todavía por el Estado chileno y cómo también se va olvidando lo autóctono. A eso fue enfocado este proyecto, a que se recojan todas las culturas afro que siguen olvidadas desde la propia región”, asevera Lorena. Este programa, fue parte de un proyecto de cultura del Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, que buscaba difundir la cultura de la región, para el cual se realizó un video a través del que Lorena explicaba de este asentamiento en Pica y de lo que realizan como agrupación de baile.

Con respecto a los ecuatorianos como tal, Lorena dice que también se han ido borrando algunos de sus saberes culturales. “En el último censo que hicimos éramos como 3 mil, ahora tienen que haber crecido más. No hemos hecho otro censo porque está en discusión, ya que están los propiamente ecuatorianos, es decir, los que ya vinieron, y están los que han nacido aquí,

entonces desde ese censo hay que hacer una mixtura, ya que nunca se reconoce al hijo migrante como extranjero, se reconoce como que ya nació en Chile y se le borra su identidad familiar”, se lamenta.

En tal sentido, Zambrano cree que falta visibilización de la cultura migrante en Alto Hospicio, pero no solamente en lo relacionado a la música o la comida, sino que también en cómo la cultura afecta lo político, por ejemplo. “Yo tengo una visión distinta de lo que es la cultura, yo pienso que la cultura, si bien son los saberes ancestrales, si bien es la gastronomía, el baile, etc. va más allá, la cultura no puede solo enmarcarse en ese eje. Ahora estamos hablando de cambiar los derechos, de proponer políticas públicas de acorde a la cultura, o de cómo nos afecta algo culturalmente hablando. Ese marco está prácticamente dejado de lado. Ahora, si eso lo aplicas a ser migrante se endurece y se pone más compleja la realidad”, admite.

En esa misma línea, lamenta que no haya migrantes dentro de la redacción de la Nueva Constitución porque, según ella, harán falta sus ideas y su enfoque de derecho en estas mismas políticas públicas que menciona. No obstante, afirma que por la cultura racista que impera en Chile no tenía grandes esperanzas en la elección de un candidato o candidata migrante porque siente que aún faltan muchos años para lograr ese cambio. “Nosotros teníamos varios candidatos migrantes, dentro de esos estaba el apoyo a la compañera de la Coordinadora Nacional, que es un grupo de organizaciones distinto a la Red Nacional, donde nosotros pertenecemos. Aun así, por esa vez, unimos fuerzas, y se hizo un trabajo grande por Catalina Bosch, pero lamentablemente sabíamos que la teníamos perdida porque mientras no se abra este pensamiento libertario; como en Estados Unidos, cuando tuvieron al presidente negro; mientras la sociedad no esté preparada para entender la multiculturalidad, mientras nosotros no empecemos a reconocer desde nosotros mismos esto, prácticamente va a ser imposible, no vamos a avanzar. Entonces mientras nosotros no demos ese paso, no, olvídale no vamos a tener ningún avance, vamos a seguirla para atrás” comenta.

A pesar de todo, cree que la participación de candidatas “es un gran cambio, independiente de que no hayan quedado los migrantes dentro de esta constitución (...). Yo creo que ya eso nos da un hincapié del Chile que queremos, ¿y por qué digo el Chile que queremos?

porque de ahí tenemos que partir. Nosotros tenemos que tener esta capacidad de creernos el cuento de que somos de aquí, si no lo hacemos tampoco vamos a hacer un cambio”.

Con todo, Lorena también trabaja junto a la Red Nacional de Inmigrantes en un proyecto llamado Redar, un boletín de informaciones dirigidas hacia migrantes, que se puede encontrar en redes sociales. “Tenemos una revista que se llama Redar. Esta revista surgió a partir de la necesidad de tener noticias de lo que pasa a nivel nacional con la migración”, comenta Lorena. “Ahí nos juntamos, se habla de lo que hay en todas las regiones y esto se saca a la luz pública; cómo están trabajando las regiones, en qué están, qué se confabula, qué se planea. Ahora estamos trabajando con el tema de las expulsiones, en las campañas y todo lo que se pueda hacer referente a esto” agrega.

Dentro de su redacción participan migrantes, dice, de “Puerto Montt, de Trama que es de Temuco, Santiago, Iquique; compañeros de diferentes nacionalidades, haitianos, que eso ha sido lo más complejo, tener organizaciones haitianas organizadas dentro de las mismas organizaciones como la Coordinadora y la Red Nacional, por un simple hecho que es su forma de pensar en ciertas cosas. Ellos son muy religiosos, y eso ha sido complejo también porque las demás organizaciones que estamos, si bien somos católicas, la mayoría somos feministas, y hay que ser claros que la comunidad haitiana no acepta esto, por ello, es también complejo hablar muchas veces de ciertos temas”, recalca. No obstante, pese a las diferencias, cree que se ha logrado llegar a consensos, que es lo importante, pero también pagando un gran costo personal ya que todas estas reuniones requieren muchas horas de trabajo.

“Todos los sábados tenemos reuniones, tenemos que dar reportes, o sea, yo creo que es una de las tareas más difíciles porque tenemos que coordinar AMPRO todo el año, que ya es complicado. Y, además, nos salen tareas con la Red Nacional que tenemos que cumplir, o sea, es un trabajo, pero mortal. Los comunicados de prensa, todo lo que pasa, realzar la voz, moverte, etc. o sea, es una cosa de locos”, dice.

Y no sólo está el trabajo en las organizaciones, sino que también, ayuda por su propia cuenta a quienes se lo solicitan. “Yo no tengo vida la verdad. Imagínate que me saque otro

teléfono para descansar de mi primer teléfono y la gente igual consigue mi número privado e igual me llaman (ríe). Esas son las consecuencias de la fama dicen”, bromea. “Es complejo porque por más que tú quieras descansar un día y dejar todo ahí. No se puede porque todos los días surge algo”, confiesa. Cuando suena el timbre de su casa sus hijos dicen: “Ya la vienen a ver a mi mamá”, cuenta Lorena, porque, “hay mucha gente que ya conoce mi casa y va a mi casa, pero igual cada día es un día que uno no sabe con qué se va a encontrar. Es como la ‘Historia Sin Fin’, que cada día le pasaban a Atreyu cosas nuevas, es así”, agrega. “A veces me llaman a las 6 de la mañana y yo les digo ‘por favor déjenme dormir’, pero al final se entiende porque como la gente no encuentra soluciones, no tienen a dónde acudir y, además, se sienten identificados conmigo. Yo creo que eso es importante también, cómo me identifico en el otro, yo les digo ‘todo lo que a ustedes les pasó, a mí ya me pasó y era peor’, es como que me pongo en el lugar de ellos y les digo ‘ya, yo los entiendo, yo sé lo que es pasar por todo esto solos’”, de esa forma los migrantes se sienten en mayor confianza con ella.

“Se acoplan más porque sienten que están hablando consigo mismas, con alguien que entiende tu idioma, que no te juzga, sino que te escucha. Por eso nosotros cuando vamos a terreno con los chiquillos, siempre me presento yo, y les digo ‘ya este es nuestro equipo de trabajo, siéntanse en confianza’, para que ellos de alguna u otra forma puedan contar lo que necesitan y no se sientan incómodos. Nunca vamos con faceta de funcionarios, sino que más como algo amigable, entonces ahí la gente se siente más en confianza, nos ven como iguales, somos iguales, estamos en la misma condición”, añade con respecto a las veces que le ha tocado ir a visitar a personas en situaciones difíciles, acompañada de chilenos, por ejemplo.

Al sumar todo el trabajo en terreno, su vida personal se ha reducido, algo que sus tres hijos ya han asumido como natural, y están conscientes del trabajo de su mamá, aunque a veces les cueste aceptarlo. “La ventaja es que ya están grandes, y además mi mamá ha sido un apoyo tremendo en esto, pero igual es difícil porque los niños quedan mucho tiempo solos y muchas veces igual reniegan”, dice, por lo que no ha sido fácil poder compatibilizar su maternidad con su activismo. “Les enseño a ver que el tiempo que a veces no les dedico, no es porque no quiera, es porque les doy a otras personas la posibilidad de tener lo que ellos de a poco han podido tener. Y eso ellos lo valoran, porque les digo ‘¿se dan cuenta? ustedes tienen un plato que comer, tienen

un techo, tienen una mamá, una abuela, un papá, aunque sean separados, pero los tienen. Hay gente que no tiene eso, hay gente que no tiene estudios, hay gente que está mal y que necesita de alguien que le dé un empujón'. Entonces ellos ahí dicen, 'Ya mamá si tienes razón, tienes razón mamá'. Pero los recompenso, o sea, yo creo que a veces no es tanto el tiempo que pases con tus hijos, sino que la calidad de tiempo que les des. No sé ver una película, hacer una cena de algo que les guste, eso como que a veces llena más que pasar todo el día mirándolos", sostiene, consciente del sacrificio personal que ha sido para ella dedicar tantos años a la defensa de los derechos de las personas migrantes, pero también consciente de que por ser mamá, no debe dejar de lado sus aspiraciones y metas en la vida, algo que tiene muy presente gracias al feminismo, y también, gracias a las satisfacciones que le ha entregado su trabajo en la calle.

"Esto tiene su lado A y su lado B. El lado b, es eso, la satisfacción, el crecimiento personal, sacar proyectos que tú tienes pensados y que con un grupo de personas lo puedes lograr, por un bienestar común. Y el pago es eso, sentir a cada familia que ayudamos nosotros, está ahí la recompensa. De ver que lo que a mí me tocó años luchar ahora se facilita". Asimismo, añade, que su activismo le ha permitido, "conocer a muchas personas, muchas regiones que tal vez nunca hubiera podido conocer; pasajes gratis, cursos gratis, entonces, yo creo que eso también me ha ayudado mucho. Hay cursos que uno nunca se piensa pagar y que te lo ganes... entonces yo creo que también son los méritos y eso ya para mí es un pago, ya que te ahorres un curso de 200 300 lucas es una ganancia", agrega. El crecimiento personal que ella ganó gracias a su esfuerzo la impulsa a seguir adelante, porque al ver los frutos de su trabajo se da cuenta de que su lucha no es en vano. En este camino, ha podido ayudar a otros y a sí misma. Un camino de activismo que ella también espera poder traspasar a otros.

"Yo me siento feliz porque le hemos podido dar la oportunidad a los *cabros* de las universidades que vengan a hacer sus estudios y muchos se han quedado, entonces te das cuenta de que eres referente dentro de las universidades, y eso también es un plus, y una ganancia tremenda para decir que eres un buen maestro, por decir así, y que de tus niños van a salir grandes profesionales con reconocimiento social, que van a salir unas personas que van a saber valorar al otro, y eso no te lo enseña la universidad, eso lo aprendes en terreno. Eso da mucho qué decir de una organización, qué vale la pena, por así decirlo", asegura. Incluso, ella misma tuvo mentoras

en este camino. “Yo creo que sin mi mentora tampoco me hubiese animado, capaz que yo me hubiese *ponchado*, me hubiese desanimado, hubiese dicho ‘ya una organización más, no importa, *pa’* bailar, *pa’* reir, estar un rato y pare de contar’, pero al contrario ella me animó a ver mi misma realidad en el espejo y a seguir. Por eso, estoy agradecida de María Emilia Tijoux, seca mi profe, ella ha ido impulsando todas mis ideas locas”, confiesa Lorena Zambrano.

María Emilia Tijoux es una reconocida Doctora en sociología chilena, investigadora y profesora titular de la Universidad de Chile, y ardua trabajadora por los derechos de las personas migrantes, y fue en esas andanzas que ambas se conocieron. “Jamás me lo imaginé, fue algo raro. La María Emilia llegó a Iquique a dar un curso por la UNAB sobre teorías migrantes, pero yo no sabía quién era ella. Al terminar el curso, nos fuimos a cenar entre todos los compañeros, y dice ‘oye, vamos a ver a mi hija que va a tocar aquí en la plaza’, yo me imaginaba que era una artista así normal, pero estaba el escenario lleno, era Ana Tijoux, todos la aplaudían, y la Ana dice ‘ahí está mi mamá, saludos a mi mamá y a sus amigos’ y yo así como que no lo podía creer’, y digo ‘¿ella es tu hija?’, así toda sorprendida, feliz”, desde ese momento comenzaron a forjar una gran relación. Como también con sus otros mentores: Eduardo Cardoza, secretario ejecutivo del Movimiento Acción Migrante, y Francisco Basso, vocero de la misma organización. “Ellos son secos, de ellos he aprendido mucho. Precisamente cuando hay encuentros de la Red nacional. Este año (2021) nos tocaba Iquique y por la pandemia no pudimos hacerlo, pero estamos ahí con ganas de seguir yendo más allá”, se proyecta Lorena.

Con todo, para ninguna de estas dos mujeres, tanto para Ana como para Lorena, ha sido fácil llegar a ser lo que hoy son. El sacrificio personal que ha significado para ellas lograr ser activistas reconocidas y a partir de ahí provocar un cambio, ha sido un camino duro, de múltiples tropiezos. Para ninguna fue sencillo su asentamiento en Chile, tuvieron que afrontar muchos desafíos, abusos y miserias, pero no flaquearon. Sabían que no podían estar equivocadas al exigir mayor dignidad, y que su condición de migrantes no era un impedimento para gozar de los derechos que a ellas les corresponde. Ambas trabajan, son dirigentes, activistas y, además, mamás, un rol que no les ha impedido dejar su alma en la calle en su intención por ayudar a otros. Luchar y ser mamá para ellas es compatible, algo que han aprendido gracias al feminismo y que esperan otras mujeres también lo integren. Sus historias de activismo son inspiradoras para

cientos de otras mujeres, porque enseñan a que no hay que rendirse frente a las injusticias y que luchar por sus derechos con perspectiva de género es una importante y digna labor, ya que las mujeres se ven en una doble disparidad por su condición de mujer y migrante.

Feminismo, género y migración

Al hablar de género ya no se entiende este concepto como la desigualdad que existe entre el hombre y la mujer, sino que actualmente, no se separa el género de las otras categorías sociales que se entrecruzan en la vida las mujeres y que incluyen la clase social, el color de piel, el lugar de origen, entre muchas otras categorías, por eso, el feminismo y sus diversas formas de lucha, no se tratan solamente de abolir el machismo, sino que también ahora buscan el bien común de las mujeres que viven bajo estas diversas categorías que condicionan su vida, esto se conoce como la interseccionalidad, entendiendo este concepto como el cruce de múltiples categorías sociales, “la interseccionalidad se ha convertido en la expresión utilizada para designar la perspectiva teórica y metodológica que busca dar cuenta de la percepción cruzada o imbricada de las relaciones de poder” (Viveros, 2016;2).

En esta misma línea, de acuerdo con Verena Stolcke, cuando hablamos de género e interseccionalidad, “se trata de comprender cómo la intersección entre la clase, la raza y el género produce experiencias comunes, pero también diferencias en el hecho de ser mujeres y, por otra parte, por qué el género, la clase y la raza son constitutivas de la desigualdad social” (Stolcke, 2000;28). Desigualdad social que está determinada por las categorías sociales en las que están inmersas las mujeres, que en el caso de las mujeres migrantes y pobres puede llegar a ser muy profunda.

Esta autora que reflexiona entorno al género y al feminismo agrega que son conceptos que han ido cambiando de significado con el tiempo, y no solo de significado, sino que también han ido cambiando de enfoque. “Hasta hace poco, la teoría feminista enfocaba a las mujeres de modo general, como una categoría social indiferenciada. En los últimos años, no obstante, las mujeres negras, al sentirse relegadas por la falta de sensibilidad de las feministas blancas ante su opresión específica, plantearon un problema nuevo que hasta entonces apenas había sido tenido en cuenta” (Stolcke, 2000;27). Además, como se cita en Stolcke, ahora no puede separarse el género de la raza, los que configuran la clase, “ya va siendo hora de que prestemos una atención especial a las diferencias que existen entre las mujeres: Esta fase supondrá la formulación de construcciones

teóricas que aborden la diferencia y se ocupen de manera central de analizar cómo la diferencia racial se construye a través del género, cómo el racismo divide la identidad y experiencia de género, y cómo el género y la raza configuran la clase”(Moore, 1988;11 en Stolcke, 2000;27-28).

Por otro lado, tanto el fenotipo como la clase tienen una huella en la forma en que se percibe a las mujeres racializadas los que tienen su origen en las construcciones sociales que vienen arraigadas en la cultura de la sociedad patriarcal, “siempre que formas de desigualdad y exclusión son atribuidas a diferencias raciales se trata de construcciones sociohistóricas. Rasgos fenotípicos, aunque tiendan a ser interpretados como indicadores de diferencias raciales y a ser utilizados para legitimar prejuicios y discriminaciones racistas (Stolcke, 2000;34). Además, la autora añade que, “el racismo y el sexismo son doctrinas vinculadas y constitutivas de la propia desigualdad de clases en la sociedad burguesa” (Stolcke, 2000;41), por lo tanto, las mujeres migrantes, además de su condición de extranjeras deben enfrentarse a los prejuicios de la sociedad por tal condición, que muchas veces viene acompañada de sus rasgos racializados que hacen más difícil su inclusión en el territorio de llegada, no por su culpa sino que por la estructura racista que impera en la cultura dominante.

Esto es algo que tiene muy presente **Pierinna Michel Azoaje**, de 32 años, venezolana, feminista, socióloga de la Universidad Central de Venezuela y desde 2019, miembro de la Secretaría de Mujeres Inmigrantes, un colectivo que nació en 2018 con el fin de concientizar y resolver los problemas que enfrentan las mujeres extranjeras al llegar a Chile, los que se agudizan con el género.

El objetivo de la Secretaría es abordar los problemas de su comunidad bajo una perspectiva de género, y ayudar a las mujeres migrantes que llegan a Chile con los recursos que tengan a mano, estas ayudas van desde asesorías migratorias hasta datos e información para denunciar situaciones de abuso mediante los mecanismos que hay en el país. También recolectan mercadería y en ocasiones han realizado desayunos y almuerzos comunitarios.

En un comienzo, eran apenas seis mujeres las que participaron en la composición del colectivo, pero ahora, ya hay más de 50 mujeres que buscan participar, cuenta Pierinna, más

conocida como Michel entre sus cercanos. No obstante, oficialmente son siete las que se encuentran en el núcleo de la organización. “En un principio la Secretaría empezó siendo un proyecto entre amigas, tipo ‘bueno somos migrantes, tenemos varias ideas, vamos a empezar a organizarnos con otras mujeres migrantes que tienen otras ideas, que quieren hacer talleres, trabajos grupales, etc.’ Empezó así, y cada una se ha ido sumando porque: una amiga jala a la otra” dice Michel, quien, además, cuenta que buscan formalizar su organización apenas termine la pandemia. “Nosotras hasta ahora no nos hemos formalizado, queremos hacerlo como una organización civil. Pero entre nuestros trabajos y atender cualquier emergencia que salga en el momento, no nos hemos puesto a hacer el trámite de volverla una organización civil, por ahora es un colectivo que se ha formado así, a partir de amigas”, agrega.

“Nosotras tenemos un grupo amplio de mujeres que quieren ser parte de la Secretaría y que por ahora nos ayudan en actividades. No son parte porque es difícil unirnos y porque hay una serie de principios, criterios, que tiene que ver con que todas tengan el mismo pensamiento ideológico, la misma postura política”, dice la socióloga en relación con que buscan mujeres que se acoplen a la visión feminista que tienen ellas como grupo. “Entonces claro, para eso tenemos un grupo ampliado que no son parte de la Secretaría como tal pero que nos apoyan en ciertas actividades y ¡son muchas! Yo creo que debe haber como 50 mujeres migrantes: peruanas, argentinas, brasileñas, entre otras”, dice.

Por otro lado, asegura, esta red de mujeres también ha sido una red de apoyo para cada una de ellas, y que se mantienen ahí porque saben que encontrarán contención y protección. “Yo creo que va por ahí, por mantener también yo una misma red de apoyo, porque yo considero que la Secretaría para mí es una red de apoyo, son mis amigas, yo siento que son como mis hermanas y sé que cuento con ellas. Estar en ese colectivo para mí es súper necesario, cuando las conocí y empecé a hacer cosas con ellas dije ‘no, no puedo no estar espacio’ porque ellas son eso, mis redes de apoyo”, afirma con respecto a la sororidad que se ha formado entre las mujeres de esta organización.

A causa de la pandemia, no han podido hacer tantas actividades como quisieran, no obstante, durante todo abril y parte de mayo de 2020, la Secretaría brindó ayuda en la Plaza de

Armas de Santiago de Chile a cientos de migrantes dando desayunos o almuerzos, lo que estaba orientado a cualquier persona que lo necesitara. “Nosotras nos reuníamos todos los sábados en plaza de armas, en Catedral, y ahí se estuvieron haciendo los desayunos migrantes, pero bueno lamentable tres de las chicas se infectaron de covid, están bien, pero paramos por eso”, dice Michel, quien agrega que las tres mujeres que se enfermaron eran las que se ponían en la Plaza y estaban más expuestas al contacto con otras personas; ellas sabían las consecuencias a su salud que podía traer ofrecer este tipo de ayudas, pero aun así decidieron tomar el riesgo.

Ahora bien, lo que diferencia a la Secretaría de otras organizaciones sociales es que no solamente ayudan a las mujeres y sus familias a regularizarse o les prestan cooperación en relación con los alimentos, sino que su trabajo mayoritariamente tiene un enfoque de género, y en eso están basados sus proyectos más fuertes. “El objetivo de nosotras como Secretaría de Mujeres; más allá de orientar en trámites migratorios, porque creo que para eso está la Coordinadora Nacional de Inmigrantes; nuestro objetivo es más bien acompañar, jugar con el acompañamiento de mujeres, incluso a nivel psicológico, emocional. Tuvimos una idea inclusive de hacer una bolsa de empleo, de manera de que a las mujeres que acudan a nosotras, y que tengan un oficio o un emprendimiento, podamos ayudarlas. Tenemos una página de Facebook, que es como una pequeña bolsa de empleo donde las mujeres montan allí sus emprendimientos y vamos difundiendo de manera que cada quien pueda comprar y hacer como una pequeña feria virtual de los emprendimientos de todas estas mujeres. La idea entre nosotras es como acompañarnos. Si es tratar algún caso de violencia, acompañar ese caso de violencia, si es acompañar con el tema migratorio, bueno redirigirlas a los colectivos o a las organizaciones que sí tengan las herramientas para ayudarlos sobre todo a nivel legal o económico, si es que tienen que pagar algún trámite. Sobre todo, en la orientación legal porque la mayoría de las y los migrantes siempre piden mucha orientación en cuanto a sus trámites”, dice.

Otros de los proyectos que realizaron previo a la pandemia, tienen que ver con esta ayuda emocional y psicológica que menciona Michel. “Antes de la pandemia nosotras habíamos postulado un proyecto al fondo alquimia, ganamos dos, con uno hicimos un cuadernillo, como un protocolo para atender violencia de género en mujeres migrantes, que indica cómo acudir a un Fonasa, cómo acudir a un Cesfam, si necesitas ayuda psicológica, etc. Hicimos varios talleres de grupo, donde ubicamos a varias mujeres en la comuna de Recoleta y en Quilicura también. Y ahí

ellas contaban su experiencia en cuanto a la violencia como migrantes, si habían recibido violencia laboral, violencia física, acoso sexual. Entonces recopilamos toda esa memoria de los relatos que hicieron estas mujeres y a partir de ahí hicimos el cuadernillo de violencia con el protocolo para violencia”, subraya esta socióloga.

“Y el segundo proyecto que fue antes de la pandemia, era sobre feminismos y fundamentalismos, entonces ahí hicimos una campaña también sobre la violencia que genera el tema del racismo, hicimos la campaña de Ninguna Migrante es Ilegal. Todo esto en conjunto con la Coordinadora Nacional de Inmigrantes. Lo último que hicimos con ese proyecto fue que hicimos varios talleres de producción audiovisual, de radio y de locución, entonces la idea era que estas mujeres se formaran un poco en estos temas tecnológicos. Se crearon varios cortos donde estas mujeres contaban sus experiencias de vida en todo el trayecto de su etapa migratoria y generaron un cortometraje, y eso lo subimos a una página”, añade.

Además, asegura que quieren tener estos insumos en su futuro sitio web. “Está todavía en proceso nuestra página web de la Secretaría, y la idea es que tanto el cuadernillo como estos videos y cortos que hicieron estas mujeres estén ahí. Eso fue antes de la pandemia hasta ahí nos quedamos en cosas que tenían más que ver con el trayecto de las mujeres migrantes y no con el asistencialismo, porque una vez que empezó la pandemia nosotras nos hemos dedicado es simplemente a ayudar”, agrega, en relación con que últimamente se dedican más bien a atender emergencias.

Estas emergencias las resuelven buscando en sus propias redes de apoyo, contención y aportes. “Las canastas de comida, las campañas de invierno, campañas para el tema de la ley de regularización (...). Así hemos ido haciendo pequeñas cositas, pero últimamente todo ha sido más como ayudas. Se han juntado mujeres de Renca o de comunas más afuera de Santiago, a decirnos mira hay un cité y están sacando a mujeres porque no tienen para pagar el arriendo, entonces montamos una campaña, generamos comida o dinero y se las mandamos a estas personas para que por lo menos puedan resolver un mes y así es como hemos estado funcionando”, sostiene.

Por otro lado, la Secretaría tuvo un rol político muy importante durante la campaña de algunos candidatos a convencionales constituyentes y a concejales que estaban familiarizados y

solidarizados con el tema migrante. “En lo que va de este año (2021), todo el trabajo de nosotros ha sido direccionado en cuanto a las campañas, una de nuestras compañeras fue de candidata a concejala por Providencia (Taroa Zúñiga) y estuvimos de lleno apoyándola en la campaña, y también apoyando a la Coordinadora Nacional de Inmigrantes porque respaldaba a varios constituyentes y a una concejala también, entonces estuvimos más que todo haciendo apoyo en el tema de la campaña”, dice Michel, quien fue un apoyo importante para Taroa.

“El año pasado estuve cuidando a las hijas de una de las compañeras de la Secretaría, entonces igual nosotras nos apoyamos con el tema de la maternidad. De hecho, la apoyo porque ella también es migrante, ella fue una de las que se lanzó a concejala, y hacer política y tener hijos es complicadísimo. Ser mamá, mujer y hacer política no va de la mano. Entonces entre nosotras mismas nos apoyamos. ‘Bueno no tienes con quien dejar a los niños, yo los cuido, yo me los quedo, yo te apaño ahí para que tú puedas hacer campaña’. Y el año pasado estuvimos en eso y a principio de año igual. Un poco para apoyarnos porque además también cuando uno migra, migra sin sus redes de apoyo, no hay familia, entonces las amigas nos convertimos en esas hermanas, en esas tías”, asegura.

Con respecto a la política, en abril de 2021 hicieron una *performance* en la Plaza de Armas para demostrar su rechazo a las expulsiones y para exigir una ley migratoria con enfoque de derecho. “Lo último que hicimos fue un performance, en el que varias personas se vistieron con overol blanco y la campaña era ‘ningún migrante y ninguna migrante es ilegal’ precisamente para atajar esa acción que tuvo el gobierno de expulsar a migrantes, que fue una cosa anti-derechos humanos. ¿Cómo expulsas una cantidad de personas de esa manera sin saber a dónde los trasladas? Violando incluso el derecho a migrar porque todo el mundo tiene derecho a migrar y hacer su vida donde quiera, más allá de que lo hayas hecho por pasos ilegales, y lo que dice la norma es que tú como Estado no tienes el derecho de expulsar a nadie de esa manera, y sobre todo en un estado pandémico en el que ni siquiera prevés que esa persona llegue sano o sana a su país de origen. Entonces en eso estuvo ese performance, de eso se trató ese performance”, dice Michel, quien agrega que la idea de realizar este acto nació a partir de un Comité de Mujeres Migrantes que funciona como un ala a la Coordinadora 8M.

Incluso, a esta actividad, que se realizó en periodo de elecciones locales, “se unieron miembros de la Coordinadora, también estuvieron algunas candidatas a concejales, creo que estuvo Karina Oliva (excandidata a la Gobernación de la Región Metropolitana). Tuvimos el apoyo de varias candidatas y de varios candidatos a constituyentes y concejales. Incluso en ese performance hubo algunas chicas de la Coordinadora 8M”, cuenta.

No obstante, ella dice que algunos de sus connacionales criticaron el accionar de la Secretaría. “Fue súper criticado, sobre todo por la comunidad venezolana, porque tildaron de que fue una acción comunista, que Chile se va a poner igual que Venezuela. Yo después vi los comentarios en las redes y todo era muy negativo y yo no podía creerlo. La gente no entendía que más allá de la política es un tema de derechos humanos. Era una acción que llevaba un lenguaje político, un objetivo político, pero no de esa manera, no es que Chile se va a poner igual que Venezuela, no es que estaba lleno de comunistas. Ahí quiso participar el que quería, participó el que quería, y era más que todo por eso, un tema de derechos humanos. Hubo una cantidad de expulsiones absurda y bueno por qué no levantar la voz nosotros los mismos migrantes”, añade.

Con todo, para la Secretaría ha sido un golpe muy duro que los migrantes no hayan logrado un escaño en la Convención Constitucional. “Es lamentable, y había candidatos porque estaba la compañera Catalina Bosch y Manuel Hidalgo; de hecho, ellos fueron los dos que estábamos apoyando más. No sé si hace falta un poco más de tiempo, más trabajo de calle, que se conozcan más, además creo que es un proceso recién el que está viviendo Chile, el tema constituyente no tiene tiempo, apenas acaba de pasar, sucedió el estallido, se hizo la convención, ya las elecciones, entonces yo creo que esto es como el inicio, por eso hay que seguir dándolos a conocer, hay que seguir trabajando con estos colectivos, y todo lo que integre migrantes, y hacer el esfuerzo de hacerle ver al resto que los migrantes no afectan al país, no todos, si hay una gran parte que deteriora, que es violenta, que daña quizás la economía, como todos, pero también hay una gran parte de la población migrante que hace crecer al país, a nivel cultural, a nivel económico, social. Cuántos no se van a mezclar, algo que a lo mejor no lo vemos ahora, pero bueno pasan unos veinte años van a haber muchas mezclas. Entonces, es bastante rico contar con esa diversidad cultural”, dice. Además, “está ese espacio ganado y hay que seguir trabajando para darlos a conocer, para que sigan teniendo ese piso que lograron hacer con esta Convención, y

para que puedan más adelante estar ahí”, manifiesta, convencida de que los migrantes prontamente ocuparán espacios políticos, llevando las ideas de toda la comunidad al ojo público.

Por ahora, espera seguir trabajando junto a la Secretaría de Mujeres Migrantes, ya que dentro de su vida siempre ha existido ese llamado a trabajar por la comunidad. “En Venezuela también estaba relacionada al trabajo comunitario, igual por mi carrera me tocó hacer servicio comunitario, trabajar con comunidades, pero yo creo que cuando llegué a Chile sentí que era más necesario porque uno conoce cómo es la sensación de estar sin amigos, sin familia, sin nadie que te oriente en el tema migratorio, sin trabajo, entonces claro, que te encuentres con alguien, un grupo de mujeres que está dispuesto a ayudarte, a solucionar alguno de estos meollos que se dan cuando migras, es super necesario. Entonces claro, yo digo ‘cómo no participar en un colectivo como este si yo también sufro parte de esos problemas porque soy migrante’, aunque sé que a mí no me pega en la misma medida que otras mujeres, pero saber qué le afecta a otras mujeres, creo que eso es lo que me motiva a seguir y a mantenerme”, dice Michel, quien, además de ayudar, también le gusta participar en actividades políticas, “a mí me gusta la política”, afirma.

Por eso, espera seguir mezclando su voluntad política con su vocación por el servicio a los demás, algo que siempre ha tratado de compatibilizar en su vida laboral y en su trabajo en la organización, ya que ella, además, trabaja en la Embajada de Venezuela en el país. “Fue así en plena pandemia. Se desocupo un cargo por una amiga, me comentó, y bueno afortunadamente estoy ahí, y digamos que también hago un trabajo político, porque lo que se hace en una Embajada es precisamente ayudar a los compatriotas que están aquí con sus trámites”, sostiene. “Se trata de darle agilidad, de no convertirnos en un ente que dilate estos trámites, porque ya con Extranjería los venezolanos tienen todo el cúmulo de que es lento, que es muy burocrático, etc. Entonces nosotros como Embajada de Venezuela tenemos el objetivo de no convertirnos en lo mismo, sino más bien acelerar los trámites de todos los venezolanos y venezolanas que están acá, sobre todo porque está en marcha el proceso de regularización, entonces muchos venezolanos y venezolanas están poniendo al día sus documentos para poder agilizar”, dice.

Con todo, asegura que planea continuar mucho tiempo en este proyecto con sus compañeras migrantes, ya que todo su esfuerzo es remunerado al sentir que pueden llegar a

ayudar a otras mujeres. “Por encima de cualquier cosa, cada vez que nosotras podemos llegar a una familia, a alguna mujer, así sea pequeñito, cada vez que podemos dar apoyo a alguien esa es la razón por la cual seguir haciendo trabajos en el colectivo y no desfallecer porque igual es bien difícil, yo creo que la rutina te va consumiendo y vas dejando de lado a tus compañeras, pero no, basta con abrir una de nuestras redes y ver la cantidad de mensajes de personas que nos piden ayuda y así sea una, poder resolver una de esas ayudas es bien gratificante”, finaliza.

Un activismo no partidista

En Chile, el principal colectivo de personas extranjeras corresponde a las de nacionalidad venezolana que, según los datos del INE, al 31 de diciembre de 2020 representaban a un 30,7% de los extranjeros en el país (INE,2021). Según información de esta misma institución, a diciembre de 2017, los venezolanos representaban apenas a un 11,1% y estaban posicionados como la tercera mayoría por detrás de Colombia y Perú (INE, 2018).

Este aumento se debe a que miles de venezolanos en los últimos años, tuvieron que irse de su país impulsados por la crisis nacional que vive su gobierno, que está acompañada de un deterioro institucional y una fuerte recesión económica, en Venezuela la hiperinflación ha provocado que cientos de familias tengan problemas de abastecimiento de alimentos, medicinas y productos básicos (BBC News Mundo, 2018). A eso, se suma la inestabilidad política producto del autoritarismo del ejecutivo, que no da paso a un diálogo fructífero con la oposición, lo que ha provocado cientos de protestas y, además, el encarcelamiento de múltiples líderes opositores. En total, solo en los primeros 90 días de 2021 se registraron cerca 1.506 protestas en Venezuela, principalmente en demanda de derechos económicos y sociales, según el Observatorio de Conflictividad Social de ese país (OVCS, 2021). Un escenario caótico de mucha incertidumbre que ha llevado a millones de venezolanos a buscar mejores condiciones de subsistencia.

Entre los motivos, Claudia Vargas sostiene que “las personas ven en la emigración la única posibilidad para eludir la falta de condiciones mínimas de vida, como el acceso a la salud y la alimentación, lo que vulnera de manera evidente sus derechos humanos fundamentales” (Vargas, 2018;92-93). Esa búsqueda, los ha llevado a diferentes países de la región, ya que no todos los venezolanos están en Chile.

Según la Agencia de las Naciones Unidas para los refugiados, en el mundo hay más de 5,4 millones refugiados y migrantes de Venezuela (ACNUR, 2021). De ese número, aproximadamente 4,6 millones residen dentro de América Latina y el Caribe. Por lo que la salida

de venezolanos ha planteado un desafío para toda la región, y depende de cada país demostrar que están a la altura de esta crisis humanitaria.

Para los venezolanos los motivos para emigrar a los países de la región tienen que ver con razones culturales, económicas, legales y geográficas, es decir, que hay una cercanía cultural compartida (...) y hasta cierto punto una cercanía geográfica, estamos hablando de los países limítrofes y también de las facilidades que pueden presentar vía terrestre para usarlos de tránsito (como ha ocurrido) hacia el resto de los destinos (Vargas, 2018;114). Este fenómeno, que menciona la autora, se ha dado fuertemente en Chile, ya que muchos venezolanos pasan por Perú y Bolivia para finalmente llegar al país, tanto por vías irregulares como por vías regulares.

Según información de ACNUR, hay cientos miles de venezolanos que permanecen sin ningún tipo de documentación o permiso para permanecer regularmente en los países cercanos, y por lo tanto carecen de acceso formal a los derechos y servicios básicos. Esto los hace particularmente vulnerables a la explotación laboral y sexual, el tráfico de personas, la violencia, la discriminación y la xenofobia (ACNUR, 2021).

Si bien, este enorme éxodo de venezolanos es un fenómeno reciente para Chile, esto no quiere decir que son los primeros en llegar. Mucho antes de esta ola migratoria ya había algunos que estaban asentados acá, que al ver esta crisis que se venía vieron la necesidad de crear una agrupación que pudiera ayudar a los recién llegados, como también a los compatriotas que ya llevaban más años en Chile.

Así, nació la Asociación Venezolana en Chile (ASOVEN), una organización civil sin fines de lucro que fue constituida el 24 de marzo de 2018, con la idea de ser una organización que pudiera prestar ayuda a los venezolanos que lo necesitaran a medida que fueran llegando a Chile, pero con el paso del tiempo lograron posicionarse como una de las organizaciones más importantes de protección de derechos de los migrantes, quienes constantemente están sentándose a la mesa a conversar con las autoridades de gobierno para aportar con ideas que mejoren la situación migratoria de los venezolanos en Chile.

Esta organización, funciona bajo el liderazgo de **Patricia Rojas**, venezolana de 41 años e internacionalista, que reside en Chile desde 2011. Ella llegó a la Asociación un mes después de su constitución motivada por la posibilidad que se le abría de poder ayudar a otros. En un principio durante año y medio ocupó el cargo de Secretaria de la junta directiva (desde 2018 a 2019) y después asumió como presidenta.

En esta organización la mayoría de los integrantes son de nacionalidad venezolana. A excepción de algunos miembros que pertenecen a la Asociación de Pensionados Venezolanos en Chile, una asociación que se encuentra aglutinada a ASOVEN, y que tiene miembros con doble nacionalidad (chilenos-venezolanos) producto del mayor tiempo que tienen en Chile.

Esta internacionalista, cuenta que fue una amiga quien la emplazó a unirse a la organización debido a su experiencia en derecho internacional, ya que Patricia estudió Relaciones Internacionales en la Universidad Estatal de Kent, en el Estado de Ohio en Estados Unidos. “Me convocó una amiga. Yo soy internacionalista y la asociación buscaba tener un ala que se encargara de revisar todo lo que tuviera que ver con derecho internacional y derechos humanos, y por eso fue que me convocaron. Y bueno, yo en aquel momento estaba dedicada a la maternidad únicamente y podía invertir mucho más tiempo en aquel entonces, así que me sentí bastante motivada. Además, que estábamos viendo que empezaban a llegar muchos más venezolanos a Chile y sabíamos que iba a haber necesidad de un sitio de encuentro y de pertenencia de nuestra comunidad”, dice Rojas.

Como presidenta de la organización, Patricia tiene bastantes labores en su puesto, entre ellas está encargada de la vocería por lo que constantemente debe estar dando entrevistas y representando a la organización en diversos espacios políticos y públicos. “El presidente o la presidenta de la organización es el representante legal y, por ende, recae sobre esta persona la vocería de la organización y también se encarga de lo que tiene que ver con la gobernanza. Por supuesto, se trata siempre de hacer en concordancia con el resto de la junta directiva y cuando son temas bastante más delicados se deciden en asamblea general. Como presidenta, me he encargado del relacionamiento con la prensa y con diferentes organizaciones de la sociedad civil en Chile. He participado en mesas de trabajo con organismos de gobierno, y también me he

encargado del enlace y las relaciones con organismos internacionales como la OEA, la ONU y otras organizaciones como lo son Human Rights Watch. Todo eso a nivel internacional”, aclara Patricia.

Su dirección los ha llevado a sentarse a la mesa con múltiples políticos chilenos y hacer un fuerte *lobby* para modificar las leyes, decretos o decisiones migratorias que atentan contra los derechos de los migrantes. “Nosotros participamos en mesas de trabajo con el Departamento de Extranjería y Migración, por lo menos una vez cada dos meses nos reunimos con ellos, y les entregamos las quejas y las inquietudes de la población migrante, sobre todo la venezolana, e intentamos también hacer recomendaciones a los procesos. No solamente estamos como que del lado contrario de la acera diciendo, ‘esto está mal’, sino que también tratamos de entregar posibles soluciones y recomendaciones”, dice.

Entre sus focos principales, la Asociación se encarga de hacer todas las incidencias posibles en las políticas que afecten a los migrantes. “Prepandemia teníamos un eje de acción, que fundamentalmente era incidencia en el proyecto de Ley de inmigración. Nosotros hicimos un fuerte lobby en el Congreso de la República para hacer indicaciones al proyecto de ley. También tuvimos acuerdos para trabajar con la Universidad de Chile el tema de la convalidación y revalidación de títulos extranjeros, hemos trabajado con OIM en capacitación de oficios para personas de nacionalidad venezolana, y a partir de la pandemia empezamos también a ver algo de ayuda humanitaria para las familias de nacionalidad venezolana que se vieron golpeadas por la crisis económica que generó la pandemia. Hemos estado haciendo foros online y seguimos tratando de asistir a las personas en cuanto a información legal para su regularización”, cuenta respecto de todo el trabajo que realizan diariamente para velar por que se respeten los derechos de los migrantes.

Por otro lado, la ONG no posee carácter partidista ni afinidad ideológica o religiosa, por lo que no temen relacionarse con cualquier persona del espectro político chileno si saben qué podrán intervenir en virtud de ayudar a su comunidad. “Nosotros creemos que las organizaciones se deben a la sociedad civil no partidista y que los partidos políticos tienen también un rol, independientemente de que en algún momento coincidamos o que tengamos que interactuar.

Creemos y respetamos el rol y el rango de acción de cada sector”, dice Patricia. “Nosotros nos hemos caracterizado por ser bien transversales, nuestro objetivo es ayudar a todas las personas y por ello mantenemos (..) un lobby transversal con parlamentarios de todos los sectores”, agrega.

Otro de sus horizontes es el respeto irrestricto a los derechos humanos de las personas migrantes, una visión que los guía a la hora de tomar decisiones. “Estatutariamente nosotros estamos obligados a velar, defender, difundir y promover los derechos humanos de las personas migrantes, con énfasis por supuesto en la comunidad venezolana, y promover la democracia y la separación de poderes”, añade Patricia. Por esto, ellos creen que es muy importante que los migrantes se mantengan informados sobre sus derechos y deberes, y para ello realizan asesorías migratorias.

Su convicción los ha llevado incluso a contar con abogados especializados en la materia. “Contamos con un grupo de abogados que a veces prestan sus servicios ad honorem y otras tantas, cuando los casos son bastante más complicados, los costos son bastante más bajos que lo que generalmente hay en el mercado. Igual somos estudiosos en la materia migratoria, como te digo participamos en la discusión del proyecto de ley, la conocemos entonces asesoramos a las personas desde el estudio de la situación en Chile”, aclara la presidenta de ASOVEN.

Si bien, el ámbito político es primordial para esta organización, ya que sienten que de esa manera tienen un mayor impacto en la vida de los migrantes a largo y corto plazo, también las ayudas humanitarias se han vuelto un eje principal. “Hemos entregado canastas de alimentación a aproximadamente 350 familias en el último año”, dice Patricia, que cree que de esta forma pueden suplir, aunque sea un poco, las carencias a las que se enfrentan las familias migrantes.

“Lo hemos hecho con diferentes actores, nuestro principal aliado en este sentido es la fundación FASIC, después trabajamos con unos emprendimientos de muchachas venezolanas de alimentos saludables y también hemos trabajado con la Fundación Konrad Adenauer, ellos nos hicieron una donación para comprar alimentos y en esa oportunidad fueron cerca de 60 canastas, así que hemos tenido varios aliados en este trabajo”, afirma. Estas canastas de alimentos son enviadas principalmente a familias que no aplican para recibir ayuda estatal. “Nuestro foco está

precisamente en esas familias que tienen niños. Nos escriben y nosotros vamos guardando esta información en listas y tan pronto nuestros socios nos dicen que hay disponibilidad entonces empezamos nosotros a ayudar con la distribución de esto. Las familias que nosotros hemos ayudado son familias que están o en proceso o que ingresaron de manera clandestina al territorio entonces no tienen posibilidad de acceder a estos beneficios del Estado”, aclara.

También, procuran ser una asociación cercana, un espacio donde las personas puedan llegar y explicar sus problemas, sabiendo que encontrarán la ayuda y escucha que necesitan, con este fin, siempre tienen abiertas sus redes sociales y sus redes de contacto.

“Hay veces que nos llegan casos en que tenemos una mamá que en el proceso migratorio se separó de su pareja, se queda ella sola con sus hijos y se encuentra deprimida y no sabe qué hacer, entonces también somos ese sitio donde la persona puede expresar lo que siente y también tratamos de ubicar algún tipo de asesoría psicológica”, asegura Rojas. “Hay diferentes peticiones, la mayoría tienen que ver con el aspecto legal, pero hay otras necesidades que también tratamos de cubrir”, afirma.

Pero pese a todo este trabajo, no siempre logran sus objetivos y han visto en primera línea cuándo el gobierno no ha escuchado sus sugerencias o peticiones, especialmente en lo relacionado a la actual Ley de Migraciones, promulgada en 2021. Con esta nueva Ley, dice Rojas, “se evidencia que no se escuchó lo que se propuso desde la sociedad civil, cuando vimos que la ley fue llevada al Tribunal Constitucional y vimos que el Tribunal Constitucional dictaminó que varios de sus artículos no se condicen con la Constitución y tuvieron que ser modificados. Lamentablemente estamos ante una administración del Estado que es bastante soberbia y que no le gusta admitir cuando se equivoca”.

A lo anterior se suman las expulsiones recientes que se han llevado a cabo en los últimos dos años, algo que rechazan, según sus palabras, por ser ilegales. “Nuestra opinión es que estas expulsiones primero, son colectivas, segundo, no se condicen con la nueva ley, que en su artículo 8 transitorio, le da espacio a las personas que ingresaron por paso no habilitado, por 180 días, para salir de manera voluntaria. Son expulsiones que contravienen tratados de convenios

internacionales y, además, estamos viendo que las sentencias de las Cortes de Apelaciones e inclusive de la Corte Suprema así lo evidencian y así lo sentencian. Dicen que son arbitrarias e ilegales y deben detenerse”, afirma.

En ese sentido, está convencida de que, pese a que los migrantes no lograron un espacio dentro de la Convención Constitucional, su asociación de todas maneras seguirá incidiendo en los espacios que sea posible, incluido este, para detener estas vulneraciones a los derechos de los migrantes, tal y como son las expulsiones. “A uno siempre le gustaría verse representado en esos espacios. Tuvimos algunos aspirantes, algunos candidatos y candidatas, lamentablemente no contaron con los votos suficientes. Sin embargo, creemos que la temática migrante va a seguir en la mesa y creo que es algo que se tiene que ver con altura de miras y entendiendo que no se va a detener. Esperamos poder hacer incidencias en el proceso constituyente. Nosotros no participamos de actividades político partidistas, lo tenemos prohibido estatutariamente, pero sí hemos presentado nuestras iniciativas y nuestras propuestas a diferentes precandidatos y precandidatas porque es importante esa relación con los actores políticos, de otra manera no se hace incidencias, sin embargo, respetamos a las organizaciones que si se adhieren a movimientos partidistas y ojalá que todo en conjunto rinda frutos. De todas maneras, estamos seguros y comprometidos que vamos a tratar de hacer incidencias y vamos a tratar de tener participación en el proceso constituyente”, dice.

Por otra parte, durante los primeros meses dentro de la organización, Patricia se dedicaba a la maternidad y podía compatibilizar sin problemas ambas tareas, algo que para ella ahora no es tan sencillo, pero que sigue haciendo. “Yo cuando me vine a Chile, me vine porque me casé, ya que mi esposo es chileno. Cuando llegué, quedé embarazada y me dediqué a las labores del hogar y a la crianza, pero después me vi motivada a participar de la organización, y bueno, luego mi hija empezó su etapa escolar, me busqué un empleo y empezamos a tener la actividad laboral”, cuenta Patricia, que por su labor dentro de la organización no recibe salario porque, dice, “la organización, no es una organización que tiene fines de lucro y, de hecho, nosotros ni siquiera manejamos una cuenta bancaria. Todo lo que hacemos es a través de donaciones materiales y en especies”, de ese modo, para sustentarse económicamente ella y su hija, tuvo que buscar un empleo y compatibilizar todo su activismo con su vida personal.

Por ello, durante este proceso, su hija ha sido fundamental ya que siempre ha estado presente acompañándola en múltiples reuniones, eventos y otros sucesos. A partir de estos hechos, Patricia pudo concientizar a su hija sobre la situación que viven cientos de migrantes en Chile, algo de lo que está orgullosa. “Yo siempre ando con mi hija y eso es algo que he impuesto, cada vez que me invitan a una reunión que haya sido presencial, mi hija ha estado presente, porque para mí lo primordial es la maternidad y afortunadamente he podido compatibilizar tener siempre a mi hija cerca y poder seguir participando de las reuniones importantes. Creo que sí se puede y se debe, además, porque en mi hija estoy viendo a una niña de ocho años que está consciente de que hay otras personas que necesitan, está consciente de que hay niños que no la están pasando bien y es una niña consciente de que tenemos una responsabilidad de apoyar a otras personas, así que yo me siento como activista y como mamá completa en ese sentido”, confiesa.

Patricia cree que es importante normalizar la maternidad en los espacios políticos y que no sea un tema tabú. “Las mujeres cumplimos muchos más roles, inclusive, que los hombres y eso no quiere decir que no seamos capaces de cumplir con nuestros deberes. Se tiene que normalizar la maternidad, la vida de las mujeres tiene que normalizarse en todos los aspectos”, reitera.

Si bien Patricia cree que ha sido un trabajo desgastante por todo lo que implica, reconoce que poder asistir a otros, la ha ayudado a no flaquear en sus labores. “Lo que más me motiva es la necesidad de las personas de un lugar donde puedan encontrar algún tipo de apoyo. A veces hemos tenido casos que ni siquiera se trata de apoyo económico ni legales, sino de personas que se encuentran en Chile, que están solos, que han mostrado casos de depresión, sobre todo durante la pandemia. Entonces, hay mucha necesidad en las personas y bueno, nosotros dentro de todo tenemos una posición privilegiada, tenemos un techo, tenemos empleo, y creo que podemos seguir aportando a estas personas que necesitan algún tipo de apoyo”, dice.

“Cada vez que uno puede llegar satisfactoriamente a resolver un tema, cualquiera sean las solicitudes de las personas, eso es una satisfacción muy grande. Quisiéramos que fueran muchas

más las personas que pudiéramos ayudar y no tener tantos reveses, porque es duro ser sociedad civil y ver que no te tomen en cuenta cuando haces indicaciones a un proyecto de ley o adviertes que una situación se va a salir de control. Pero si una vez a la semana logras resolver el problema de una familia o de una persona, o llegas a una oficina intergubernamental o internacional y te escuchan, eso es una satisfacción que es más grande que todos los reveses y eso es lo que al final nos sigue impulsando a continuar en esto”, agrega.

Con todo, ella asegura que como ASOVEN, planean seguir a futuro ayudando en lo que puedan, para cumplir con su objetivo de ser ese lugar de apoyo y encuentro para todos los venezolanos en Chile. “Nosotros quisiéramos quedar más bien como una especie de club donde los venezolanos pudieran encontrarse y *echar la talla*, pero lamentablemente esa visión va a tener que esperar porque hay otras necesidades que no se están cubriendo y vamos a tener que seguir trabajando en ello”, dice. “Nosotros quisiéramos tener que desaparecer en el sentido de no tener que atender más problemáticas institucionales y problemas con respecto a los derechos de las personas migrantes, pero en ese sentido lamentablemente, vamos a tener que seguir existiendo y nos proyectamos a estar presentes durante mucho tiempo”, finaliza Patricia, quien, por los estatutos de su organización, no permanecerá por mucho tiempo más en la presidencia, pero que aun así, planea continuar siendo activista y participando de ASOVEN, ya que a ella y a muchos otros venezolanos los mueve esa vocación de ayudar a otros.

Activismo en comunidad: Historias desde el sur de Chile

A 612 kilómetros al sur de Santiago, en el año 2012, **Marymar Vargas Palencia** recién estaba viendo las consecuencias de una decisión que cambió su vida completamente. Tras un largo viaje desde Cartagena (Colombia) a Temuco (Chile), recién estaba avizorando que no solo había cambiado su geografía, sino también el clima que tan bien conocía o a la gente que la rodeaba, cuyos rasgos característicos ahora no reconocía en sus nuevos vecinos.

Con tan solo 30 años se enfrentaba a una nueva realidad, que muy lejos de ser ideal, fue dura; le tocó presenciar un país que carecía de políticas migratorias no solo a nivel nacional sino también regional. Su ciudad no estaba preparada para recibir a personas migrantes, no existía una normativa, ni los funcionarios públicos estaban capacitados para afrontar situaciones con relación a ciudadanas como ella, sumado a un racismo estructural e institucional que la golpeó más de una vez.

Pero no estaba sola, con el poco andar de los meses, conoció a otras colombianas y juntas se dieron cuenta de que faltaba una organización que buscara que se implementaran esas políticas migratorias que tanto hacían falta, y a la vez, aprovecharon de juntarse para buscar en ellas esos rasgos y tradiciones que habían dejado atrás y que recordaban con tanta añoranza.

Así nació la Agrupación Social y Cultural Colombianos Por Siempre, que, a partir de una búsqueda cultural de una comunidad, se transformó en un movimiento social. Se trata de una organización sin fines de lucro que se constituyó legalmente el 15 de mayo de 2015 en la ciudad de Temuco, pero que existe de manera informal desde el 2013. Está compuesta por 43 personas, que en su mayoría corresponden a mujeres provenientes de Colombia. Dentro de sus principales líneas de acción se encuentra; sensibilizar tanto a los habitantes de Temuco, como también a organismos e instituciones públicas y privadas en torno a la población y condición migrante, buscando establecer vinculaciones con diversos actores sociales que permitan la inclusión de los y las migrantes a la sociedad de receptora, como, al mismo tiempo, tornarse un canal de información y acogida a colombianos y migrantes en la ciudad de Temuco (Burón & Díaz, 2019;82)

“Primero eran reuniones bien sociales: de cumpleaños, de celebrar cosas de Colombia, y en esas conversaciones surgía siempre la necesidad de tener que organizarnos. Por un lado, tenía que ver con los derechos de las personas migrantes y, por otro, con no desligarnos de nuestra cultura, de nuestras prácticas culturales”, cuenta Marymar, arropada con una manta, en medio de una noche fría de julio en La Araucanía, lejos del clima tropical que marcó alguna vez su vida.

Marymar es abogada de profesión y se desempeña como docente dando asignaturas de derecho en la Universidad de Aconcagua y en IP Chile a estudiantes de Administración de empresas y Trabajo Social, además, es la presidenta y fundadora de Colombianos por Siempre.

“Inicialmente éramos solamente mujeres colombianas, que teníamos algunas cosas en común: algunas que eran colombianas, otras estábamos casadas con chilenos, otras teníamos hijos chilenos; que habíamos sentido cierta, no discriminación, pero sí cierto abuso y eso hizo que nos uniéramos”, comenta.

“Por eso, sentíamos que no queríamos ser solo una organización cultural, o tampoco queríamos ser sólo una organización que velara por los derechos. Sentíamos que era necesario esas dos aristas, y de hecho desde que nos constituimos fue así. Tal vez nuestras primeras intervenciones, fueron dadas a lo cultural, pero no era porque nosotros buscáramos eso, sino era porque las mismas instituciones públicas, cuando nos invitaban a algo, nos invitaban desde lo cultural, pero siempre buscamos la participación desde lo social, desde siempre rescatar el derecho a la migración y que ese sea un tema. Tal vez algunas otras organizaciones desde lo cultural no mencionan que la migración sea un derecho humano, nosotros sí en nuestro discurso, en todo lo que podemos hacer tiene que estar presente”, afirma.

Durante los primeros años, la carencia de organizaciones que velaran por los derechos de los migrantes se hacía sentir en Temuco. Y, de hecho, Vargas asegura que su Agrupación fue la primera en conformarse en la región con ese fin.

“Cuando nosotros iniciamos, no había ninguna organización social de migrantes en Temuco. Alguien me dijo que muchos años antes había habido alguna organización de

argentinos, pero era más cultural y de hecho nunca la conocí”, sostiene. “Nosotros ayudamos a la Colonia de peruanos a que organizara su agrupación, después hicimos lo mismo con las personas de nacionalidad haitiana, y últimamente lo hemos hecho con las personas venezolanas. Entonces hemos tenido ese primer papel, esa primera tarea”, dice Marymar, quien está orgullosa de haber dado el puntapié inicial en su región para que se crearan múltiples organizaciones de migrantes.

Como presidenta tiene que ejercer como el rostro visible de su organización, y siempre participa en todas las actividades a las que la convocan. “Como soy la presidenta y la representante legal, también soy un poco como la ‘cara de’. Entonces soy la que participa en los seminarios, en las capacitaciones, en las reuniones; cuando hacemos nuestras reuniones mensuales soy la que presido. Aunque, nuestras reuniones son bastante participativas entonces no es lo que yo diga, sino que es lo que en conjunto se decida. Si tengo un rol sería ese, más que todo de vocería hacia afuera y hacia dentro. Y cuando postulamos a proyectos obviamente yo soy la responsable, junto con la tesorera que es la que maneja el dinero” dice.

Desde su conformación han participado de: “seminarios y de sensibilización a funcionarios públicos, por ejemplo, a funcionarios del área de la salud. Hemos trabajado en una mesa de la Seremi, del departamento de salud de la Araucanía, donde hemos dado capacitaciones a matrones y matronas, para hacerlos un poco más sensibles al tema de la migración, ya que el embarazo era un tema que tiene muchos cambios, en el que implica mucho el hecho de estar lejos de casa”, asegura. “También hemos hecho capacitaciones desde funcionarios del registro civil hasta a funcionarios de gendarmería”.

Además de estas labores que realizan para concientizar a chilenos sobre la migración, también hacen un gran trabajo con su propia comunidad. “Hacia dentro, hemos hecho capacitaciones a las personas migrantes sobre sus derechos, por ejemplo, tuvimos un convenio con el Instituto de Seguridad laboral, en donde ellos capacitaban a las personas migrantes sobre derechos laborales, hemos participado en escuelas de formación sobre derechos laborales, etc. También hemos trabajado desde lo social, sobre todo en esta pandemia, dando ayudas sociales como mercaderías para los miembros de la comunidad que tal vez hayan quedado sin trabajo”, finaliza.

“Pero la gran mayoría de nuestras actividades; por ejemplo, cuando hacemos un taller sobre derechos a las personas migrantes; no las hacemos solamente para nuestros socios, sino que para todos los migrantes, sin necesidad incluso de que sean de nacionalidad colombiana”, asegura.

Dentro de esas actividades, también incluyen acciones que los ayudan a mantenerse en contacto con sus raíces, así nació la idea de conformar una agrupación de baile llamado Yo me llamo cumbia, nombre que evoca a la cantante Totó la Momposina, una artista colombiana, que combina elementos africanos e indígenas de la época colonial y que es reconocida por la divulgación de la música folclórica del Caribe. “Desde lo cultural, empezamos con un grupo de baile que se llama ‘Yo me llamo cumbia’, obviamente por la pandemia hace más de un año que no se ensaya. Pero cuando estábamos activos, a lo que nos invitaran participábamos. No ensayábamos todas las semanas, pero tratábamos de ensayar una vez, dos o hasta tres veces al mes, dependiendo de los tiempos de las personas”, afirma esta abogada.

“Por otro lado, nosotros desde el año 2015 hasta el 2019, realizamos la fiesta de independencia de Colombia en el Estadio German Becker, en Temuco, cuya organización ha sido una de mis tareas. Estos últimos años no lo hemos hecho por la pandemia, pero ahí en ese evento se mezclaba todo, gastronomía, comida, bailes, canciones, artistas. Luego, en enero de 2020, hicimos un festival que se llamó Festival Colores y Sabores, que lo organizamos nosotros, pero en el que participaron distintas nacionalidades, estaba Perú, Ecuador, Argentina, Colombia, entre otros”, dice. En este evento los migrantes de diferentes países pudieron ponerse con puestos para ofrecer sus emprendimientos o comidas, con el que pudieron entregar un granito de su cultura a sus vecinos y amigos, generando una sensación de alegría y festival, que los ayudó a sentir ese calor humano y fraternal que tantos miembros de la comunidad extrañan de sus países de origen.

“También hicimos un Carnaval infantil, hace cuatro años atrás, donde tratamos de que nuestros niños y niñas tuvieran ese contacto con la cultura colombiana. Ese Carnaval infantil fue un primer acercamiento de los niños con su cultura. Pero acá en Temuco es un poco complicada la idea del Carnaval”, comenta, porque no es algo que se haga comúnmente en este país. “Fue un

primer intento, a mi parecer estuvo bien, pero faltaron fuerzas también para seguir haciéndolo, pero en una de esas después continuamos”, añade.

Otro punto fuerte dentro de la organización es que, al estar compuesto en su mayoría por mujeres, el feminismo está siempre presente, aunque Marymar asegura que es una lucha constante mantener estas ideas debido al machismo que impera en la cultura colombiana. En diferentes reuniones, afirma, es común sentir que la sumisión al hombre persiste en muchas mujeres. “Hemos tratado (de incluir el feminismo). Pero venimos de una cultura súper machista, entonces es como rehacerse, es romper estereotipos, ideas. La gran mayoría de las que estamos en la cabeza de la organización somos bastante inquietas, por decirlo de alguna manera, no nos quedamos con lo que pasa, sino que tratamos de ir más allá y buscamos que eso también pase en el resto. Así que yo creo que sí (hay feminismo), pero a veces es un poco difícil porque venimos de una cultura bastante machista, y ese machismo está incluso muy arraigado en las mismas mujeres, pero tratamos de que esté el enfoque ahí, y que podamos cambiar eso en las otras y en los otros también porque hoy en día hay hombres. Además, varias de las que están en la Agrupación son muy religiosas entonces también está esto de la sumisión al hombre, así que cuesta, pero ahí vamos, de a poco”, señala.

Con todo, igualmente estima profundamente a este grupo ya que valora la posibilidad de poder hablar con otras personas que entienden lo que siente y lo que anhela, por ello, estos colombianos se convirtieron en un apoyo para ella “al inicio de su conformación y hoy”.

Además de su trabajo en Colombianos por Siempre, Marymar forma parte y es una de las fundadoras de Trama, una organización que se denomina como “tejido migrante”, en el que participan múltiples organizaciones y colectivos; migrantes y promigrantes, de la Región de la Araucanía y el Wallmapu, desde donde “pensamos y vivimos la migración como un derecho humano que debe ser consagrado”, destacan en su sitio web tramatejidadomigrante.cl.

“En el año 2014 más o menos, paralelamente a Colombianos Por Siempre, había otro grupo de personas al que pertenecía Marisol Chávez, ella es una de las personas que más sabe de migración aquí en Temuco, incluso tal vez en la región. Ella, que es trabajadora social y

profesora de la Universidad Católica, venía trabajando el tema de la migración paralelamente a lo que nosotros hacíamos como colombianos, pero con otro grupo de personas, con capacitaciones, con ayudas, etc. Y en algún momento nos encontramos porque obviamente Temuco es chico. Ahí empezamos a ver que teníamos cosas en común, en el trabajo que veníamos realizando. Además, en ese año, se creó una mesa intersectorial de migraciones en la Intendencia, donde empezamos a participar y donde ella iba en calidad de representante de la U. Católica, mientras que yo iba como representante de Colombianos, entre otras instituciones”, relata. En esta mesa, además, participaban funcionarios públicos de diferentes organismos del Estado, pero pronto comenzaron a verse las fallas de esta política migratoria, que se volvió muy desgastante para los extranjeros que formaron parte de ella.

“Esa mesa al principio funcionó bien, pero después se empezó a dañar porque respondía a una política nacional que no bajaba muy bien aquí en la región, me refiero a que sentíamos que era una obligación para los funcionarios tener que asistir a esa mesa, no era un interés particular que tuvieran. Entonces, por ejemplo, en una semana ibas tú en representación de salud, pero a la otra semana ya no ibas tú, turnaban a otra persona y esa otra persona no sabía nada de lo que en la reunión pasada habíamos discutido porque nadie le había contado, o bien, no le interesaba lo que pasó, etc., entonces en la próxima reunión había que explicarle a la nueva persona que iba por salud todo lo que habíamos conversado antes, o incluso, venía con otras ideas que ya habíamos hablado la semana pasada y que habíamos dicho que no, entonces al final era muy desgastante porque a la semana subsiguiente ya no ibas tú ni la otra persona, sino que otra persona completamente nueva o llegaba otra institución”, explica Marymar, revelando lo dificultoso que fue para ellos concretar planes para ayudar a las personas migrantes y la frustración que comenzaron a sentir los distintos representantes de colectivos migrantes y pro migrantes al no ver frutos de su arduo trabajo. “Entonces al final nos cansamos y dijimos ‘chao’, nos restamos las organizaciones sociales. Y no fuimos más a las reuniones”, confiesa.

“Pero sentíamos que era necesario seguir trabajando el tema, así como generar ese tipo de instancias. Por ello, hicimos un llamamiento a todas las organizaciones migrantes y promigrantes que existían en Temuco y en la región, e hicimos un primer encuentro. Llegaron aproximadamente 16 organizaciones migrantes y promigrantes, dentro de ellas llegó: el Hogar de

Cristo, la Cruz Roja, o sea, llegaron un montón. Después hicimos un segundo encuentro y ahí se fue haciendo un filtro entre las organizaciones que asistían, pero no era un filtro que nosotros hiciéramos, sino que las mismas organizaciones veían que tal vez no era su foco o no era su interés lo que nosotros buscábamos”, cuenta Marymar sobre la conformación de Trama.

“En esos primeros encuentros empezamos a ver que se necesitaba hacer una articulación entre agrupaciones, porque habían distintas organizaciones que estábamos en Temuco trabajando el tema de manera desorganizada, o sea, cada quien hacía lo suyo pero eso hacía que se duplicaran los esfuerzos. Si tú estabas en una organización y yo estaba en otra, tal vez tú hacías algo que tal vez yo también estaba haciendo. Entonces ahí vimos la necesidad de que había que articular el trabajo de las organizaciones. De ahí nace Trama, nos reunimos, creamos nuestro logo, nuestro nombre, nuestros estatutos y de ahí empezamos a trabajar con nombre, pero originalmente desde el 2014 que venimos trabajando”. Actualmente, señala Marymar, “no tenemos directiva, pero tenemos tres vocerías, una vocería técnica que es la persona que hace como de secretaria y dos voceros que se eligen una vez al año”.

Lo más importante de Trama, dice, es que buscan que se respeten los derechos de las personas migrantes y, por ello, se enfocan en hacer un trabajo de incidencia política. “Consideramos que la migración es una oportunidad para construir un territorio que se cimiente sobre la interculturalidad, entendida esta como la necesidad de disminuir y eliminar las brechas e inequidades sociales existentes, cuestionándonos las relaciones de poder y subordinación que se dan entre pueblos”, señalan en su web.

En ese sentido, Marymar sostiene que están contra la opresión de cualquier ser humano, no solo de las personas migrantes. “Trama va más allá, porque lo que interesan son los derechos humanos de las personas, entonces ahí están todas las personas. De hecho, nosotros hemos tenido opinión como Trama sobre las vulneraciones de derechos al pueblo mapuche, y no somos mapuche, ni pertenecemos, pero como tiene que ver con el tema de derechos humanos también nosotros hacemos voz a esas circunstancias (...). Ante toda violación de derechos humanos no nos podemos quedar callados, venga de donde venga y sea a quien sea”, agrega.

Con ese foco en mente, en septiembre de 2021 lograron que la Municipalidad de Temuco creara una Oficina de Atención al Migrante, en donde la misma Marymar oficia como abogada, tras arduas reuniones con los candidatos a alcaldes que se presentaron a la elección de ese año. “Cuando los candidatos a alcaldes estaban en campaña nos juntamos con cada uno de ellos, con quienes tuvimos algunas reuniones, les manifestamos nuestras necesidades y también les expresamos la conveniencia de tener una Oficina de Atención Migrante, y todos los candidatos se comprometieron a que se iba a hacer esa Oficina, y obviamente como nos reunimos con todos, y hablamos con todos, le tomamos la palabra al que salió electo”, dice Marymar sobre una de las grandes incidencias políticas que pudieron hacer en favor de su comunidad.

Trama también tuvo una labor muy importante durante los primeros meses de la pandemia, ya que se organizaron en la región para repartir mercadería a los migrantes que lo necesitaran. “Con Trama y Colombianos por Siempre, cuando empezó la pandemia, hicimos un catastro de aquellas familias que necesitaban, como en Trama pertenecen distintas organizaciones, a mí me tocó hacer el catastro de las familias colombianas, y se recogieron fondos específicamente para poder brindar las ayudas”. Aparte de esos esfuerzos, resalta Marymar, “nosotros desde Colombianos por Siempre, postulamos en el 2020 a un fondo municipal, que iba en ayuda con cajas de alimentos para los miembros de la comunidad colombiana específicamente”. “Entonces hemos tenido tanto campañas nuestras como también aportes de instituciones públicas y de personas también que lo han hecho de manera desinteresada y voluntaria”, remarca.

Aun así, este tipo de respuestas a emergencias surgió con la pandemia, menciona esta activista, ya que “no está ni siquiera en nuestros estatutos (los de Trama), ni en nuestros lineamientos”. “Nosotros tenemos tres lineamientos que son sensibilización, formación e incidencia política, esas son nuestras tres líneas de acción, y todo eso con un enfoque de derechos humanos. En ningún lado está el enfoque de voluntariado, de ayuda social o cultural, pero con la pandemia vimos la necesidad de tener que ayudar. Y mirar estrategias para poder llegar a las personas que no lo estaban pasando bien”, afirma.

Con todo, y como muchas otras mujeres, compatibilizar su activismo con su vida personal fue bastante complicado, no obstante, con el paso de los años aprendió a delegar tareas a los demás miembros de su organización y no llevarse todo el trabajo. “No en todas las cosas participo porque si no sería demasiado agobiante, pero es cierto que es complicado compatibilizar porque tengo que hacer las cosas bien en todas las áreas. O sea, en mi trabajo tengo que responder, así como en otros aspectos de mi vida. Además, en las organizaciones en que pertenezco, pertenezco porque me gusta, si no, no estaría, entonces tampoco quisiera dejarlas de hacer. Nadie me obliga entonces al final tampoco me puedo quejar. Es lo que me gusta”, asegura Marymar, quien responde a esta entrevista a altas horas de la noche, ya que no tiene más tiempo libre dentro de su apretada agenda.

No obstante, afirma que es un trabajo arduo que no siempre se ve recompensado. “A mí me ha pasado muchas veces que no todas las personas te agradecen, entonces al final tú no puedes esperar que esa sea la retribución porque si no, no lo harías, porque te decepcionarías al ver que estás haciendo algo y no te lo agradecen. Entonces, en mi caso, yo no espero ese pago porque si fuera así te aseguro que ya hubiese *tirado la toalla*. Pero el hecho de que otras personas u otras organizaciones reconozcan tu trabajo es más reconfortante, o ni siquiera que otro te lo diga, sino que saber que tú lo estás haciendo porque alguien tiene que hacerlo. Porque no te puedes quedar callada o quieta, mientras se están vulnerando los derechos de otras personas, entonces alguien tiene que hacerlo porque no lo está haciendo nadie”, sostiene Marymar.

Con esos ideales en mente y esa voluntad, Marymar piensa que los migrantes quedaron sin voz dentro de la Nueva Constitución y que será más difícil para ellos lograr que se concrete y conceptualice el derecho a migrar, como un derecho fundamental, ya que no hay ningún representante de su comunidad que tenga la oportunidad de hacer lo que nadie está haciendo. “Nos hubiese gustado que hubiera personas migrantes en la Convención Constitucional porque entendíamos que podían ser nuestra voz en la Convención. Nosotros las organizaciones migrantes y promigrantes a nivel nacional, levantamos un documento que 20 de los convencionales que fueron electos, firmaron. Con algunos puntos que nosotros, los migrantes, consideramos que deben establecerse en la Nueva Constitución. Esos convencionales no podrían *hacerse los locos* y no incluir algunos de estos puntos, entonces esperamos que estén. Aun así, consideramos que

quedamos sin voz, porque, de hecho, alguien de la Red Nacional de Organizaciones Migrantes y Pro migrantes, nos contó que, en una comisión, para hablar de los ciudadanos, se hablaba de ‘ciudadanos chilenos, ciudadanos chilenos en el extranjero, comunidad LGBTQ+’, pero no se incluía la palabra migrante, entonces nos estaban dejando por fuera en esa comisión”, denuncia.

“Es mucho más fácil decir ‘personas que residen en Chile’ y ahí entramos todos, estamos los migrantes, estamos los chilenos, están los pueblos originarios, están los afrochilenos; que han quedado fuera de la Convención Constituyente porque no se les dio ni siquiera el espacio para que ellos tuvieran un escaño reservado, como los pueblos indígenas, los dejaron por fuera simplemente”, apunta, afirmando que no quiere eso para los migrantes.

Por otro lado, entre los puntos que deberían incluirse en la Constitución, menciona que “lo más importante que debería estar es el derecho a migrar. O sea, debería estar establecido en la Nueva Constitución como un derecho humano”. “En esa línea, consideramos el ejemplo de otras constituciones latinoamericanas que establecen que las personas que residen en el país tienen igualdad de derechos. Ahí están metiendo a todos, entonces consideramos que por esa línea debería estar la redacción de la Nueva Constitución, donde todas las personas que residimos en Chile tenemos los mismos derechos, que no haya ciudadanos de primera, de segunda o de tercera categoría, sino que todos seamos ciudadanos de primera categoría”, finaliza, convencida de que todas las personas vivimos en igualdad de derechos y que no se debe excluir a nadie independiente de su situación migratoria. Además, cree que desde la organización en comunidad sí se puede alcanzar objetivos que mejoren la vida de muchas personas y que el poder de las mujeres activistas puede mover innumerables barreras.

Otra mujer que piensa similar a Marymar es **Cristobalina Amador Tolentino (Lina)**, una dominicana de 42 años, habitante de Puerto Montt, coordinadora de la Sociedad Dominicana en Chile (Sodoenchi) y secretaria de la Corporación de Inmigrantes Unidos Los Lagos, una prominente activista que lucha a diario por los derechos de su comunidad en el sur del país.

“Claro que van a faltar migrantes, hubieron candidatos, pero no lo pudieron lograr, al menos ellos lo intentaron y estuvieron ahí, aunque en la franja yo creo que ni aparecieron”, se

lamenta Cristobalina. “Eran Manuel Hidalgo por el Distrito 10, Catalina Bosch por el 9 y Cristina Bastidas por el 11. Catalina sacó una cantidad importante de votos, por lo que yo creo que fue el inicio de algo, se abrió un camino para que en próximas oportunidades los migrantes podamos estar ahí. Aunque ahora no vamos a estar, sí hay algunos constituyentes electos que pueden aportar un poquito sobre el tema migrante en la Constitución”, añade, esperanzada al igual que Marymar, de todos los convencionales que se comprometieron con la causa.

“No es lo mismo, obviamente, a que, si pudiéramos estar algunos de nosotros, pero yo creo que es un camino y a nosotros nos ha tocado abrirlos. Cuando tú estás construyendo algo, no es fácil al principio, pero hay que ser persistente y tenemos que seguir ahí. Ya hubo nombres que sonaron, ojalá que en la próxima instancia podamos lograrlo”, comenta optimista esta dominicana.

Lina, como es conocida por sus amigos y compañeros, vive en Chile desde hace nueve años. En República Dominicana vivía en la región sur, en la provincia de San Cristóbal, en un municipio que se llama Bajos de Haina. Ella estudia contaduría en una universidad dominicana de manera online, trabaja, es activista y además es mamá.

Comenzó a participar en organizaciones sociales hace cinco años y logró la constitución legal de la Corporación de Inmigrantes Unidos hace tres, esta agrupación aglutina a migrantes de todas las nacionalidades de la décima región y ella es una de sus fundadoras.

“En la Corporación, legalmente somos cinco coordinadoras. Esa es la estructura de la organización, pero hay cientos de integrantes dentro de ella. Cada coordinadora pertenece a un país distinto y también dio la casualidad de que coordina a su comunidad. Por ejemplo, yo coordino a la comunidad dominicana, la tesorera es brasileña, ella coordina a la comunidad de Brasil, la vicepresidenta argentina a argentinos en Puerto Montt, la directora que es venezolana, a Venezuela, y la presidenta que es colombiana también es la coordinadora de colombianos en Puerto Montt. Fue algo estratégico que está liderado por cinco mujeres”, comenta entusiasmada al hablar de lo que lograron conformar, no obstante, no fue tan sencillo en un principio, pues fue luego de una situación de discriminación en la región que decidieron agruparse.

“Cuando yo vine a Puerto Montt no había ninguna organización a dónde ir ni dónde estar, además, los dominicanos éramos poquitos aquí, yo conocía apenas a una dominicana y a mi hermana, éramos nosotras nada más. En un principio comenzaron a organizarse los colombianos porque pasó una situación en Puerto Montt, un colombiano estuvo involucrado en un asesinato y la persona fallecida fue un colectivero. Y todos los colectiveros de la región, ¿qué hicieron? no querían subir en su carro a nadie que fuera migrante, a ningún moreno porque cómo la gente te identifica, por el color. Ellos no querían relacionarse con nadie por lo que nosotros pasamos tiempos difíciles aquí. Incluso nos reunimos con el intendente, con el gobernador, con los encargados de la Red de Transportes. Y ese fue el inicio de involucrarme en esto del activismo”, relata.

“Lo primero que se hizo fue que se dio un punto de prensa, para contar que estábamos siendo afectados con esto, entonces ahí conocí a la presidenta de la Corporación, que en ese tiempo no era presidenta de nada, sino que era una migrante más con las mismas inquietudes que uno, y que estuvo ahí para apoyar a la comunidad migrante al igual que yo. Entonces ahí nos conocimos, comenzamos a conversar y hablamos de la necesidad que había de crear una organización. Desde la gobernación nos dieron la posibilidad de reunirnos en una mesa migrante, donde ellos convocaron a los representantes de los diferentes países, y ahí comenzamos a organizarnos hasta que creamos la Corporación”, cuenta Lina.

Hoy la Corporación de Inmigrantes Unidos tiene una gran presencia en Puerto Montt y son un referente para los migrantes de la región ya que siempre prestan asesorías gratuitas, a falta de canales oficiales que sean claros y de fácil acceso para las personas que llegan a Chile. “Nosotros en la organización básicamente brindamos apoyo. Orientamos al inmigrante desde el minuto uno en que llega, sobre los pasos que tiene que hacer hasta lograr una inserción en la sociedad chilena. Esa es la mayor demanda que tenemos como organizaciones sociales. ¿Por qué? Porque a las informaciones que están en las páginas de los organismos públicos, no todo el mundo tiene acceso, a pesar de que mucha gente usa redes sociales. Porque no es lo mismo tener redes sociales e ingresar a Facebook, que ingresar a Google a buscar información en la página correcta, porque internet tiene muchas mentiras, hay muchas cosas que confunden”, dice esta asesora, que además comenta que para los migrantes que no son nativos digitales es el doble de

difícil hacer los trámites desde el celular, ya que la mayoría de la gente solo tiene acceso a ese dispositivo para conectarse a los canales oficiales.

Lina es muy crítica de la poca información de fácil acceso que ofrecen los organismos públicos. De hecho, criticó ampliamente cuando a causa de la pandemia se suspendieron las atenciones en la Oficina de Extranjería que se encuentra en la gobernación regional en Puerto Montt, en 2020, pues muchos migrantes quedaron a la deriva, sin poder acceder ni siquiera de manera online a la oportunidad de hacer sus trámites migratorios y sin tener información clara de qué pasos debían seguir o cuándo volverían a atender. Muchos quedaron en listas de espera para cuando se volviera a la atención presencial, lo que generó retrasos e incertidumbre para muchas familias en la región.

Por otro lado, otra de sus labores, como la de muchas mujeres activistas durante la pandemia, fue coordinar canastas de alimentos para familias migrantes que lo necesitaban. El hecho de que la mayoría de ellas tuvieran que organizar la entrega de alimentos refleja la precariedad en la viven cientos de migrantes en Chile, que, al no contar con beneficios del Estado, quedan vulnerables frente a un sistema que no los protege, su única alternativa son las redes de apoyo que logran conformar con sus comunidades de llegada y si no cuentan con eso, se hace aún más difícil.

Muchos terminan en la precariedad, incluso viviendo en la calle, como se ha visto en diferentes lugares a causa de la crisis que hay en el norte de Chile por la entrada de manera irregular de cientos de personas que solo buscan una vida digna. “Con la pandemia nosotros también hemos dado contención a los migrantes que lo necesitan acá en la región. Nosotros no tenemos fondos, así que por medio de las redes que hemos creado o gracias a que también esta es una organización reconocida en el territorio, socorremos a las personas que están en alguna situación de vulnerabilidad”, explica Lina.

“Por ejemplo, nosotros ayudamos a muchas personas con comida. Muchas de esas ayudas vinieron de la municipalidad de Puerto Montt porque la presidenta de la Corporación, Danilsa Granados, es la encargada de la Oficina Municipal Migrante, y en los programas que están

destinados a ayudar a las personas vulnerables, ahí nosotros incluimos a los migrantes. También muchas personas en un principio de la pandemia se ofrecieron a apadrinar familias y ayudaron con compras quincenales o mensuales. Y así pudimos ayudar a mucha gente”, dice Lina. “En este tiempo hay dos demandas básicas, la asesoría para trámites migratorios y las ayudas para alimentación”, revela.

Pero antes de la pandemia, también realizaban actividades culturales enfocadas a su comunidad. “Trabajamos mucho con cultura, siempre tratando de traer nuestra cultura acá y de presentarla no solo a los chilenos, sino que también hacerlo para que nosotros no nos olvidemos y que tengamos presente de dónde venimos y que podamos sentirnos en casa, aunque estemos lejos”, expresa Lina.

“Nosotros todos los años realizamos una feria gastronómica y cultural con el apoyo de la gobernación, donde hacemos ventas de comida de cada país que compone la Corporación. Ahora no lo hemos hecho por la pandemia, pero en ese entonces hacíamos actividades culturales con bailes y música. Cada país hacía una presentación”, cuenta esta migrante, quien cree que la cultura tiene un rol central en el papel de reunir a la comunidad, por ello, tras la pandemia, a través de un medio comunicación, comenzó a dedicarse a difundir y visibilizar la cultura migrante.

“Como organización tenemos un apoyo económico cada año de parte de la Seremi de Cultura de aquí de la región. La feria la hacíamos siempre en octubre, en el marco de la celebración del día del encuentro de las culturas, era una fiesta para nosotros los migrantes, donde todos los gastos los cubría el apoyo público. Pero el año pasado (2020), por lo que pasó, no pudimos hacerlo más. En cambio, hicimos un programa de radio, que duró 13 capítulos y se llamaba Caleidoscopio Migrante, donde presentamos a 23 artistas de diferentes rubros; cantantes, músicos, chef, cocineros, pintores, artesanas; en cada capítulo de una hora invitábamos a dos”, comenta Lina.

“Ellos nos hablaban de su cultura, de sus países, conocer algunas ciudades, de fiestas que celebraban, etc., y también de cómo fue su integración aquí en Chile, de sus emprendimientos o

de sus negocios si es que tenían, y gracias a eso se les daba un poco de publicidad”, añade. En el programa, que se transmitía todos los sábados a las 15.00 por la señal de radio El Conquistador, Lina tenía el rol de conductora. Al tratarse de una señal abierta todas las personas de la región tenían acceso gratis a escuchar un poco de cultura migrante, lo que al mismo tiempo daba la posibilidad a los migrantes artistas, golpeados por la pandemia, difundir su trabajo. Además, el programa les daba un aporte monetario por participar, que venía del apoyo municipal antes mencionado. Una manera de acercar la cultura a la comunidad, dice, que “causó un doble efecto, la propagación de la cultura y la ayuda económica que se le dio a los artistas, que les fue de gran ayuda”.

“Una consecuencia positiva del programa, es que todavía tiene oportunidades de retomarse” comenta Lina. “Ese programa lo hicimos un proyecto y lo estamos postulando a un fondo que permita ver si podemos seguir. El programa gustó mucho, tuvo buena acogida en la radio. Incluso el director nos propuso que lo continuemos haciendo con fondos, así que estamos en eso, hay una postulación, ojalá podamos continuar”, comenta con esperanza.

Con las redes que conformaron con la municipalidad, la gobernación y otras instituciones, también lograron que en los fondos Capital Semilla o en el Capital Abeja, para mujeres, se incorporara a algunas emprendedoras de la comunidad migrante. Asimismo, “en el SENSE 2019-2020, pudimos integrar a 20 personas migrantes que hicieron cursos de Cocina Internacional de 163 horas, y todo gracias a esa red de apoyo, quienes nos decían ‘tenemos cupos para migrantes’ entonces como Corporación escogíamos a los que pudieran participar”, finaliza, para remarcar el trabajo que han hecho.

No obstante, agrega que, durante el último año, es poca la vinculación que tienen con la gobernación. “Realmente este periodo de gobierno (el segundo de Sebastián Piñera) fue menos activo que el anterior con respecto a la vinculación que tenían con la Corporación. Y con eso me refiero a las ayudas”, puntualiza.

Por otro lado, con Sodoenchi, la Sociedad de dominicanos en Chile, Lina también presta asesorías migratorias para orientar a sus connacionales y a otros migrantes que lo requieran, a

través de un programa en vivo que transmiten en una página que se llama “Comparte y Difunde Migrante” en Facebook, que también difunden por sus redes sociales personales. El programa lo hacen ella junto a un asesor jurídico de la organización cada viernes a las 20.30 de la tarde, y cada capítulo alcanza desde las 400 a las 1.000 reproducciones, con aproximadamente cien comentarios en cada video.

“En particular yo, junto con quien es el asesor jurídico de Sodoenchi, tenemos un programa de orientación migratoria, donde nosotros le explicamos a los migrantes todo en relación a trámites. Yo también explico todo lo que tiene que ver con los beneficios a los que los migrantes pueden postular, información sobre bonos, sobre quiénes pueden postular, cómo lo pueden hacer, dónde, etc. También tenemos una parte de preguntas y respuestas donde las personas nos preguntan en línea cualquier duda puntual que ellos tengan”, aclara.

“Como te digo los trámites es la mayor demanda porque es una situación muy compleja, los trámites se tardan mucho, las informaciones no son bien claras, tú vas a PDI te dicen una cosa, en Extranjería te dicen otra; entonces la gente necesita tener una información verídica. Nosotros en base a la experiencia de trámites que ya hemos hecho y la de otras personas, podemos dar una respuesta adecuada para que la gente pueda hacer todos sus trámites. También por el WhatsApp o el mail, cualquier persona nos puede preguntar, en cualquier momento”, dice Lina, quien destaca que son cientos los mensajes que recibe cuando está en línea, de gente que no sabe qué hacer para resolver su situación migratoria.

Sodoenchi, a diferencia de la Corporación, funciona en todo Chile, así que son cientos los connacionales que se mantienen en contacto gracias a esta organización, quienes incluso se reúnen, generalmente en Santiago, para celebrar sus fiestas nacionales. “A nivel nacional celebramos el día de la independencia, cuyas actividades se hacían en Santiago porque es la capital y ahí hay muchos más dominicanos, acá en la región no lo llegamos a hacer porque realmente los dominicanos aquí no somos tantos”, comenta. No obstante, con la Corporación “si había una idea, pero la pandemia atrasó todo”, se lamenta Lina.

Junto con su organización, que reúne a los migrantes de Los Lagos, querían celebrar el día de la independencia de República Dominicana, que es en febrero, con actividades relacionadas a la cultura, a la gastronomía, geografía, etc. Pero no lograron concretar el plan por la pandemia. Aun así, tiene la esperanza de que se llegue a implementar en los próximos años, y no solo para los dominicanos, sino que para todas las nacionalidades en el mes de su independencia.

Igualmente, ella afirma que siempre que puede se da el tiempo de promover los ideales de su país entre todos los niños que nacen en Chile que son hijos de padres dominicanos, “ellos muchas veces no se saben el himno nacional, no conocen la historia. Pues nosotros también estamos trabajando en esa parte”, subraya.

Además de su labor en estas organizaciones, Lina trabaja hace cuatro años como vendedora y encargada en una confitería en Puerto Montt, su horario es hasta las siete de la tarde, por lo que a veces no puede hablar ni contestar llamadas, aun así, no puede dejarlo porque no recibe dinero de las organizaciones y, como todos, necesita una fuente de ingresos. “Todo el trabajo en las organizaciones es sin ningún tipo de remuneración porque el tema social es difícil, cuesta encontrar apoyos, a menos que tengas una ayuda internacional donde puedas recibir una remuneración y hacer lo que te gusta, ojalá me pasara a mí, eso sería lo ideal porque así podría dedicar un poquito más de tiempo a todo esto, pero hasta ahora no, no se ha presentado nada”, cuenta.

Durante el 2020, tuvo la opción de adherirse a la Ley de Protección del Empleo, por lo que logró mantenerse en casa con opción a recibir su sueldo durante un año, gracias a eso, tuvo el tiempo de dedicarse a ayudar plenamente en los momentos más difíciles de la pandemia. “Ahora me siento renovada porque tuve un año sin trabajar. En ese tiempo, yo fui a mi país, estuve en República desde finales de enero y volví en abril (de 2021), así que allá renové mis fuerzas. Si yo hubiese estado trabajando cuando empezó la pandemia, que estaba todo el mundo tan confundido, todo era un caos, yo creo que yo, ni dios lo permita, hubiese colapsado porque fue mucho, mucho el trabajo que tuvimos en ese tiempo”, admite Lina.

“Pero gracias a Dios me pude acoger a esa ley y duré un año en casa. Durante ese año nació el programa, y como había mucha demanda de información decidimos hacer esos videos en línea para ayudar”, comenta. “En ese año también pude salir a canalizar algunos apoyos, ir a entregar algunas cajas que nos llegaban, etc. pero todo eso lo pude hacer gracias a que estaba en la casa, si hubiese estado trabajando me hubiera sentido muy impotente porque no iba a tener el tiempo de ayudar ni hacer las cosas que en ese momento tanto se necesitaban, pero si pude hacerlo gracias a Dios”, reflexiona Lina, lo que refleja su gran compromiso con la causa que defiende, que inició desde mucho antes de llegar a Chile.

“Yo desde muy joven que tengo esa conciencia social, yo en mi país a los 15 años ingresé a la Cruz Roja, donde duré 11 años, y siempre me identifiqué con todas las causas sociales, también fui presidenta de la junta de vecinos de mi sector, siempre estaba ligada a eso”, asegura esta activista.

“Pero cuando llegué a Chile, no llegué y empecé en esto porque vi la necesidad. Realmente claro que vi la necesidad, pero muchas personas ven la necesidad también, pero tú tienes que tener una consciencia social, sentir esa empatía y tener la necesidad de ayudar. De entender que yo puedo ayudar desde la instancia en que me encuentre con lo que sea. Yo no tengo dinero, no soy rica ni nada, pero he ayudado mucho, o sea, con lo que tengo a mi alcance, con lo que sé, he ayudado, he aportado mi granito de arena en todo lo que se refiere a la comunidad migrante”, comenta Lina.

“Y no solamente migrante porque también hay muchas personas chilenas que me llaman y me dicen ‘mira tengo a una persona que me solicitó trabajo, pero no tiene carnet lo que tiene es este documento, dime ¿este documento sirve? ¿no puedo tener problema?’, y yo contesto si sirve o si no sirve o lo que tiene que hacer. O me llaman y me dicen ‘necesito personas para trabajar, ¿tienes personas para trabajar? que me contacten’, y yo ahí hago la conexión con los grupos de WhatsApp que tenemos, o sea, es un servicio, y para eso te tiene que gustar esto, tú tienes que sentirte parte, porque no es solamente que tu veas e identifiques que se puede hacer algo, tú tienes que tener la voluntad de hacerlo, y yo creo que eso es algo que es parte de mí, desde República

Dominicana, esa es Lina realmente”, comenta con respecto a esta vocación de servicio que caracteriza su personalidad.

Es esta voluntad la que la ha llevado, durante años, a seguir ayudando y luchando por los derechos de las personas, y asegura que uno de los beneficios de esta vocación es estar en contacto con mucha gente, forjando lazos siempre desde la empatía y desde una visión de comunidad, que a veces se pierde en la gran ciudad. “Cuando la gente me escribe, ‘Hola Lina, Dios te bendiga ¿cómo estás? Lina mira una consulta, esto’, yo les respondo y luego dicen, ‘dios te bendiga mi amor, buenas noches’, y me mandan un corazón, un besito. Con eso yo me siento bien porque sé que pude ayudar a resolver algo que para mí quizás no me cuesta nada porque yo lo sé, pero para la persona que no lo sabe es un gran beneficio. Si yo puedo decírselo y aclararle un poquito su pregunta, yo diría que eso es algo muy importante. Esa es mi satisfacción” dice.

Ahora Cristobalina está estudiando, retomó la universidad de manera online para continuar la carrera de contabilidad, que tuvo que suspender tras cinco años de estudio en República Dominicana. “Ahora cuando fui a RD, fui a la universidad e hice un reingreso. Cuando lo dejé estaba casi terminando, me faltaba solo la tesis, pero como duré tanto tiempo sin estudiar solo me pudieron convalidar la mitad de la carrera, así que estoy nuevamente en la mitad pero lo importante es que pude volver, y lo estoy haciendo en línea, porque lo permite la situación, eso me ayudó mucho, así que me motivé y ahora estoy cursando las materias, eso me tiene bien emocionada porque quería terminar”, comenta Lina, entusiasmada por esta nueva etapa a sus cuarenta años, quien agrega que incluso está cursando materias que antes no estaban en su malla curricular, porque al pasar tantos años las materias se actualizaron. Antes tuvo la intención de retomar sus estudios, pero tras traer de RD a su hijo Ángel, no fue tan fácil.

“Quería empezar aquí, pero es caro estudiar en Chile, entonces estaba como que quería pero no podía, pero gracias a dios por lo que pasó, pude hacerlo en la universidad en que inicié y en línea, eso me ha ayudado mucho, me tiene más motivada, me siento bien”, comenta Lina, quien saca cuentas positivas tras la crisis sanitaria. Este último año para ella fue un proceso de aprendizaje, y de entender todo lo que está dispuesta a hacer por sacar adelante la situación de la comunidad migrante.

Cada viernes por la tarde, sin importar el cansancio de la semana, Lina aparece con una gran sonrisa en cada en vivo que hace para asesorar y explicar procesos migratorios, vestida generalmente con ropa formal, joyas y sus grandes lentes negros, da una cálida bienvenida a todos quienes la ven. No importa cuánto tiempo pase, su entusiasmo por ayudar no disminuye, sino al contrario. No importa el frío del sur, ella siempre está para dar una cálida acogida y saludar a través de la virtualidad.

Lina es una gran comunicadora, sin conocimientos previos y a pura voluntad logró armar dos espacios, que son medios de información, donde gracias a su carisma se da a entender fácilmente. La gran cantidad de visualizaciones y comentarios que reciben sus videos son prueba de aquello. Su potencial frente a las cámaras es algo que ni ella percibe, no obstante, los medios de comunicación que ella construyó, sin ser periodista, son el mejor reflejo de para qué sirve el periodismo comunitario: estar al servicio de la comunidad, ayudar y ser un foco informativo que guíe y sea un beneficio para sus espectadores, que, en este caso, son sus vecinos y su propia comunidad.

SEGUNDA PARTE

ACTIVISTAS AFROCHILENAS POR EL DERECHO AL RECONOCIMIENTO

Corría el 10 de agosto de 2021, un día crucial para los afrochilenos. Se trataba del primer día en que se hacían presentes en la Convención Constitucional de Chile, en momentos en que comenzaba a organizarse la redacción de la nueva carta magna. En esa ocasión fueron Marta Salgado, presidenta de la ONG Oro Negro y activista histórica por los derechos del pueblo afrodescendiente, y Camila Rivera, abogada y representante de la mesa política de este pueblo, quienes tomaron el liderazgo y se presentaron ante Elisa Loncón, presidenta del órgano.

La “Carta Fundamental tiene que considerar al pueblo tribal afrodescendiente, que tiene 500 años en el territorio y 21 años de un movimiento político social y cultural, por el reconocimiento constitucional de este pueblo, que ha sido invisibilizado y excluido por el Estado de Chile y sus gobiernos ininterrumpidamente”, denunciaba Salgado a las afueras del Palacio Pereira, frente a la presidenta Loncón y frente a la mirada de la prensa.

Esta activista histórica había elegido para este momento emblemático lucir un gran turbante café sobre su cabeza y un vestido del mismo color, que evocaban el color de su pueblo, mientras que el vestido tenía estampados que aludían al pelaje de un guepardo, un felino que habita mayormente en África; un sello que demuestra que no quiso dejar nada al azar y que, en cambio, ocupó piezas que destacaran a los afrodescendientes. Al igual que Rivera, que también vestía un gran turbante, y que tenía la misión de entregar libros a la Convención con la amplia historia de su pueblo.

Ese día el pueblo tribal afrodescendiente, el único pueblo tribal reconocido en Chile, a través de sus representantes, se hacía notar en medio del raudo avance que llevaba la Convención Constitucional, de la que habían quedado afuera pese, a la petición de los movimientos sociales y de múltiples sectores políticos de que se considerara un escaño reservado para ellos.

El 15 de diciembre de 2020, la Cámara de Diputados rechazó la propuesta de entregar ese puesto a este pueblo, luego de que la moción alcanzara solo 82 votos a favor de los 93 que necesitaba para su aprobación.

“Desde la creación del Estado de Chile, la élite política se ha encargado de negar y excluir al pueblo afrochileno. Sus descendientes hemos sobrevivido a la esclavitud, al colonialismo, a la dictadura y en este proceso constituyente, que por primera vez en la historia de nuestro país es colectivo, seguimos siendo objeto del racismo estructural, que se expresa y se encuentra inserto ahora en el Congreso Nacional”, contestaban en una carta conjunta distintas figuras del movimiento y organizaciones afrodescendientes, a este revés de parte de los políticos.

Pese a la exclusión estructural que vivieron, no se detuvieron en su intención de llegar a la Constitución y en 2021 formaron la Lista independiente “Súmate Ahora” que competía en el Distrito 1 y que estaba compuesta por cinco miembros del pueblo tribal afrodescendiente. No obstante, tampoco lo pudieron lograr debido a que no alcanzaron los votos. Y fueron los candidatos/as electos/as del mismo distrito, Carolina Videla, Luis Jiménez y Jorge Abarca, que no pertenecen al pueblo, quienes se comprometieron a llevar las propuestas de los afrochilenos a la Convención.

Aun así, Salgado y Rivera, en un arduo y largo viaje de Arica a Santiago, llegaron ese día a reclamar que se tenga en cuenta su historia y su voz en este espacio democrático que significa tanto para ellas, como para las personas que confían en su liderazgo. “Ahora es nuestro tiempo y si no, no lo será más”, sentenció la presidenta de Oro Negro en su intervención, convencida de que ahora si lograrán el espacio que reclaman por derecho dentro de la historia de Chile.

Y es que su historia en este país se remonta a cientos de años atrás, cuando los primeros esclavos negros provenientes de África llegaron a América a través de la trata transatlántica. “La esclavitud negra en Chile data del siglo XVI, cuando la población indígena, diezmada por las enfermedades y los abusos de los europeos, no daba abasto a las necesidades de mano de obra de los españoles, particularmente en la minería y en los trabajos mecánicos de las ciudades” (Cussen, 2016;26).

Desde ese entonces, cuenta la autora Celia Cussen en su texto sobre los antecedentes coloniales de los africanos, que en un lapso de 350 años: doce millones de hombres, mujeres y niños fueron capturados en innumerables localidades al interior del continente africano y transportados a la fuerza hasta América (Cussen, 2016;21), entre ellos, Chile.

Durante los primeros siglos de la Colonia en el país, “los esclavos de orígenes africanos que ingeniaban rutas hacia la libertad podían encontrarse después con formas de integración social, cierta prosperidad y hasta modestas cuotas de prestigio” (Cussen:2016;23). Esto significó que a mediados del siglo XVII, como se cita en Cussen, la población afrodescendiente alcanzara cerca del 20 al 25% del total de los habitantes en Santiago, una cifra considerable de personas.

Con el pasar de los años, y debido a su progresiva incorporación a la plebe y al proceso de blanqueamiento que eso podía significar, en las últimas décadas del siglo XVIII la población reconocidamente afrodescendiente en Chile, esclavos y libres, comenzó a perder gradualmente su presencia evidente (Cussen, 2016;29). Dentro de los pocos registros que hay sobre su existencia en el país, Cussen menciona que los cálculos tradicionales hablan de una población de unos 4 mil a 6 mil esclavos en todo Chile al momento de la independencia, sin contar a los que ya eran libres. La abolición de la esclavitud fue apenas unos años después, en 1823, dejando en libertad a estas miles de personas, los cuales pasaron a ser ciudadanos como todos los demás.

Sin embargo, Cussen en su texto “El paso de los negros por la historia de Chile”, destaca que “indagar en sus vidas posteriores a la abolición sería una tarea importante, aunque nada fácil, para entender cómo efectivamente los afrodescendientes chilenos aparentemente se esfumaron sin huella no solo en los registros parroquiales y los censos nacionales, sino de la conciencia republicana” (Cussen, 2006;51). En esa línea, distintos autores lamentan la falta de información que hay sobre afrodescendientes en esta época, pero no dudan en que todavía su presencia era real.

De esta forma, esta ausencia en los registros, subraya la autora, también se puede evidenciar en la ausencia de rasgos africanos en los chilenos. “Mucho se ha comentado sobre la

marcada ausencia entre los chilenos actuales de rasgos fenotípicos o prácticas culturales que puedan dar cuenta de las raíces africanas. En parte, y como se ha visto, esto se debe a un temprano y profundo mestizaje entre estas personas y los demás habitantes del territorio en la época colonial” (Cussen, 2016;39). Pero, “en el siglo XIX entra otro factor que terminaría por borrar las huellas de la herencia africana: el discurso liberal que planteaba la construcción del Estado-Nación (...) basado en una unidad sanguínea, una ‘raza chilena’, forjada de la mezcla de españoles e indígenas” (Cussen, 2016;30-31). De esta manera, detalla, se forjó el destino de los afrodescendientes que pasaron a ser chilenos, y muchos, incluso, adoptaron apellidos americanos.

Esta situación se dio principalmente en la región de Arica y Parinacota, donde habitaba la gran mayoría de los afrodescendientes. “Arica y sus valles interiores de Azapa y Lluta, son zonas en las que históricamente se han asentado los africanos esclavizados, primero, y sus descendientes, después, en territorios que hasta fines del siglo XIX pertenecían al Virreinato del Perú, y que solo luego de la guerra del Pacífico pasaron al Estado chileno, en conjunto con su población (Oliva, 2016;186). Esta autora, además, apunta que este proceso de anexión se llamó “chilenización”, un período “complejo y doloroso para los afrodescendientes” (Oliva, 2016;186), puesto que no se reconocían con esta nueva identidad chilena que se les imponía.

Sería entonces, este proceso, otro de los factores que influyó en la “desaparición” a finales del siglo XIX, de los afrodescendientes en la historia de Chile. “El proceso de chilenización tuvo como una de sus consecuencias que los afrodescendientes de Arica, Azapa y Lluta fueran borrados de la nación. Las nuevas generaciones ahora chilenas de nacimiento y educación, viven una realidad distinta” (Oliva, 2016;186). En este contexto, parte de la memoria negra urbana de Arica quedó relegada. Muchas de las prácticas de los antepasados en la ciudad se invisibilizaron al interior de la sociedad nacional, mientras que las costeras fueron avasalladas por la urbanidad (Espinosa, 2015;188).

En esa misma línea, comenzó a avanzar el siglo XX, “mientras la cultura afrodescendiente ariqueña no solo se extingue por la ausencia considerable del elemento humano ahora residente en el norte, sino que también por la represión ejercida por autoridades chilenas. Estas no permitieron manifestaciones culturales ‘antipatrióticas’, como las comparsas carnavales ni la

conservación de la toponimia africana, con el reemplazo, por ejemplo, del antiguo nombre del barrio Lumbanga, por el de Maipú. El ser chileno implicó la negación de lo culturalmente conocido y el comportarse como tal, lo que trajo consigo un letargo de la comunidad afrodescendiente ariqueña, que prefirió adoptar una actitud pasiva y de respeto, con la finalidad de facilitar su propio proceso de inclusión” (Araya, 2013;309).

Así transcurrieron los años hasta que a inicios de este siglo comenzó a darse un despertar entre los afrochilenos. “El comienzo del despertar público de los afrodescendientes en Chile data desde principios del 2000. La ciudad de Arica y el valle de Azapa fueron el escenario de una comunidad inquieta que se pregunta por su identidad; cuestionamientos marcados profundamente por la particularidad del color de su piel” (Chávez & Rojas, 2018).

Desde aquel momento, estamos frente a un proceso de “etnogénesis o reetnificación”, en el que dos hermanas, Sonia y Marta Salgado, unidas a un grupo no menor de personas comienzan la ardua tarea de dar a conocer al resto del país, como también en su región, la existencia de una cultura e historia negra que se había negado durante siglos (Chávez & Rojas, 2018).

Fueron precisamente estas dos mujeres activistas las que iniciaron el proceso de rescatar la historia de los afrochilenos. En 2001, fundaron la ONG Oro Negro, “la primera agrupación en Chile en destacar la existencia de afrodescendientes y difundir su cultura”, según su sitio web, una organización con la que buscan el pleno reconocimiento de su pueblo por parte de todo el territorio nacional y que se admita de una vez su existencia, puesto que realmente son miles los afrochilenos que habitan Chile.

En el 2013, la encuesta Encafro del INE, determinó que hay 8.415 afrochilenos solo en la región de Arica y Parinacota, y se estima que a la fecha pueden ser cientos de personas más, debido a que la medición sólo calculó una región, y a que tampoco se tiene en cuenta a todos los hijos de inmigrantes racializados que llegaron recientemente a Chile y que ahora son chilenos.

Y si bien hay historiadores que dicen que los africanos que llegaron durante la Colonia se “eliminaron rápidamente” porque no pudieron “aclimatarse” al frío de la zona o por su

“inferioridad física y moral”. Lo cierto es que hay avances científicos que rechazan este postulado. Cussen, destaca que, en un reciente estudio de ADN de genetistas de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, se comprobó que los chilenos aún ostentan una herencia africana; el 2,7% del ADN del chileno promedio es rastreable en África, esto quiere decir que uno de nuestros antepasados, de hace seis generaciones, pudo haber sido africano (Cussen, 2016;32).

En ese sentido, durante estos últimos años, para conservar su identidad y que ésta fuera respetada dentro del territorio, muchos afrodescendientes se han empeñado en mantener ciertas tradiciones como las Fiestas de la Cruz de Mayo o la celebración de la Pascua de los Negros, festividades que son parte de su cultura. “La constitución de organizaciones comunitarias de afrodescendientes, corresponde hoy en día a un hito fundamental en el renacer de la historia negra de Arica, considerando la indiferencia gubernamental que se ha tenido con la etnia, su importancia radica mayoritariamente en la puesta en valor de una cultura viva, que parecía extinta, cuya africanidad se encontraba dormida entre nosotros” (Araya, 2013;317). Es decir, pese a la inexistencia de información oficial rastreable sobre ellos antes del 2000, lo cierto es que los historiadores aseguran que sí estaban presentes en Arica, lo que sucedía era que su ancestralidad estaba adormecida.

Además de lo anterior, el activismo político de las hermanas Salgado y otras activistas, las ha llevado, por ejemplo, a conseguir la Ley 21.151, que le otorga reconocimiento legal al pueblo afrodescendiente, y a su cultura y tradiciones. Es por esta razón, entre muchas otras, que, para ellas, es incomprensible que no se les diera un escaño reservado.

No obstante, a pesar de todos los reveses que han vivido a lo largo del tiempo, las activistas afrochilenas han sido y son fundamentales para la historia de su pueblo, puesto que, sin ellas, aún cientos de afrodescendientes probablemente seguirían dormidos, sin tener la oportunidad de rescatar esa memoria que llevan en la sangre. Es por esto que, en la segunda parte de este libro, se rescatará su memoria y sus luchas, que perduran hasta hoy.

La semilla del florecer afrochileno en Chile

Durante los últimos veinte años se ha visto un fuerte rescate de la identidad afrodescendiente en el norte de Chile, especialmente en Arica por parte de algunos afrochilenos que habitan este territorio. Se trata de una comunidad que pasó de ser prácticamente invisible, a ser hoy el único pueblo tribal legalmente reconocido; con su propia cultura y tradiciones ancestrales, que vienen de una herencia negra que habita el territorio chileno hace cientos de años.

Este proceso de reconocimiento y recuperación de su historia se llevó a cabo gracias a que algunos afroarriqueños, que no se identificaban solamente como chilenos, tuvieron la iniciativa de comenzar a organizarse y rescatar esta memoria, muchas veces oral, para compartirla con el resto de los suyos y el país.

Dentro de este grupo de pioneros, se encontraba la ONG Oro Negro, la primera organización de afrodescendientes en el país y la primera en buscar el reconocimiento legal de este pueblo, además de ser la responsable de liderar la revitalización de lo negro en Chile.

Al poco andar, otras agrupaciones, también afrochilenas, se fueron conformando en Arica: como la ONG Lumbanga, Arica Negro o la Agrupación de Mujeres Hijas de Azapa, entre las pioneras, no obstante, hoy ya son cerca de 45 organizaciones en total las que ayudan a darle un impulso a este movimiento social, para el asombro de muchos habitantes del territorio que desconocían la presencia negra en Chile, producto de la ignorancia general que hay sobre esta “otra” historia del país; una historia “oculta”, como la define la activista histórica **Marta Salgado Henríquez**, autora de “Afrochilenos: Una historia Oculta”.

Marta, de 74 años, es reconocida nacionalmente por su lucha y constante esfuerzo por la inclusión de los afrochilenos en Chile y por ser la fundadora de Oro Negro, cuyo inicio se remonta al año 2001, cuando junto a su hermana Sonia Salgado, ex alcaldesa de Camarones (1992-1994), fundaron la organización, la cual alcanzó su constitución legal en 2002, y cuyo

propósito era abogar por la inclusión de las poblaciones afrodescendientes en las políticas públicas.

“La ONG nace por un grupo de familias, cuya principal fundadora es Sonia Salgado Henríquez con quien te habla, pero también nuestras madres y nuestras tías”, comienza relatando la propia Marta desde Arica, durante una tarde de junio que se transformó en una oportunidad para recordar la historia de su vida personal, de su familia y de su trayectoria como activista. “Luego, la familia Salgado Henríquez se sumó a otros troncos familiares para fundar la ONG, ¿y por qué se fundó? porque conversando entre las familias, mi madre dice y a la vez, confiesa que nosotros descendemos de personas africanas”, dice Marta.

“Eso (nuestro origen) se venía preguntando en la familia hace años, porque en nuestra infancia nosotros veíamos que teníamos diferencias con otros niños y esas diferencias se hacían ver en lo que hoy día se llama *bullying* en las escuelas. Nosotros lo sufrimos de manera muy agresiva desde la educación básica hasta la educación media”, comenta esta activista, sobre los primeros cuestionamientos que ocurrieron en su niñez producto de la discriminación que vivió a raíz de su color de piel.

“Entonces, nosotros bajo toda esta historia y la historia que relata mi madre, decidimos fundar la ONG Oro Negro para reconocer en Chile a los afrodescendientes chilenos, para capacitar a la ciudadanía y a las propias organizaciones afro, de qué es ser afrodescendiente; luchar porque no haya más discriminación y también por la inclusión en los censos nacionales (de las personas afro). Fuera de otros temas sociales como la vivienda, la salud y la educación”, dice Marta, quien agrega que en su origen la organización siempre tuvo la intención de ser una agrupación con enfoque político, aunque sin dejar de lado otros aspectos como lo social o lo cultural.

Al respecto, Marta asegura que ha sido un honor formar parte de este proyecto durante todos estos años. “Somos una organización de base, por lo tanto, las personas que estamos en la ONG somos aproximadamente 20 profesionales que trabajamos en las cosas técnicas. Ellos también tienen sus trabajos y a veces no pueden dedicar tiempo, entonces yo como estoy jubilada,

renuncié a mis proyectos personales y me dediqué de lleno a este proyecto que es de desarrollo humano, como decía mi hermana Sonia Salgado. Por eso, dentro de mis valores, considero que es un tremendo compromiso el que nosotros asumimos como familia cuando creamos esta organización, entonces es un honor seguir trabajando y poder llevarlo al propósito, a los objetivos”, apunta.

Dentro de esas metas, este movimiento logró que en el 2019 se promulgara la ley 21.151, que reconoce su “identidad cultural, idioma, tradición histórica, cultura, instituciones y cosmovisión”, reconociendo a los afrodescendientes chilenos como aquellos que se identifican como tal y que comparten una identidad “descendiente de la trata transatlántica de esclavos africanos traídos al actual territorio nacional entre los siglos XVI y XIX”, dice la legislación.

“Yo me la jugué mucho para sacar esa ley; en la cámara de diputados, en el Senado. Me la jugué para estar en Valparaíso, en Santiago; haciendo lobby con senadores, diputados, hasta que se logró”, sostiene esta afrochilena, quien agrega que, no obstante, aún faltan detalles. “Ahora falta, falta vestir esa ley, adornarla, colocarle los reglamentos, hemos tenido reuniones con el Ministerio de Desarrollo Social, con su nueva subsecretaría, Andrea Valladares, para terminarla. Entonces hay compromisos que se asumieron y que vamos a estar delineando hacia el futuro”, subraya, con la fe puesta en que pronto terminarán los detalles de la ley, porque no pueden esperar a que venga otro gobierno y empezar de nuevo, asegura.

Tras alcanzar estos objetivos, la siguiente meta de este movimiento es lograr estar dentro de la Convención para que se reconozca constitucionalmente a su pueblo, pese a los desafíos que tuvieron en el camino. “Cuando estamos, por ejemplo, en un proceso tan importante como es la Convención Constituyente, es necesario que estemos presentes, más aún cuando, primero, se legisla para no darnos el escaño reservado, y luego, hoy día, en el transcurso de las reuniones de los convencionales, nos vamos encontrando con rasgos tremendamente racistas hacia el pueblo tribal afrodescendiente, por esto, nosotros tenemos que estar constantemente desplegando toda nuestra fuerza para hacernos visibles ante un mundo que ya debiera estar pensando en terminar con la discriminación y el racismo, sin embargo, en esa constituyente se está produciendo el

racismo contra el pueblo tribal afrodescendiente chileno”, denuncia Marta, quien siente que no han sido plenamente escuchados.

“Entonces estamos en una situación en que hay que defenderse, hay que luchar, porque no podemos esperar a que venga otra Constitución a que nos reconozca, cuando somos el único pueblo tribal reconocido en Chile (...). Entonces va a haber que seguir en esta lucha, no va a ser fácil”, sentencia. “Porque nosotros, independiente de no tener el escaño reservado, de no tener un representante ahí, hemos luchado por estar ahí, por ser visibles, que nos vean, que nos conozcan. Pero no se avanza en la constituyente porque los pueblos originarios se oponen a nosotros y hay que decirlo”, añade. “Esto es muy serio, no basta la revuelta del 18 de octubre, no basta la elección de constituyentes; la Constitución es el futuro del país y el futuro de los ciudadanos y ciudadanas, niños y niñas, viejos y viejas, entonces, es difícil esto”, se lamenta al darse cuenta de que la Constitución definirá el futuro de múltiples comunidades, pero tal vez no la de ellos en el sentido que quisieran.

Con respecto a su denuncia hacia los pueblos originarios, Marta dice que algunos constituyentes indígenas se oponen a su inclusión porque dicen que los afrochilenos no son preexistentes a la República. “Pero ellos tampoco son preexistentes”, comenta. “Sobre todo los aymara. A lo mejor los del resto del país sí, los yámanas, los onas, los changos, los mapuche, pero los aymaras tienen una historia parecida a la de nosotros, entonces no sé qué están haciendo oponiéndose a la existencia nuestra en la convención constituyente o en la carta fundamental, es difícil, son temas muy difíciles que tienen que ver con los derechos de los pueblos, en este caso, el pueblo tribal afrodescendiente chileno, consagrado en el convenio 169 de la OIT”, finaliza, con un claro tono de desesperanza, pues para ella es incomprensible que otros pueblos se opongan a su integración, cuando debería ser al contrario, debido a la historia compartida de invisibilización en la historia reciente del pueblo chileno.

“Eso en este momento para mí, por ejemplo, es muy cansador porque uno se enfrenta al racismo, a la discriminación y a la xenofobia que hacen los propios pueblos indígenas al pueblo tribal afrodescendiente, cuando, por ejemplo, los mapuche tienen muchas cosas comunes con nosotros. Los mapuche de aquella época, cuando ocurrió la trata transatlántica de personas

africanas esclavizadas que fueron llevadas hasta Arauco, protegieron y criaron a los hijos de las esclavas. Dentro de su léxico, por ejemplo, existe la palabra Kuriche que es gente negra, y además hay algunos apellidos por ahí que podrían estar vinculados a África, además, hoy día se investiga de dónde sale el kultrún, porque las sociedades indígenas nunca han tenido tambor, entonces hay investigaciones que dicen que el kultrún es de origen africano, estas son algunas de las cosas que hay que ir estudiando”, comenta Marta, curiosa, por conocer más de la unión que hubo entre los pueblos hace cientos de años, pero que pareciera que ahora se están dando la espalda.

Pese a lo anterior, ellos como pueblo tribal tienen muy claros los puntos que quieren que se incluyan dentro de la Carta Magna. “El primer punto es el reconocimiento constitucional, luego el tema patrimonial, es decir, que se reconozca el patrimonio material, inmaterial y natural afrodescendiente, y también insertar en el currículum escolar nacional de Chile, la historia de los afrodescendientes chilenos. Son temas super principales y son los que nos animan a nosotros a seguir en esto”, apunta Marta, no obstante, hay otros temas más específicos que quieren que se incluyan, como las capacitaciones a funcionarios públicos, que muchas veces tienen que dar ellos mismos.

“Porque ellos nos folclorizan”, denuncia Marta. “Nosotros los dirigentes afrodescendientes y sus bases, somos la mayoría profesionales, personalmente, yo soy educadora de párvulos y técnico en administración pública; y en la organización, hay trabajadores sociales, abogados, psicólogos, una infinidad de profesiones, entonces, no somos, para decirte así entre comillas lo que están pensando los demás, ‘unos negritos que avanzan y tocan tambor’, eso es una parte de nuestra cultura, que es muy importante porque sensibiliza y visibiliza, pero los destinos del pueblo están en manos de profesionales afrodescendientes, de toda gama de profesionales, que entregan sus conocimientos gratis a este movimiento político social y cultural”, agrega, por este motivo, para ella es necesario que los funcionarios públicos entiendan que los afrodescendientes son igualmente capaces, por ejemplo, de sacar políticas públicas gracias a su amplio conocimiento en leyes, y asevera, que es necesario acabar con la caricaturización de los afrodescendientes, que perciben en algunas ocasiones.

Con respecto al punto de educación, esta es una cuestión central en el discurso de Marta, ya que denuncian que la historia de los afrochilenos no está representada en los textos escolares y que, de estarlo, sería una manera de contribuir con el fin de la discriminación y el racismo que hay hacia los negros en Chile, y también de terminar con esa “idea” de “raza blanca” con la que se identifican los chilenos.

“Por esa invisibilización del Estado hoy día nosotros no estamos en el currículum escolar de Chile, y por lo tanto las personas no nos conocen, siendo que la existencia de afrodescendientes es de Arica a Punta Arenas”, apunta Marta. Por eso, “toda la historia del pueblo tribal afrodescendiente tiene que ser enseñada, y no es por un capricho nuestro sino porque, por ejemplo, para conformar lo que hoy día es la Ley 21.151, nosotros tuvimos que presentar un argumento histórico, genealógico y patrimonial, y en esos argumentos jurídicos aparece nuestra historia, por ejemplo, la abolición de la esclavitud en Chile y la libertad misma. Entonces nosotros no estamos hablando de cosas al azar, son cosas que tienen un fundamento histórico que deben estar en el currículum escolar”, agrega.

Sobre este punto concuerda Sandy Milien, autora de “Afrochilenos en rumbo al reconocimiento como pueblo tribal”, quien menciona que la población afrochilena ha sido víctima de varios tipos de discriminación, pero el más notorio es la discriminación escolar. Todavía existe un amplio desconocimiento del pasado esclavista a nivel nacional, ya que el sistema escolar no incluye ningún elemento histórico de los afrochilenos en su currículum escolar (Milien, 2015;6)

Por otro lado, parte de este fundamento histórico que menciona Marta, es algo que ella misma investigó y que la inspiró a escribir su libro “Afrochilenos: Una historia oculta”, una historia y una cultura que le gustaría que se conociera no solo en Arica, sino que en todo Chile. “Es difícil que un tema que se ha ocultado por más de 500 años, lo puedan asimilar de un momento a otro, tienes que entrar con muchos argumentos, pero esos argumentos nosotros los tenemos”, comenta.

En esa búsqueda por educar y por hacerse visibles nació el programa de radio “Soy afrodescendiente”, del cual Marta es panelista permanente y que se transmite cada miércoles de 19.00 a 20.00, por Radio Cappisima, una señal radiofónica ariqueña, dentro de un segmento que se llama “Hilando con Hilda” que se transmite de lunes a viernes.

Hilda Silva Pererira, conductora de este programa, le cede a Marta cada miércoles para que pueda hablar de temas relacionados a los afrochilenos. “Mi amiga, porque somos amigas con Hilda, me cedió ese día miércoles para hacer el programa ‘Soy afrodescendiente’ y ahí tenemos la oportunidad de dar a conocer lo que está pasando a nivel nacional sobre temas afro, y también de poder entrevistar a historiadores que están trabajando en distintos territorios donde vivieron y donde viven afrodescendientes chilenos”, comenta, y agrega que no es una idea nueva, ya que anteriormente durante seis años participó en un programa que se llamaba “Sentimiento afro”, en Radio Puerta Norte, también de Arica, donde daba a conocer el acontecer de su pueblo, entre otros temas.

Otra manera en que mantienen viva la cultura afro en Arica es mediante la celebración de sus fiestas tradicionales, que se caracterizan por su tono festivo y musical, esto porque las comparsas son fundamentales en las fiestas de los afrochilenos, es por esto que nace la Comparsa Oro Negro, que acompaña cada carnaval. “La comparsa, que tiene su propio directorio, se crea al alero de la ONG Oro Negro con el propósito justamente de sensibilizar a la comunidad y de acompañar todas estas fiestas, porque cada mes hay festividades del pueblo tribal afrodescendiente”, relata Salgado, y cuenta que, “ellos bailan los ritmos con matracas, que simulan el sonido de las cadenas cuando las personas africanas fueron esclavizadas”.

Este pueblo, celebra sus fiestas con una religiosidad ejemplar. Es por esto, que Salgado no duda al comentar cuáles son todas estas festividades, de las que ella participa ceremoniosamente como líder de Oro Negro. “Nosotros partimos con la Pascua de los Negros, el seis de enero. En esa festividad nosotros congregamos a más de 3 mil personas, que nos siguen por el Paseo Peatonal 21 de mayo, en Arica, hasta llegar a la plaza, donde se hace un acto cultural y una feria patrimonial, y donde se reparte chocolate caliente y pan de pascua a las personas”, comenta esta

activista, quien sostiene que, por la pandemia, de momento, algunas de sus fiestas están suspendidas.

“El día 2 de febrero, las colectivas de mujeres festejan al Yemanjá (orisha o diosa del mar). Luego está el Carnaval Afro, en el que participan seis comparsas afrodescendientes, en el marco del Carnaval Andino, donde también participan pueblos originarios”, añade Marta.

“Luego celebramos el desentierro del ño Carnavalón (o abuelo Carnavalón), también con comparsas, que se da entre febrero y marzo. En mayo ya viene todo el tema de las Cruces de Mayo, que le rinden un culto a la cosecha y al bienestar de la familia, y que se extiende desde el 3 de mayo hasta fines de julio; depende de cuando las familias bajan la cruz y de cuando las suben, y dentro de eso está San Juan, el 24 de junio, y San Pedro, el 19 de junio. De agosto pasamos al 30 septiembre, mes en que tenemos el día de San Miguel de Azapa, el Miguelito”, agrega cariñosamente Marta. “Luego, el primero de octubre, celebramos a la Virgen del Rosario de las Peñas, el 3 de noviembre a San Martín de Porres y el 8 de diciembre tenemos la Fiesta Chica de la Virgen del Rosario de las Peñas, también por las cosechas y las bajadas de los ríos”, subraya.

“Además, entre el 3 de noviembre y el 3 de diciembre, nosotros hemos declarado por sí y ante sí el mes de la herencia africana en Chile, concluyendo el 3 de diciembre en el día del Afrodescendiente Chileno. Eso lo festejamos acá en Arica y lo celebramos con el Ministerio de las Culturas, con un acto cultural, con un pasacalle, con seminarios de la danza del Tumbé Carnaval, del Patrimonio, entre otras. Incluso, hemos tenido algunos seminarios con personas afrodescendientes internacionales, entonces, es un mes súper importante porque además nos complementamos y retroalimentamos de lo que pasa en el Consejo Internacional de los Afrodescendientes, que hoy día lo hacemos virtualmente. Este es un mes en que hay muchas actividades todos los fines de semana”, finaliza.

Asimismo, otro evento relevante para ellos, como pueblo afrodescendiente chileno, fue el momento de la creación de su bandera, que si bien, aún no está terminada, admite Marta, los acompañó en momentos cruciales de su historia reciente. “Estuvimos hablando como por cuatro años sobre la creación de la bandera, pero la verdad es que, fue muy difícil llegar a los acuerdos.

Finalmente, hicimos la bandera que tenemos ahora como una bandera de transición, porque muchas organizaciones y personas quieren introducir símbolos, que es natural, pero hay que ver qué símbolos introducimos a esa bandera si queremos representar a los afrodescendientes chilenos de Arica a Punta Arenas, hay que buscar un símbolo que nos identifique a todos”, dice Marta. “Esta bandera que hoy tenemos, en algún momento la vamos a cambiar, pero era necesario tenerla ahora en este proceso constituyente”, sostiene Marta.

No obstante, esperan que los colores que tiene la actual bandera: rojo, negro, amarillo y verde, se mantengan porque representan la historia de sus antepasados africanos. “Los colores tienen que ver obviamente con África porque son los colores que vienen desde ese continente y que tienen una simbología relacionada con la naturaleza: el amarillo es el sol, el verde la Sabana y los valles, el negro es nuestro propio color y el rojo, que nosotros como ONG Oro Negro también lo tenemos en nuestra bandera, es la sangre, la sangre derramada de nuestros antepasados”, finaliza.

Ahora bien, pasando a su vida personal, lo cierto es que mucho antes de crear esta bandera, incluso, mucho antes de conformar la propia ONG, Marta ya era activista, aunque con otro nombre. En su juventud, fue sindicalista, periodo en el que luchó ampliamente por los derechos de los trabajadores y de las mujeres, según relata ella misma, quien hace un repaso por su biografía, antes de abocar su vida al movimiento afrochileno.

“Yo fundé y fui la presidenta del Movimiento Autónomo de Mujeres del norte en Arica y también fui presidenta de la primera Unión Comunal de mujeres del norte, que nace en esta región. Y, además, fui dirigente gremial sindical desde el año 70 cuando entré a trabajar a la Universidad de Chile (ahora Universidad de Tarapacá), ya que fui elegida para representar a los trabajadores en Santiago de Chile”, relata Marta, quien cuenta con una larga vida sindical.

“Luego vino el golpe y fueron 17 años en que, entrecomillas, no se podía hacer gremialismo o sindicalismo, pero yo igual trabajé por las mejoras de los trabajadores y obtuve algunas cosas para ellos dentro de ese periodo difícil”, asegura. “Gracias a mi trabajo en la

biblioteca de la Universidad, que me permitió conocer a todas las autoridades universitarias de la época y, por lo tanto, ser una persona creíble para ellos”, agrega.

“Entonces, gracias a este relacionamiento, yo conseguí muchas cosas para los trabajadores, dentro de un gobierno de facto en la universidad y me enorgullezco de eso”, se sincera Marta, quien destaca entre sus logros, mayores jubilaciones para los empleados de las universidades estatales, además de bonos de reconocimiento y de daño previsional.

Por otro lado, cuando participó en movimientos de mujeres también obtuvo otras victorias. “Nosotros trabajamos para la creación del Sernam en aquella época, que hoy es el Ministerio de la Mujer, y también participamos en las primeras propuestas que se hicieron de las leyes de filiación y de violencia intrafamiliar”, destaca.

En síntesis, su trabajo siempre ha estado ligado a los derechos de las personas, pero durante los últimos veinte años se ha dedicado de lleno a defender los derechos de los afrodescendientes chilenos. En un principio compatibilizaba su jornada laboral con su activismo, pero hace diez años que dedica todo su tiempo a la ONG, ya que se jubiló en el 2011. Esta mujer incansable, al ser preguntada sobre cuáles son sus motivaciones para continuar pese a los desafíos que conlleva una vida de lucha, no duda en responder que es algo tan sencillo como: mejorar la vida de las personas.

“A mí me motiva el bien común, que las personas mejoren su calidad de vida. Ni siquiera espero aplausos. Yo estoy feliz de que las personas tengan un bienestar, una calidad de vida, de acuerdo con lo que yo puedo incidir en ella, en este caso, en el parlamento, en el gobierno”, comenta con un espíritu y energías inagotables, convencida de que su trabajo y el de tantos otros, logrará reivindicar la historia de los afrodescendientes en Chile. “Estoy segura de que si todas las personas pudieran aportar un grano de arena al bien común sería maravilloso porque se puede”, expresa.

Esa energía que motiva a Marta es parte de lo que ella también ha compartido con su propia familia, quienes sin dudas son parte de esta historia, ya que al final, fue su propia hermana Sonia y los relatos de su madre, quienes motivaron su despertar afrochileno.

“Mi lucha la he conjugado con mi familia. Yo tengo un compañero, tengo 3 hijos, nueve nietos y tres bisnietos, uno fallecido. Y con todo eso, yo he organizado mi casa”, relata Salgado, al momento de comenzar a hablar de su familia y las tradiciones que los rodean. “Hace dos años, yo vivo prácticamente sola con mi pareja, porque ya mis hijos se independizaron, pero hubo algunos tiempos en que yo viví con todos ellos, con sus parejas y mis nietos, en una casa más grande, pero siempre en común, las fiestas también eran en común, algo que yo aprendí de mis padres”, reconoce.

“Nosotros somos nueve hermanos y cada uno tiene sus hijos, mis padres fallecieron, pero siempre fuimos muy unidos. Para los cumpleaños de ellos o para su aniversario de bodas, estábamos todos ahí. Éramos muchos en la casa, porque además de los nueve hermanos, llegaban las hermanas de mi papá con sus hijos, las hermanas de mi mamá con sus hijos, entonces éramos como más de 50 o 60 personas en una casa que no era muy grande, era chiquita, pero con mucho amor, había para todos. Mi padre siempre se preocupó de eso”, asegura Marta sobre lo importante que es para ellos compartir en familia, algo que también se ve en otras familias afrodescendientes porque muchos provienen de troncos familiares amplios. Por ejemplo, para el mes de las cruces mayo, una sola familia que baja y sube una cruz pueden ser decenas de personas. El dato es aún más impresionante, si se tiene en cuenta que, según un estudio de la Universidad de Tarapacá, para el 2015 existían más de 96 cruces de mayo en la región de Arica y Parinacota (Díaz, *et.al.*, 2020;136).

“Mi mamá y papá eran afrodescendientes, ellos nos inculcaron a nosotros los valores de que había que estudiar para trabajar. Entonces esos valores nosotros nunca los hemos olvidado, los nueve hermanos somos de una familia muy humilde, pero somos todos profesionales, eso es bonito y no solo es bonito porque seamos profesionales, sino porque hay una vida que significó vivir de forma de que tus hijos puedan irse educando, porque cada vez los sistemas políticos van cambiando, entonces se hace más difícil”, comenta Salgado, a partir de su propia experiencia

como madre. “Por ejemplo, a mí educar a mi hijo menor me costó más que educar a los primeros porque van cambiando las políticas en el país, entonces no es fácil que las personas que no hemos nacido en cuna de oro, que nuestros hijos puedan seguir carreras universitarias”, agrega.

En cuanto a sus hijos, Marta comenta que ellos también se reconocen como afrochilenos e incluso participan dentro de Oro Negro. “Ellos me colaboran. Mi hija es secretaria y tesorera de la ONG, ella es secretaria en computación y trabaja en la ilustre municipalidad de Arica. Mi hijo es ingeniero en prevención de riesgo y es jefe de prevencionistas de la mutual de Seguridad. Mi otro hijo es ingeniero en administración de empresas, trabajó en empresas y hoy día tiene su propio negocio con su pareja, un minimarket. Yo me siento super orgullosa de mi familia, de mis hijos, de lo que yo logré, a través de la perseverancia, de la constancia y también de la mano dura, porque yo era madre de mano dura”, se ríe Marta, quien pone mucho valor al hecho de que sus hijos y sus nietos hayan seguido sus carreras y ambiciones personales, porque no todas las personas racializadas tienen acceso a la educación en Chile, por múltiples razones, entre ellas, el racismo institucional y estructural que son una barrera para entrar a la Academia. “Sin embargo, estamos bien”, apunta, quien, entre todo su clan, destaca a su bisnieto de 14 años, que tiene “rulos de cobre” y “toca tambor de chiquitito, de cuando tenía dos años. Él es capaz de tocar solo el tambor con todo el ritmo de la danza que nosotros tenemos, el Tumbé carnaval”, dice Marta, para destacar que la cultura afrodescendiente seguirá trascendiendo gracias a los más pequeños.

Esta propagación de lo afro, también se refleja en que cada vez son más las agrupaciones que reúnen a afrochilenos y de a poco se han hecho más visibles. Todo esto gracias a la ardua labor de mujeres y hombres activistas, que ven a Marta y a Sonia Salgado como sus mentoras. Aun así, estas dos hermanas no esperaban que el movimiento se expandiera tanto como lo hizo. “Yo me siento muy contenta, al igual que mi hermana Sonia, de que el movimiento haya crecido tanto, porque nunca pensamos que iba a ser tan tremendo el movimiento como lo es hoy día, en lo político, en lo social, en la danza y en la música. Ha crecido mucho, pero como mentora, tengo que decir que nos falta mucho todavía, hay mucho que trabajar”, afirma Salgado, con la sombra de la Constitución en su espalda, a sabiendas de que nada garantiza que finalmente serán incluidos y reconocidos por la carta Magna, su foco en estos momentos.

Además, de poner la mayor parte de sus energías en esta tarea, también aportan de otras maneras. “Nosotros tenemos un convenio con la Fundación de Jardines Infantiles acá en la región, donde llevamos aprendizajes significativos a niños y a niñas. Incluso algunos colegios hacen actividades especiales en el día internacional de la Mujer Afro, el 25 de julio”, destaca. También, “la Junji ha galardonado a sus funcionarias afrodescendientes acá, ha sido muy emotivo. Pero claro, depende también de los directores regionales, de cómo asumen esto, ya que a veces tiene que ver con voluntades personales porque nadie les dice que por ley tienen que hacer actividades con nosotros, entonces tiene que ver también con las sensibilidades de cada autoridad”, se lamenta, y sostiene que, al contrario, deberían existir políticas públicas que destaquen la historia afro de Arica en los establecimientos educacionales, sin que sea solamente una voluntad personal.

“Por ejemplo, acá en la región nosotros con el Servicio Municipal tenemos instaurado el día de la mujer afrodescendiente en el calendario escolar de Arica, entonces los colegios, antes de la pandemia, invitaban indistintamente a distintas organizaciones que iban a hacer demostraciones de danza, música y a contar la historia. Hoy día, en cambio, estamos trabajando de manera virtual, pero echamos de menos ir para allá porque el tema de la sensibilidad es un tema de piel, entonces va a haber que trabajar mucho cuando salgamos de esta pandemia”, se proyecta Marta, quien espera seguir trabajando el tema de la no discriminación en las escuelas, y convencida de que aún es capaz de seguir logrando muchas metas más alrededor de su activismo.

“A los jóvenes, a los profesionales, yo les digo que nos falta mucho: más relacionamiento con las universidades estatales y privadas, tener estudios de genealogías, porque ellos postulan a proyectos Fondecyt, Conicyt, que son de mucho dinero, que no poseemos las organizaciones. Entonces tenemos que hacer un trabajo conjunto con ellos para poder acopiar todo lo que ha pasado en estos 500 años”, comenta motivada esta activista, quien espera lograr reconstruir esta historia para que nunca más se vuelva a invisibilizar a los afrodescendientes en Chile.

El poder de un legado: El intento tras el escaño negado

Fue en marzo de 2018 cuando comenzó con más fuerza la ola feminista en Chile, las mujeres se hicieron escuchar más fuerte que nunca exigiendo igualdad de género y que se pusiera fin a la violencia estructural, que viven muchas en este país. Luego vino la marcha de 2019, en el que destacó la palabra “históricas”, por fin las mujeres hacían historia y demostraban el poder que tenían reunidas en las calles.

Ese mismo año vino el estallido social que culminó en la redacción de una Nueva Constitución, y no podía ser menos que paritaria, la primera constitución paritaria del mundo, que no sería así si no fuera por la amplia lucha que han dado las mujeres chilenas por tener un espacio en la política chilena.

En el proceso, fueron más de mil los candidatos y candidatas que llegaron a la carrera por obtener un escaño dentro de la Convención Constitucional, y entre ellos estaba la lista independiente “Súmate Ahora” (WE) por el Distrito 1, compuesto por dos hombres y tres mujeres afrodescendientes que estaban convencidos de que merecían un espacio dentro de la Convención, pese al rechazo del Congreso de otorgarles un escaño reservado.

“Súmate Ahora” fue la única lista afrodescendiente del país, y entre los cinco postulantes estaba **Rebeca Butrón Catalán**, de 41 años, una mujer que se define como afroaymara y que desde el 2014 participa en la ONG Lumbanga, de la cual es secretaria y, además, es miembro de la mesa política del pueblo afrodescendiente. Rebeca vive en Arica, pero sus orígenes están en el Valle de Azapa. Además, trabaja como secretaria en el Hospital Regional de Arica Dr. Juan Noé Crevani y era madre de un niño de apenas meses de edad cuando levantó su candidatura a la constituyente.

“Yo pertenezco a la mesa política del pueblo y ellos me hicieron la propuesta de postular, fue un poco complicado para mí porque tengo un bebé, pero me motivó el tema de los años que

llevó viendo y viviendo el racismo y la discriminación hacia los afrodescendientes. Sentí que era necesario mostrar y visibilizar nuestra cultura”, comienza relatando Butrón sobre su experiencia como una de las únicas candidatas mujeres afrodescendientes en la carrera para la Constitución.

El programa de su candidatura incluía el derecho a la salud, la protección de mujeres, niñas y adolescentes ante hechos de violencia extrema, el fin de las zonas de sacrificio, el derecho a la educación pública y de calidad, la protección del medio ambiente, mayor participación ciudadana y lo más importante para ella y su pueblo: “garantizar la incorporación del reconocimiento constitucional de los pueblos indígenas de Chile y del pueblo tribal afrodescendiente chileno”, según el mismo documento que ella entregó al Servel.

“Desde la parte política queríamos que el pueblo afrodescendiente quedara reconocido en la Nueva Constitución, como lo es en Bolivia o en Ecuador”, apunta Rebeca sobre su programa, que no era solamente de ella, sino que era un proyecto colectivo que tenía todo el apoyo del pueblo afro, que la respaldaban con firmeza y confiaban en su liderazgo para representarlos frente a todo Chile, no obstante, no alcanzó los votos para entrar, ni ella ni ninguno de los otros cuatro afrodescendientes que estaban postulando.

Ese 15 y 16 de mayo de 2021, los días de las elecciones de constituyentes, ella obtuvo 373 votos, mientras que el candidato más votado de su lista, José Barraza Llerena, obtuvo 3,106 apenas 146 votos menos que el último constituyente electo de su distrito.

Había un dejo de desaliento entre ellos. Las puertas se habían cerrado otra vez.

“Esto parte desde un principio por el tema de que nos dejaron fuera de los escaños, nosotros siempre pedimos un escaño reservado para el pueblo afrodescendiente y esto no ocurrió, demuestra una vez más el racismo estructural que se vive en Chile. Es una pena que no haya quedado ninguno de nosotros, que formamos una lista como independientes a favor del pueblo, pero lamentablemente, no se pudo hacer más porque igual cuesta una candidatura independiente”, comenta Butrón, sobre el duro golpe que fue para ellos esta situación.

“A pesar de que presentamos un programa y tratamos de hacer lo que más pudimos para captar votos, lamentablemente no nos sucedió y fue una pena para nosotros como pueblo afro porque queríamos presentar nuestras demandas y visibilizar al pueblo, que muchas veces es no visto. Hay muchas tradiciones que sigue la ciudadanía en común que son de nuestro pueblo entonces nosotros queríamos demostrar todo eso, y no se pudo” agrega esta excandidata.

Ellos estaban convencidos de que tenían buenos candidatos y que había una posibilidad real de lograr este escaño que tanto deseaban. “En la mesa política se propuso, y estuvieron muchos de acuerdo, en empezar a buscar quiénes podían ser los candidatos más idóneos para estar en un cargo así. La lista de nosotros tenía gran diversidad, éramos hombres, mujeres, de distintas edades, con distintos pensamientos políticos, con distintos pensamientos personales. Entonces se propuso dentro de la mesa y así llegamos a la lista final”, comenta Rebeca. Dentro de ellos, estaba la activista Milene Molina (54), Coordinadora del Cono Sur de Mujeres Afrodescendientes y miembro del Colectivo Luanda; Yarlette Marambio (23), de la Agrupación de danza Sabor Moreno; Sergio Gallardo (59), secretario de la Mesa Técnico Política Afro Chilena y presidente del Gremio Mecánico Automotriz; y José Barraza (51) profesor de historia y geografía, y gestor cultural de la región de Arica.

Para todos ellos, fue duro que ninguno lograra llegar hasta el Palacio Pereira después de estar tan cerca de lograrlo, no obstante, se repusieron lo más rápido que pudieron e igualmente se hicieron presentes en esta instancia, en la reunión con la presidenta de la Convención antes mencionada, y también se reunieron con los constituyentes que salieron electos del Distrito 1, a quienes les entregaron una carta con sus peticiones apenas salieron electos, que contiene “lo que nosotros queremos que esté del pueblo afrodescendiente en la Nueva Constitución”, apunta Butrón, y “ellos quedaron de plantear todo cuando empezaran las reuniones con los constituyentes”, acota.

Entre esas peticiones que destaca Rebeca, está “que se reconozca la cultura afrodescendiente, que se conozcan nuestras festividades religiosas, y los derechos de agua en Azapa. Extremar esfuerzos para garantizar la incorporación del reconocimiento constitucional del

pueblo tribal afrodescendiente, que se reconozca nuestro patrimonio cultural y natural, como un bien público, además de garantizar el derecho a la educación”, afirma.

La educación para Rebeca, al igual que para Marta, es un punto clave, que debe estar consagrado en la Constitución y que debe ser accesible para los pueblos indígenas y tribales. “Tú sabes que los aymaras tienen becas, el pueblo indígena tiene becas. Entonces, también queremos apelar a eso, a que exista una beca de estudio para los afrodescendientes ya que muchos no continúan sus estudios porque la educación en Chile es cara, al igual que para cualquier otra persona. Además, ver si es que se puede formar alguna beca para que puedan extender sus estudios”, sostiene Rebeca.

“Con respecto al tema de la vivienda, ver facilidades para el pueblo afrodescendiente como las que tienen las comunidades aymara que hay acá en Arica, que postulan, les dan un terreno, y después se les construyen sus casas. Pensar en un proyecto parecido”, finaliza.

Gran parte de estas ideas las trazó en conjunto con la Agrupación Afrodescendiente y ONG Lumbanga, una de las primeras organizaciones de afrochilenos que nacieron en el país, fundada en 2003 por Cristian Báez (47), prominente dirigente afrochileno.

“Yo pertenezco a la directiva de la ONG, soy secretaria desde hace tres años. Como organización, antes nos reuníamos constantemente de manera presencial, ahora lo hacemos solamente vía Zoom para ir viendo los últimos movimientos políticos que se van haciendo, para el beneficio y la visibilización del pueblo afro”, comenta Rebeca, sobre la situación actual de la ONG. Además, aclara que desde mucho antes de pertenecer a la organización, participaba en la Comparsa de esta, y fue a través del baile y de las enseñanzas de su abuelo, a quien ella le decía “papá” de cariño, que empezó a acercarse al lado más político de la agrupación.

“En la parte de la Comparsa yo siempre participaba de lejos porque mi hermano bailaba. Pero fue mi abuelo, Octavio Butrón Corvacho, quien me empezó a enseñar un poco más de nuestra cultura. Él siempre me decía que se sentía tan orgulloso de ser negro y que yo también tenía que estar orgullosa, pero yo le contestaba, ‘no papá, yo no quiero ser negra, no quiero ser

negra’, porque sufrí mucho *bullying* desde chica por ser negra. Antes de que se muriera me dijo, ‘cuando yo no esté, tú tienes que rescatar todo lo que yo te he enseñado y tienes que contarlo, tienes que contar las vivencias, nuestras historias y enseñarlo a tus sobrinos y si tienes, a tus hijos’, cuenta Rebeca sobre la tarea que le dejó su abuelo, que era hijo de Julia Corvacho, la matriarca de una de las familias negras más grandes del Valle de Azapa, la “Corvachada”.

“Mi papá falleció el 2015, y desde ahí empecé a interiorizarme más en el tema afrodescendiente, a pesar de que ya estaba metida en el baile y las comparsas, ahí empecé a conversar más con Cristian Báez, él ha sido mi mentor en todo esto, que me ha ido enseñando poco a poco lo que es el pueblo afrodescendiente en verdad”, sostiene Rebeca. “Pero lo que más me motivó fueron las palabras de mi papá, eso me llevó a aprender más de lo que son los afrodescendientes, aprender más de la cultura, ahí entré a la ONG, y me empecé a meter en la parte de la directiva”, afirma Rebeca, sobre el entusiasmo con el que partió en la organización, ya que sentía el llamado de su abuelo de preservar su cultura, y además sentía el apoyo de Cristian, una figura fundamental para ella, que también la apoyó e incentivó a rescatar la cultura afro y sentirse orgullosa de ser afrodescendiente.

Ahora, como secretaria, asiste a la mayor parte de las reuniones ya que su labor principal es tomar acta de las conversaciones y deliberaciones que toman como organización, mientras que Cristian es el que lidera las reuniones, comenta Butrón, a quien además, acompaña a otros encuentros fuera de la organización, “para irle tomando actas y para estar al pendiente de todo lo que va pasando, ya que a partir de ahí, de a poco, me voy interiorizando más en los temas que me interesan”, comenta Butrón, que ve en estas reuniones una manera de aprender más sobre su propia historia, una oportunidad que agradece.

Es por esto, que también participa con gran entusiasmo en todas las festividades de los afrodescendientes, en especial en las fiestas de las Cruces de Mayo. “Con mi familia que es la de los Corvacho, tenemos la Cruz que es la de mi bisabuela, Julia Corvacho. Nosotros bajamos la cruz, vamos a la misa, se le canta, se le reza, después se va a dejar la Cruz al cerro, y al final viene la fiesta. De eso participo desde que tengo uso de razón”, comenta, sobre la ancestralidad que tienen estas fiestas para ellos, que llevan muchos años en tierra chilena.

Esto mismo es algo que quiere traspasar a su hijo, toda la cultura que ha aprendido y de la que no quiere que su hijo se sienta avergonzado. “A mi hijo lo llevé cuando hicimos el desentierro del Carnavalón, que lo hicimos en Azapa y desenterramos nuestro Carnavalón. A él lo llevé y le mandé a hacer un yembé y un shekere (instrumentos de percusión), y lo vestí de afro. Lo hago participar conmigo en todas las actividades que pueda, en lo que esté a mi alcance”, expresa, algo que traspasa también a otros niños de la familia.

“A mis sobrinos, ya les estamos inculcando que ellos no tienen que sentir vergüenza por ser negros. O sea, yo toda mi vida sufrí *bullying* por ser negra, no quiero que mis sobrinos o mi hijo pasen por lo mismo. Las crianzas y las enseñanzas son distintas con el tiempo, antes las cosas se solucionaban a combos, en cambio, yo quiero enseñarle a mi hijo desde el amor, desde la educación y desde el conocimiento, por qué nuestro color de piel es así, por qué la gente nos va a molestar siempre y cómo poder defendernos. Y como te decía, todo a través del conocimiento y del amor”, afirma Rebeca.

Por otro lado, otra parte de su cultura que ella tiene muy presente en su lucha política y activismo es la cultura aymara, ya que su madre es aymara y también estaba presente este lado dentro de su familia. “Antes de que pasara todo este tema de los afros, yo siempre me reconocía como aymara porque era mi etnia, era mi raíz, venía de ahí. Entonces me reconocía siempre como aymara, y después, cuando empezamos a saber lo que eran los afros y todo este tema, a conocer la historia, me empecé a interiorizar y dije ‘no, yo también soy afro *po*’, y como no había un término medio, inventé el afroaymara, y ahora todas las personas que se identifican tanto como aymara y como afro dicen que son afroaymaras, pero en realidad es un término loco que se me ocurrió a mí”, asegura Rebeca, entre risas.

“Mi mamá es del interior, donde, de hecho, las cruces y los carnavales también son parte de la cultura aymara. En realidad, la cultura afro y la cultura aymara tienen muchas similitudes entre ambas. Las festividades son casi las mismas, las culturas, el desarrollo de las actividades, incluso las actividades religiosas son casi las mismas. El desarrollo de los carnavales también es similar, simplemente cambian los actores. Pero tenemos casi las mismas actividades y por eso

somos reconocidos como pueblo”, dice Rebeca, y asegura que la cultura afro es igual de valiosa e importante que la de otros pueblos indígenas, aunque también destaca el sincretismo cultural que se ha dado entre estos dos pueblos, debido, en parte, a su cercanía territorial.

Es por eso que Rebeca cree que, al igual que la cultura aymara, la cultura afro debe ser reconocida en Chile. Se debe estudiar sus tradiciones, sus ropas típicas e incluso su lengua, que tiene palabras particulares, que ella y muchos miembros del pueblo afro utilizan. “Por ejemplo, al picante de guatita nosotros le decimos picante de mondongo, el mondongo es la *guata* del animal, porque eso es con lo que antiguamente preparaban las comidas los patrones. Mataban al animal y ellos se dejaban la carne, la mejor del animal para comer, y los esclavos recogían lo que quedaba del animal, que siempre era la guata o la pata. De eso ellos producían esa comida que era como un guiso, que con el tiempo se conoció como el picante de mondongo”, afirma esta activista.

“Otro ejemplo es que nunca dicen salud, tal como los aymara dicen jallalla, los negros dicen bomba. O también, a los niños que son traviesos les dicen sabandija. Son términos que decían los abuelos más que nada, que siguieron hasta ahora y que todavía se comentan, entonces, no es como una lengua en especial, pero si algunos términos que se hablan entre negros”, cuenta esta activista, que no pierde ese ímpetu por enseñar a otros un pedacito de su historia y tradiciones, que en algún momento le parecieron tan comunes, pero que ahora tienen un tremendo valor cultural que no quiere que se pierda, sino que trascienda y se conozca.

Aun así, ha sido una tarea difícil para ella compatibilizar su activismo y dedicación a la organización con la crianza de su hijo, ya que ella lo crio sola y, de hecho, responde a estas preguntas, mientras le da pecho y lo hace dormir, y se disculpa del poco tiempo que tiene para contar su historia.

“Es super difícil, porque si bien, antes no estaba tan metida en este tema de los afrodescendientes, ahora lo estoy más y con un hijo se complica todo. A parte que igual no soy joven, tengo 41 años, fui mamá vieja, entonces mi vida estaba acostumbrada a otra cosa y podía compatibilizar actividades con el trabajo. Pero ahora me cuesta mucho, porque estoy partiendo recién, mi guagua tiene 11 meses. Mi mamá me ayuda, pero a veces me deja sola, por ejemplo,

ahora yo me tomé la extensión del postnatal de emergencia, entonces ella se fue a su casa y me dejó sola con mi guagua, entonces me cuesta coordinar reuniones, de repente digo ‘ya, si, a tal hora’ y pucha de repente mi guagua no me deja concentrarme. Y obviamente para mí primero está él”, afirma Rebeca.

“Entonces me ha costado un poco compatibilizar los tiempos, ordenarme en los tiempos más que nada, porque antes yo terminaba mi trabajo y después de las seis de la tarde me dedicaba a las reuniones y podía viajar tranquila. Muchas veces viajamos con Cristian a Santiago, a reuniones con el Departamento de Cultura, con el Ministerio de Salud, con el Ministerio de Educación, con la Oficina de los Derechos Humanos. Pero era porque yo podía salir. Ahora yo no puedo decir ‘ya, voy a viajar la próxima semana’ porque tengo que ver con quién dejo a mi hijo, si es que lo puedo dejar, porque él todavía toma pecho. Igual con el tema de la pandemia si no tuviera mi guagua tampoco podría llegar y salir porque en mi trabajo estamos cubriendo puestos de otras personas, entonces es más difícil ahora”, confiesa respecto a su trabajo en el Hospital.

Todo este gran cambio en su vida, de internarse más en su cultura y de ser madre, la tiene muy contenta pese a los desafíos que conllevan, ya que está segura de que su hijo en el futuro la va a entender y va a compartir esta historia afrodescendiente con ella. Ahora, Rebeca está esperando que ellos como pueblo logren un espacio dentro de la Convención y, asegura, que seguirá trabajando a través de la mesa de articulación política que tienen, aunque a veces se tenga que alejar un poco por priorizar la crianza de su hijo, quien, finalmente, será el responsable de continuar con este legado de los Corvacho y de su bisabuelo, en un escenario, espera esta madre, en el que ya no haya discriminación racial hacia un grupo en particular, puesto que ya no son invisibles.

Los afrochilenos son miles y cada vez serán más, es por esto que la Convención tiene que hacerse cargo de esta realidad, no se pueden repetir los errores del pasado y volver a excluir ahora a otro pueblo, se tiene que avanzar hacia una sociedad pluricultural y multirracial, en la que tengan un espacio todos los pueblos, independiente de su color de piel. Algo que Rebeca anhela y espera poder llegar a evidenciar, al igual que todo su pueblo.

La danza como una forma de lucha

El arte también puede ser político, está situado y responde a un periodo histórico específico. La danza puede llegar a ser una manifestación en contra de una injusticia y la música la expresión más aguda contra la desigualdad de género o el racismo arraigados en una sociedad, o así lo ven en Aluna Tambó, un colectivo en Arica de mujeres percussionistas, bailarinas y cantoras, que conforman un proyecto artístico que difunde tradiciones y ritmos africanos y afrochilenos, con una identidad social, política y cultural.

Aluna Tambó está compuesto exclusivamente por mujeres, que se reúnen diariamente a aprender y practicar ritmos como el afro mandingue o el tumbé afrochileno, que luego exponen en diferentes carnavales y escenarios, donde presentan su propuesta artística, que mezcla danza, canto, trajes, percusión y ahora más recientemente, vientos y otros instrumentos.

De ser un grupo de amigas que se reunía en el patio de una casa a hacer sonar los tambores, pasaron a escenarios de festivales internacionales, convirtiéndose en un referente musical en el norte, con un discurso social de fondo muy potente. Uno de los primeros pasos que dieron en esa dirección fue en 2018, cuando ocuparon su propio vestuario como un lienzo para poner consignas en favor de diversas demandas, que en ese momento hablaban de una mejor calidad de vida para los niños.

Y todo gracias a **Pamela Guerra Ormazábal**, fundadora de Aluna Tambó que, con la intención de juntarse a tocar, conversar y aprender sobre diversos ritmos africanos con otras mujeres, comenzó a gestar este movimiento cultural, que tiene un enfoque feminista y antirracista, siendo ellas unas de las primeras mujeres que se atrevieron a tocar el tambor en Arica, un espacio que estaba reservado para los hombres.

Pamela tiene 37 años y es presidenta del colectivo desde 2014, año de su conformación. Ella es arquitecta y, además, participa en la Comparsa Tumba Carnaval, de ritmo afrochileno, que

tiene más de 100 integrantes. Desde muy joven su vida ha estado ligada a la música y a los tambores, con proyectos personales y colectivos; como el Grupo Sipas, una banda de mujeres que toca folklore latinoamericano, o apoyando con las percusiones en sus conciertos y presentaciones a Paulina Camus, una cantautora nacional.

Pamela, cuenta que se vio atraída a formar esta agrupación por la explosión afro que se vivió a inicios de siglo en el país, y para incursionar en ritmos más allá del tumbe, que era el predominante en el norte. “Acá en Arica, todo el tema afrodescendiente en algún momento como que explotó, se veía en todos lados, habían pasacalles todos los fines de semana. Entonces, al principio las comparsas parten bajo la idea de visibilizar la cultura y luego ese discurso comienza a variar cuando empiezan a salir las necesidades reales del pueblo afrochileno. Los mismos líderes y las lideresas comienzan a formarse, a establecer una especie de mesa del pueblo y finalmente se llega a una ley, que comenzó como una visibilización del pueblo pero que terminó finalmente en una lucha política. Entonces nosotras entramos en ese círculo, pero entramos a través del tambor y de la danza. No tanto como meternos en la política en sí, pero sí decir que una mujer tocando tambor es un acto político, una mujer moviendo la falda no necesariamente significa carnaval, también puede ser exigir una demanda de algo. Entonces, nuestro discurso también comienza a cambiar, ahora tocando tumbe podemos hablar de feminismo, antirracismo y todo ese tipo de luchas”, relata Pamela Guerra, quien dice estar contenta por poder contar un poco sobre la historia de Aluna Tambó y también sobre sus luchas personales que la llevaron a darle impulso a esta banda compuesta solamente por mujeres.

Tras la reciente visibilidad afrochilena, muchas mujeres afros en Arica comenzaron a interesarse en aprender más sobre sus orígenes africanos, que por tantos años desconocieron pero que percibían en sus rasgos y tradiciones. Así fue como comenzó a surgir este colectivo. “Yo soy ariqueña y me fui a estudiar a Antofagasta arquitectura, terminé la universidad y volví el 2014, y acá el Tumbe ya había explotado, había mucha gente tocándolo. Los niños con los que tocaba antes de irme, al volver ya eran los directores de las comparsas, así que entré de una al mundo del tumbe y ahí conocí a mis compañeras. Nos conocimos entre cuatro, y entre nosotras nació la inquietud de poder tocar tambores. Como te digo, el tumbe ya había explotado y no había otro ritmo más que se tocara. Entonces cuando yo llego de Antofagasta llego con mis tambores de otro

ritmo, ritmos africanos que no se tocaban acá, no había instrumentos, y luego también con un poco de conocimiento, entonces ahí las chiquillas se interesaron y empezamos a juntarnos a tocar nada más, y de eso ya vamos para los siete años en que no hemos parado”, asegura Pamela, quien agrega que sus compañeras son chicas que también eran parte de comparsas, incluida Tumba Carnaval, pero en su mayoría participaban como bailarinas. En cambio, Pamela las invitó a tocar tambores, con ritmos exclusivamente africanos, como el afro mandingue.

Entre todas se han nutrido de conocimientos y muchas ya tocan sus propios instrumentos, como también han aprendido sobre danzas africanas o la historia de su pueblo, trascendiendo exclusivamente el ámbito musical. “Somos una banda, tocamos, cantamos y bailamos, pero también vemos la historia afrodescendiente, la historia política, la danza, la música, el canto, las coplas, entonces, es bien diverso lo que abarcamos como grupo, ya es como una colectiva en el fondo”, aclara Pamela, siendo Aluna un espacio donde también conversan sobre feminismo, antirracismo, anticolonialismo, entre otras materias.

En esa línea, decidieron incorporar elementos más políticos a su discurso, porque saben que los escenarios donde tocan se pueden transformar en una plataforma de visibilización de ciertas demandas y luchas. “El escenario es super potente para poder entregar un mensaje, te ve mucha gente. Recuerdo la primera vez que intentamos a través de otros elementos dar un mensaje. Fue en el 2018 aproximadamente, que nació la idea de ponerse en los delantales, los mismos delantales del vestuario, consignas. Entonces, existe una imagen en la que salen todas las bailarinas dadas vueltas con sus mensajes en los delantales y se lee: ‘Niños y niñas del mundo tienen derecho a jugar en paz’. A partir de esa primera vez la idea se masificó y ahora, cuando salen marchas, hemos visto que casi todas las comparsas se están poniendo los delantales con consignas”, destaca Pamela.

“Entonces, se pueden ocupar elementos especialmente performáticos para dar un mensaje. Por ejemplo, el último carnaval que se hizo presencial, en 2020, tuvo mucho del estallido social, entonces las canciones iban para allá, los pasos también iban en esa dirección, todo se movía hacia esa lucha. Entonces sí, una cosa es hacer la performance más política y otra cosa también es la tradición, como las Cruces de Mayo, San Juan, San Pedro y San Pablo, participamos de todo”,

añade esta percusionista, que afirma que también es importante para ellas participar y respetar ciertas festividades afrochilenas. De todas formas, “para el estallido social igual íbamos a tamborear adonde sea, entonces ese es el aporte que hicimos desde ahí”, declara.

Además de este tipo de carnavales o manifestaciones, también pudieron participar en diversos festivales latinoamericanos, donde entregaron un poquito de su cultura y de su visión a otros países del mundo. “Hemos tenido mucha suerte y fortuna de encontrarnos con gente que le gusta mucho nuestra música y que nos invitan a festivales. Hemos ido dos veces a Lima, a Ecuador a otro festival y también a Brasil. Fuimos al Festival del Cajón también, como profesoras a dar clases maestras de Tumbe y a presentarnos en el *show* final, que es en el teatro de Lima. Éramos como 4 o 5 artistas de todo el mundo. Eso porque el discurso que tiene la colectiva es super claro y es super importante que sea apoyado, y así lo ha considerado el Ministerio (de las Culturas), que son los que te dan las *lucas* en el fondo para viajar, porque hemos viajado a puro Fondart *jaja* entonces ha sido bacán, hemos podido hacerla”, agrega Pamela, quien agradece los aportes estatales que les han permitido expandir este proyecto artístico. “Cuando nos conformamos no sabíamos el potencial que podía agarrar este proyecto”, confiesa.

Durante la pandemia, muchos de sus planes de viajar se vieron truncados o aplazados, lo mismo pasó con algunas tocatas o festivales donde iban a participar, tuvieron que reinventarse e incluso llegaron a hacer un *show* online, donde en el escenario solamente estaban ellas sin ningún público presente al que tocarle, más que las cámaras y los micrófonos que tenían enfrente, porque, a pesar de la situación sanitaria, la música las seguía llamando, así como ese sentir social que las caracteriza, por eso algunas de las integrantes vieron la necesidad de gestionar almuerzos o actividades para personas que lo necesitaran, pese a que es algo muy distinto a su proyecto artístico.

“Por la pandemia, tres compañeras estaban subiendo a un lugar donde hay mucho migrante colombiano, en el cerro chuño que se llama, donde hay unas tomas. Esos eran terrenos contaminados desde hace mucho rato, así que sacaron a la gente de ahí, les dieron otras casas, pero no tuvieron las *lucas* para demoler esas casas, y con el tiempo, se las empezaron a tomar

todos los migrantes que llegaban a Arica. Entonces, para allá llegaban las chiquillas con almuerzos y también, un tiempo, estuvieron haciendo talleres, subiendo al cerro, yendo a buscar a niño por niño para que fuera a tomar alguna clase, eso fue el año pasado”, agrega esta tamborera.

No obstante, pese a estos *show* online y la ayuda que brindaron, sentían que podían hacer algo más desde sus hogares para compartir todo este aprendizaje acumulado con el paso de los años. Por eso, tras darle muchas vueltas, decidieron conformar, en 2021, una escuela virtual de música, danza e historia afrodescendiente mezclada con la lucha del feminismo antirracista, donde ellas mismas eran las profesoras, llamada “Escuela de Formación Aluna Tambó. La incidencia se toca y se baila con bombo y faldón”, un proyecto que les permitió compartir sus saberes con 32 mujeres y disidencias de todo el país.

“Nosotras tocábamos hartito, viajábamos hartito igual y teníamos un par de viajes programados, pero hubo que reinventarse. Al principio, el Ministerio y la municipalidad, empezaron a darse cuenta de que los artistas necesitaban otras plataformas, entonces surgieron plataformas virtuales que, a la vez, ayudaban con *lucas* a los artistas. De ahí salieron una especie de cápsulas donde podías seguir mostrando tu trabajo durante el año sin necesidad de juntarse y resultó bien, de hecho, tuvimos hasta un concierto en un teatro vacío, solamente nosotras y los técnicos. Luego, tuvimos que pensar para este año (2021) qué íbamos a hacer, pensando en que la cuestión ya iba a seguir así. Así que postulamos a un Fondart para hacer una escuela de formación online, nacional, gratuita, para mujeres y disidencias. Y nos fue super bien, nos ganamos el proyecto, que nos permitió consolidar esta red nacional que ya venía de antes, con mujeres de todo Chile”, comenta entusiasmada sobre esta idea que inició en mayo de 2021 y que tuvo una duración de tres meses.

“Eran 32 cupos, dos por región, tenemos gente en Magallanes, Punta Arenas, gente que se va al cerro a pescar señal. El proyecto nos permitió llegar más allá de Arica y ha sido super bueno, nosotras mismas nos hemos dado cuenta de que esto es lo que había que hacer para mantenerse vigentes, porque sabemos que esto se ha expandido un montón. Gente de Punta Arenas, que tal vez no podía viajar, ahora tiene la posibilidad de tener 12 profes de acá, y se ha dado súper bien. Lo hemos logrado”, asegura Pamela, quien subraya que la escuela de formación

no es solo es para personas afrodescendientes, sino que se pensó para cualquier mujer interesada en el proyecto, pero que estuviera ligada de alguna manera a la cultura de matriz africana.

“Hicimos un proceso de selección porque tuvimos más de cien postulantes y teníamos solamente 32 cupos, porque pensando en que era la primera vez y en temas de conexión, dijimos ‘ya, dos por región, veamos qué sucede’, y al final nos fue super bien. El primer corte para la selección era que fueran mujeres y disidencias, y el segundo era que pertenecieran a una organización de raíz afro artística; que bailara en una comparsa de tumbé, que tocara batuque o que bailara afroperuano, pero que viniera del mundo artístico de raíz afro, y otro corte fue que tuviera un lugar donde expandir todo lo que aprendió, esos eran los requisitos fundamentales y de ahí se hizo la selección. Estuvimos como un día completo viendo videos”, sostiene Pamela.

El curso se dividió en tres módulos, durante las primeras cuatro clases abordaron el tema teórico, que fueron impartidas por las integrantes de Aluna que son antropólogas. Luego vino la parte de la música y las percusiones, donde la propia Pamela fue una de las profesoras, para finalizar las últimas clases con el canto y la danza.

Esta escuela ha sido una forma de rescatar su historia, de traerla y compartirla con más personas, donde también pudieron incorporar elementos feministas en sus enseñanzas, porque si bien la cultura afrochilena es muy importante para ellas, lo cierto es que tiene algunos elementos machistas que la propia Pamela vivió en su comunidad, pero que pudo derribar con su fuerza y valentía, tras atreverse a irrumpir en espacios que estaban establecidos solamente para hombres. “El tambor es una forma de resistencia, es una forma de también hacerle frente a muchas injusticias, las mujeres tamboreras existen desde hace bien poco acá. Había un tema de patriarcado escondido en tradición, que decían que las mujeres no podían tocar. Entonces cuando llego yo y llega Aluna Tambó, es blanco de muchas críticas y de luchas personales también, porque más allá de rescatar las historias, las memorias, las ancestras y el matriarcado que hay de la afrodescendencia acá, también vamos haciéndole frente a lo que nos pasa, a las luchas que tenemos como mujeres, como mujeres insertas en un mundo de hombres. El 80% de los músicos o percusionistas son hombres, entonces tener esta impronta de que las mujeres tocan y tocan bien, y tocan mejor que ustedes incluso, fue criticado por muchos”, afirma esta tamborera.

“Hacernos un espacio en este mundo artístico en Arica nos ha costado a punta de pasacalles y de validaciones de hombres cis, que te tienen que poco menos que dar el visto bueno para tocar. A mí me pasó, en mi comparsa Tumba Carnaval, cuando llegué me dijeron que no, que no podía tocar tambor”, relata Pamela sobre su experiencia personal en torno a este machismo que evidenciaba en algunas prácticas culturales de las Comparsas ariqueñas.

“Esta es una historia más personal que de la banda (Aluna), porque en la banda en verdad no nos interesa, no pescamos esta cuestión, filo. Pero a mí me pasó, cuando llegué a mi Comparsa no me dejaron tocar. Las mujeres que tocaban, tocaban solamente accesorios, o sea, campanas o shekeres, entonces cuando yo llego el 2014, me ofrecen un shekere y paso dos años, dos carnavales, tocando shekere, y cuando dije que me quería cambiar de instrumento me dijeron que no, que las mujeres no tocan tambor, y pasaron como 4 meses hasta que finalmente el director me dice sí, puedes tocar. Pero en esos cuatro meses sentí que necesitaba la validación del presidente para tocar”, comenta Pamela en un tono de frustración al recordar la situación que vivió, en la que tuvo que exponerse a la validación masculina para poder hacer lo que realmente quería.

“Entonces claro, en ese momento como que no lo pensé de esa forma, después ya dándole vueltas te das cuenta. Pero finalmente, es como un hito, una anécdota, ‘si, las mujeres no podían tocar, pero llegó la Pame y fue la primera vez que una mujer tocó repique’, dicen, entonces es parte de la historia tamborera de acá”, asevera.

“Igual, nosotras con las cabras de Aluna ya veníamos tocando paralelamente, ya veníamos tocando tambores, entonces con mis amigas tocaba, no estaba ni ahí con que estos *weones* no me dejaran tocar porque tocaba con mis amigas igual, pero era como: ¿Qué onda? ¿Cómo las mujeres no vamos a poder tocar? Pero bueno, se rompió el círculo, se quebró, y ahora somos caleta”, agrega contenta, al ver el avance que tuvo su entorno musical, en favor de las mujeres tamboreras.

“Finalmente, como te digo, esas barreras se derriban y ahora en mi comparsa somos varias mujeres tocando tambor, porque era un patriarcado disfrazado de tradición y porque nunca

se supo de dónde venía eso de que las mujeres no podían tocar. Entonces, sí, hay que ir de frente contra este mundo que es netamente masculino”, agrega.

Pese a este mal rato junto a su comparsa, Pamela decidió quedarse y todavía está en Tumba Carnaval, apoyando a otras mujeres que quieran tocar tambores tras la pequeña victoria que tuvo en su círculo, aunque admite que “sola no lo hubiera logrado”. El apoyo de otras compañeras de la agrupación fue fundamental para ella.

Otro factor que la impulsó a quedarse es la amplia historia que tiene Tumba Carnaval como referente musical en Arica. “En esa comparsa, musicalmente y artísticamente, están los fundadores, los primeros que sacaron los pasos, los ritmos, los toques. Comienza siendo Oro Negro, y luego desde Oro Negro se empiezan a disgregar, sale Tumba Carnaval, luego sale Arica Negro, y de Arica Negro sale Palenque Costero, entonces como que viene de una gran matriz que es Oro Negro y luego se bifurca para todos lados, pero en Tumba Carnaval, la diferencia que tiene con otras comparsas es que están los fundadores, los referentes como Carolina Letelier (afroariqueña y precursora del rescate del tumbé y actual directora de baile de la Comparsa)”, sostiene Pamela.

“Oro Negro es más tradicional, y está muy ligado a la ONG Oro Negro, que tiene un trabajo mucho más político, y Arica Negro tiene que ver con el tumbé que se toca para la costa, para la chimba, que ese es un matriarcado de las hermanas Lara, y la heredera, mi amiga Rosa Lara, toca con nosotras en Aluna”, finaliza.

Pamela tiene un amplio conocimiento de toda la movida musical afrochilena en el norte, así como también de otros ritmos, que ha ido cultivando y aprendiendo con el tiempo, y es que su historia con la música se remonta a su adolescencia, cuando tuvo sus primeros acercamientos a lo que hoy se conoce como batucadas. “Cuando tenía como 14 años, recuerdo que conocí el batuque, como las batucadas, y me encantó, tanto que a los 16 me fui a Salvador de Bahía para ver allá mismo esta onda. Entonces cuando llego allá me encuentro con un escenario súper distinto a lo que se vivía acá, porque en Arica en los años noventa no teníamos internet o muy precariamente, entonces no había referentes femeninas que fueran tamboreras. Así que, cuando

llego a Brasil y veo una comparsa de puras mujeres, quedo loca, dije, esto es lo que yo quiero hacer siempre”, asegura Pamela, a tal punto, que este camino musical la llevó a volver a estudiar.

“No he parado de seguir estudiando, de hecho, ahora estoy estudiando música, no sé en qué me metí (ríe), pero estoy estudiando música. Entonces siempre ha ido a la par con mi vida, desde que me fui para allá y luego logré equilibrar la arquitectura con la música, y también con la maternidad, ha sido bacán”, asevera.

Pamela es mamá de una niña de 13 años, que cría sola junto a su mamá, tras la partida de su padre en 2021. Ellas tres, junto a sus dos perras, componen este clan familiar, que resultó en un ambiente “full femenino”, bromea Pamela.

Con todo, ella siente que logró compatibilizar su vida en familia con sus proyectos personales, de hecho, además de Aluna, también participa en otras agrupaciones musicales. “Toco en dos bandas más, todas femeninas. La primera es una banda de folclore latinoamericano que se llama Sipas, donde toco percusiones hace un par de años, con las que hacemos temas propios. A las vientistas de Sipas las invitamos a Aluna y ahora ellas están tocando vientos con nosotras, y surgió una fusión afroandina que estamos acá todavía masticando. Además, toco con la Paulina Camus, en un trío musical. Camus toca el cuatro venezolano, Alina Finlez toca el bajo y yo toco las percusiones, con ritmos de folk, pop combativo, esa onda”, comenta esta artista y agrega con entusiasmo que en febrero de 2022 saldrá un disco que grabó con Camus.

Estos grupos también tienen un discurso y un trasfondo feminista, esto en parte, porque para las mujeres, en general, es difícil hacerse paso en el mundo de la música, que en su mayoría está compuesto por hombres, independiente de los ritmos. “Imagínate, si el mundo afro es machista, el mundo del folclore es mil veces peor”, afirma Pamela, y relata que en más de una ocasión en diversos escenarios cuando va a tocar con Sipas, se han enfrentado con otros músicos de peñas que no siempre tienen la mejor disposición para escuchar su presentación.

“Es duro ese mundo andino, igual con las chicas hacemos la pega y nos va también super bien. Pero como que (a ellos) les cuesta abrir un poco más la mente y decir, ‘no, si igual las

cabras tocan””, sentencia. “Con la Pauli no, ella tiene un discurso feminista bien *power* y bien radical, por lo tanto, el público es un público feminista, disidente y combativo, y aparte le ha ido super bien artísticamente. Tiene una propuesta *bacán*”, comenta Pamela, sobre estas diversas formas que hay de hacer activismo desde diferentes escenarios.

Con respecto a ese feminismo más combativo, Pamela, de a poco, ha tratado de trasladar esa lucha a su vida diaria, para combatir el machismo en otras esferas, siendo una de ellas su trabajo. “Trato de hacerlo siempre porque la arquitectura también es un mundo masculino, por suerte en mi pega hay harta paridad, mi jefa es una vieja seca. Pero si hay micromachismos siempre, los típicos comentarios y todo, pero uno trata de estar siempre alerta igual, porque se perpetúan conductas y cosas que en realidad no tienen que pasar, a parte igual estoy criando a una niña que va a cumplir 13, y ese ejemplo igual es potente”, afirma esta percusionista, que espera que para su hija ese machismo tan naturalizado que hay en la cultura chilena ya no sea tan natural en el ambiente en el que ella se vaya a desenvolver al crecer.

Una lucha feminista que como Aluna Tambó también quieren seguir dando. “Lo que hemos formado con Aluna es un trabajo que va a durar para mucho. Hay personas como tú que también se están interesando en nuestra historia, y es bacán, eso nos abre puertas para diferentes lados, para diferentes visiones, nos retroalimenta también a nosotras, consolida más el discurso, cada vez somos más sólidas. Esto no va a parar, hasta que sea vieja voy a estar tocando tambores”, comenta Pamela en tono de broma, pero consciente de que no es tan broma, porque está segura de que el fuego que hay en ella y sus compañeras no se extinguirá pronto.

Las motivaciones que tiene para seguir tocando son las que la impulsan a continuar en este camino, ya que están muy ligadas a su historia personal. “Lo que me motiva es esto de no haber tenido referentes, creo que de haber tenido una al menos quizás hubiese sido distinto, quizá me hubiese atrevido más, quizá hubiese roto algunos moldes más chica, ¿cachai? pero siento que con este trabajo que estamos haciendo nos hemos convertido en referentes para otras mujeres más jóvenes y eso es super motivante”, finaliza Pamela, orgullosa de lo que han logrado y del interés que suscita en otras mujeres su proyecto colectivo, quienes también están convencidas de que a través de la música y el arte, se pueden hacer cambios y se puede hacer política.

Una vida como extranjera en su propio país

Yanira Amandla Silva de Abreu estaba en la educación básica cuando escuchó por primera vez que un niño de su escuela le gritaba “negra *culia*”, y estaba en la educación media cuando escuchó por primera vez a otro compañero decir, “yo nunca voy a estar con una negra, eso en mi familia está mal visto”.

Ya no recuerda cuándo fue la primera vez que le preguntaron si realmente era chilena, y tampoco sabe si alguna vez dejarán de preguntarle si los negros son más hediondos por su color de piel o si acaso sus codos oscuros son así porque están sucios.

Yanira vive estas violencias diariamente desde que tiene memoria, porque nació en un país donde la mayoría de las personas no son de tez morena. En su niñez, le tocó enfrentar el hecho de ser la única afrodescendiente en diferentes colegios chilenos, y luego le tocó ser una de las primeras mujeres negras de su familia en entrar a la Universidad y en tener un título. Ella es Técnico en Enfermería del DUOC y ahora estudia Nutrición en la Universidad de las Américas.

Esta afrodescendiente, de tan solo 22 años, ha experimentado una montaña de sensaciones a lo largo de su vida, desde pasar por un periodo odiando su piel negra, a raíz de lo difícil que fue su adolescencia, hasta poder decir que hoy es una de las mujeres afrodescendientes chilenas más reconocidas por su activismo antirracista y afrocentrista. Yanira tiene miles de seguidores en sus redes sociales, ayudó a fundar la organización Afros Chile y, además, pertenece al Kilombo Negrocentricxs.

Su postura, aguda contra las injusticias hacia las personas negras, la ha llevado a dar múltiples entrevistas convirtiéndose en una cara visible del movimiento, que la ha ayudado a difundir cada vez más la presencia negra en Chile desde la quinta región, donde vive hace años. Pero no fue un camino fácil de tomar, ni siempre lo tuvo tan claro. Yanira, enfrentó la cara más ruda de ser la única mujer negra en múltiples esferas de su vida.

“En mis primeros años de la enseñanza media yo quise ser blanca, yo me miraba en el espejo y empezaba a reconfigurar mi cara, yo decía: ‘ya y si me opero, y si esta parte me la quito, porque si me la quito quizá mi cara se disimula, no se nota tanto que soy negra, pero para eso tendría que alisarme el pelo, pero *pucha* se me va a ver pajoso...’, a esa edad eso pensaba, en cómo modificar mi cuerpo para dejar de ser yo, y eso fue super malo para mí. Hacía mucho ejercicio para mantenerme delgada y me acuerdo que pensaba rollos como que, ‘no me gusta hacer pesas porque me cargan mis piernas que son gruesas, entonces quiero hacer cardio para tener un cuerpo super delgado’, pensaba todas estas cosas que en realidad yo no soy”, dice Yanira sobre lo difícil que fue para ella ser una adolescente racializada y que reflejan también las inquietudes que tienen la mayoría de las niñas que crecen dentro de un contexto cultural donde se les enseña a aspirar a un canon hegemónico.

“Pero después en tercero medio por cosas de la vida me empezaron a aparecer muchos Instagram de fotos *aesthetic* de personas negras, entonces empecé a seguir muchas cuentas, y de repente dije: ‘*wow*, hay gente negra que es linda’, ‘qué lindo es ser negro, se puede ser lindo y ser negro’, y ahí empezaron a cambiar un poco mis ideas. Después descubrí una página que se llama Afroféminas, que me ayudó a ir entendiendo algunas cosas. Así, aprendiendo empezó a cambiar mi sentir”, cuenta Yanira sobre los primeros pasos que dio hacia la aceptación de su color y que la llevaron finalmente a habitar este activismo social y lucha por los derechos de los afrodescendientes en Chile.

A lo anterior se suma que participó en un evento organizado por Urban Decay para el lanzamiento de una base de maquillaje para pieles marrones, donde por primera vez pudo compartir con muchas mujeres afrodescendientes en una misma instancia. “Para mí fue demasiado impactante, porque yo nunca había visto a tantas mujeres negras parecidas conmigo en mi vida. Nunca. Más encima casi todas eran modelos, y en el tema de la publicidad la mayoría de las mujeres negras utilizan su pelo afro natural, porque generalmente las marcas buscan que las mujeres negras en la publicidad tengan su pelo afro, para que se acerquen a su negritud y así dar la cuota de diversidad. Entonces, claro, todas tenían su afro y fue muy potente”, confiesa Silva, que de habitar un mundo netamente blanco por fin pudo comenzar a mezclarse con otras mujeres racializadas.

Luego empezó a participar en marchas y cada vez se sentía más inquieta frente a las injusticias hacia las personas negras y frente al racismo. En ese punto, mientras todavía no se decidía a lanzarse de lleno al activismo, fue a su primera marcha feminista, el 8 de marzo de 2020. “Para esa marcha, yo hice una pancarta que decía ‘soy nieta de la negra cimarrona que no pudiste esclavizar’, y tenía mucho miedo de ir con esa pancarta porque era la única negra y sentía que la gente me iba a decir, ‘weón qué tiene que ver esta weá con el feminismo’. Ni siquiera estaba muy convencida de lo que yo creía, y tampoco entendía por qué lo estaba haciendo”, dice Yanira, pero asegura que sentía la necesidad de expresar un feminismo distinto al que veía en las calles.

“Hasta que ya pasó lo del estallido racial que hubo el año pasado (2020) y ahí ya decidí politizarme, empecé ya a tomar una postura super política con mi mamá de lo que es ser una persona negra”, agrega, sobre lo que fue el movimiento Black Lives Matter para muchas personas negras en todas partes del mundo, y sobre todo para ella y su madre Paula de Abreu, que también es afrodescendiente.

“Después en abril de ese año, yo dije ‘ya, quiero tener un afro, quiero usar mi afro’, porque antes, lo que yo hacía era que en la mañana me mojaba hartito el pelo, me ponía una crema, que era una mezcla que hacíamos acá en la casa con jalea incolora y con una palma de crema. Me lo tomaba y me hacía un tomate abajo, bien apretado, y esperaba hasta medio día que se me secaba el pelo y ahí me lo soltaba. Eso hacía me quedara el pelo para abajo como si fuera rizada, porque si yo no hacía eso, si yo no usaba mucha crema mi pelo se subía. Entonces siempre lo andaba manejando húmedo (...), hasta que me aburrí de esa dinámica porque mi pelo, además, se estaba poniendo muy feo, porque más encima yo me metía al agua a surfear, hacía natación antes del estallido y la pandemia, entonces estaba maltratando mucho mi pelo, hasta que me corté el pelo afro”, dice Yanira, impulsada por este sentimiento de abrazar su identidad y cansada de aparentar tener un pelo que no era el de ella, solo por parecerse a otras mujeres.

“Entonces fueron muchas cosas, tuve muchas interacciones antes de que yo llegara al punto donde estoy ahora, de tener una postura muy política, muy de afro centrarse, y ha sido un

desafío, porque para esto hay que desaprender ciertas cosas también, que te hacen abrir los ojos, que te hacen darte cuenta de que el racismo no es solo violencia episódica, no es solo violencia física, es ver que estás rodeada de más violencia de la que pensabas y de que estas super suprimido, super dormido, entonces, en ese sentido ha sido fuerte porque te das cuenta de que hay más personas racistas de lo que te imaginabas, este despertar ha sido también doloroso por ese tema”, reconoce Yanira.

Algunas de estas violencias que menciona, que siempre las ha vivido pero que ahora comenzó a internalizar, van desde el simple derecho a opinar hasta sentir que personas blancas invalidan su discurso. “Me he dado cuenta de que a la gente le carga escuchar a las personas negras hablar, da lo mismo lo que sea, te dicen ‘no, tú cállate’ o ‘en qué libro lo leíste, de dónde lo sacaste’. Entonces, imagínate, si ya por ser mujer uno vive eso de parte del género masculino, cuando eres una persona negra que está súper alejada del imaginario colectivo de estar integrado en un espacio académico, todo lo que tú hablas se cuestiona”, comenta Yanira.

“Entonces me empezaba a dar cuenta de que, con amistades en común que teníamos con mi mamá, amigas de ella que venían a la casa, decían ‘oye, pero ¿tu sabías que a los italianos también los esclavizaron? ¿Tú sabías esa parte de la historia?’ entonces, al final te preguntas, ¿cuál es el sentido de hacer esa intervención? ¿qué hay detrás de eso? Ya, es verdad, si se esclavizaron italianos, pero ¿por qué ella te lo está contando? porque está desmantelando tu discurso, desmantelándolo y haciéndote ver que los negros no son tan importantes en la historia, que ellos no tuvieron una historia tan dura, entonces ‘no, tu historia no es tan dura porque a los blancos también les pasó’. La gente hace eso mucho y no se da cuenta”, sostiene Yanira, sobre experiencias que la han llevado a sentirse más segura de expresar su sentir en espacios racializados, más que en espacios donde su discurso puede llegar a no ser completamente entendido o valorado.

“Por ejemplo, hay cosas que me pregunta la gente ‘¿y tú cómo te lavas el pelo? y, ¿es verdad que los negros son más hediondos?’ y yo contestaba esas preguntas con tanta naturalidad, yo contestaba esas preguntas como si fueran preguntas normales y después me empecé a dar cuenta que no. No es normal que alguien te esté preguntando si por tu color de piel eres más

hediondo que otros seres humanos, pero para mí eso era normal. Entonces, cuando te topas con eso todos los días, pero ves que no lo interiorizabas realmente, te vas dando cuenta de que es porque el racismo les ha hecho tanto daño a las personas negras, que ni siquiera se dan cuenta de esas cosas, porque así es el racismo”, sentencia Yanira.

“Y lo peor de todo es que el hombre blanco no vive solo dentro del blanco, el hombre blanco vive dentro de todos nosotros, vive adentro de mí, vive adentro de ti, vive adentro de mi papá, de mi mamá, vive adentro de todos porque eso es lo que hizo el norte global dentro del sur global, que es América del Sur, África, las islas del pacífico. Al final, todos estamos inmersos en esto producto de la colonialidad, es complejo, pero hay que desaprender, hay que tomar el desafío y estar abiertos porque aunque es doloroso, aunque es fuera de la zona de confort, aunque a veces nos incomoda ver a los mapuche hablar, a los negros hablar, hay que desaprender muchas cosas en esta vida, más que aprender hay que desaprender para poder reaprender, es un proceso”, acota Yanira, sobre esta transformación en su forma de pensar, que la han hecho estar más consciente del racismo que la rodea.

En ese proceso, de desaprender y de juntarse con más personas negras, comenzó a gestarse Afros Chile, una organización que el 25 de julio de 2021 cumplió recién un año desde su formación, pero que ya reúne a más de cien afrodescendientes, que en su mayoría viven en Chile, aunque no necesariamente son todos chilenos, y que surgió porque tuvo la iniciativa de hacer redes con sus amigas y luego empezar a contactar a más gente. “La primera vez que nos juntamos fue el 25 de julio del año pasado (2020), que es el día de la mujer afrodescendiente, afrocaribeña y afrolatina. Desde esa reunión, nos empezamos a juntar una vez al mes, para conversar sobre diferentes temáticas; un día hablamos sobre el significado de las trenzas, otro día sobre la trata transatlántica de esclavos, etc.”, explica Yanira sobre esta organización, y agrega que en la agrupación “hay personas de todos los países, hay afrochilenos, afro haitianos, afro estadounidenses, afro australianos, hay africanos de frentón, nigerianas, de Angola, de Angola-Brasil, hay de todo, todas las mezclas diversas negras que pueden haber”.

“Nosotros empezamos como organización separatista, solo mujeres, y después nos pasó que un chico trans quería ser parte, y ahí recién por primera vez nos replanteamos qué estábamos

haciendo realmente, porque la raza trasciende de la clase, del género, de la orientación sexual, de si eres gordo o flaco, te trasciende por todos los cruces. Entonces dijimos, ‘ya, vamos a abrirnos’, pero con criterio para agregar”, añade Yanira, sobre la importancia que tenía que fueran personas que adhirieron a este movimiento, y que también fueran afrodescendientes. Otra particularidad que ella evidencia en este grupo es que el “kilombo”, como lo denomina, cuenta con personas de todas las clases sociales, porque entienden que el racismo va más allá del estatus social.

“Un kilombo es un espacio de resistencia porque los kilombos en la antigüedad, en los tiempos de la esclavitud, eran donde iban los negros cimarrones, que le daban vuelta la mano al amo, y se escapaban y hacían sus pequeñas repúblicas africanas fuera de África. Aunque ahora no es tan revolucionario como eran nuestros ancestros, porque ellos creaban sus propios países o hacían países dentro de otro país; con sus lenguas, su cultura, su comida, se auto sustentaban con agricultura, tenían comercio. Estaba muy bien elaborado. Hoy día un kilombo significa un espacio de auto atribución con una experiencia histórica en común, que tiene que ver con una ancestralidad negra en común, entonces, en la actualidad un kilombo es un espacio donde uno comparte tradiciones en común, cultura, comida, saberes, espiritualidad, música, un conjunto de todo eso y al final, si uno se pone a pensar, el kilombo Negrocentricxs o Afros Chile, si son eso, porque sí compartimos música en común, gustos musicales, espiritualidades o creencias, tradiciones, que son partes de una ancestralidad común, que es la ancestralidad africana”, explica Yanira.

“Entonces hoy día es muy importante que existan estos espacios porque, más que por el racismo, está esa necesidad de *akilombarte*. Porque a veces, uno convive e interactúa con otras personas que no son de la afro diáspora, que no son afrodescendientes, que no tienen nada que ver con tu etnicidad, y claro uno sobrevive, uno hace las cosas del día a día, pero cuando uno se *akilomba* es como *wow*, me siento en casa, esta es mi tribu, aquí está mi onda. Es muy necesario realmente, es muy especial”, agrega Yanira sobre esta experiencia única que está viviendo junto a sus compañeros y compañeras.

“Luego del proceso de *akilombamiento* que hemos tenido desde el año pasado, nosotros pensamos que esto no es una coincidencia, detrás de esto obviamente están nuestros ancestros

que nos juntaron o algo, porque ha sido demasiado hermoso el proceso, que nos ha permitido intercambiar tradiciones, por ejemplo, el turbante, que no fue algo que me entregó mi mamá, me lo entregó una amiga porque ella sí lo tuvo. Pero hay otra amiga que no usa su afro, que se lo sigue alisando y quizás yo voy a contribuirle a ella a que lo use. Entonces, así hemos generado una red de compartir saberes que nos han permitido volver hacia nuestra raíz, que es un concepto filosófico africano que se llama ‘Sankofa’, que es volver al pasado para poder enfrentar tu futuro”, explica Yanira sobre sus creencias.

“Entonces, mientras todos hemos contribuido a nuestro ‘Sankofa’, hemos podido ir construyendo nuestra propia identidad de una forma mucho más completa, porque estos conocimientos no están afuera del kilombo, entonces en ese sentido ha sido súper nutritivo para muchas, por ejemplo, en la última reunión una amiga hablaba y decía ‘yo por primera vez en mi vida, a mis 20 años, estoy usando mi pelo afro, dejé de alisarlo, y si no fuera porque me estoy rodeando cada vez más de amistades negras, si no fuera por eso yo no me atrevería, no me sentiría bien, no me sentía linda o cómoda, y todavía me cuesta porque me hago trenzas, porque me da vergüenza, todavía no tengo la *perso*, pero en eso estoy, estoy dando la lucha y me está sirviendo’. Y eso les ha pasado a muchas otras personas, a mí también, entonces ha sido un proceso super hermoso la verdad”, dice Yanira, sobre este grupo que ahora se ha convertido en su propia familia.

Un espacio que va más allá del activismo hacia afuera, sino que entre ellos alimentan su sabiduría ancestral gracias a la oralidad y a los conocimientos compartidos. De pasar de sentirse incómodos en su propia piel, ahora están cada vez más conectados con su raíz, su origen, su historia. A pesar de ser de diferentes países, comparten la misma matriz africana, así como también las mismas inquietudes respecto a vivir en un mundo blanco colonial, que permanentemente los deja afuera.

Yanira pasó de estar completamente sola en su adolescencia, a estar rodeada de amistades negras que le han dado la fuerza para ser activista social y de usar sus redes sociales para difundir ideas afines a su causa. Este sentir, es compartido por gran parte de sus compañeros que están en el kilombo. Cada uno tiene su propia historia, sus propios problemas e inquietudes, pero gracias a

este espacio seguro que han conformado pueden compartirlas y sentir que ya no están solos. Por eso, Yanira admite que las reuniones a veces pueden durar hasta más de cinco horas porque ahí tienen el espacio para hablar de cosas que no pueden decir en su vida diaria.

“Como nos juntamos poco, las reuniones siempre duran cinco horas y nos cuesta mucho evitar que no duren cinco horas porque todos tienen muchas cosas que decir, todos tienen muchas ganas de hablar. Entonces tampoco podemos decir ‘ya, vamos a hablar 15 minutos de este tema y después vamos a pasar al otro tema’. No. Es muy difícil porque todos tienen muchas ganas de hablar y es super necesario, porque se nota que llegan todos con ganas de hablar, porque es el único espacio donde puedes hablar ciertas cosas que nadie más va a entender, solo tu familia o personas que sean como tú”, dice Yanira, aunque agrega que están trabajando en la posibilidad de reunirse más veces al mes, para mantener una conversación más fluida y poder empezar a potenciar las redes sociales de la organización, para así, luego de esta “etnoeducación”, como ella la define, poder difundir sus ideas al mundo y a los afrodescendientes que estén en Chile y necesiten de un espacio como este.

Ahora bien, Yanira reconoce que si no hubiera conformado este colectivo hubiera sido difícil para ella poder conocer su propia historia africana. “Lo que lo hace difícil es el racismo. Aunque yo he tenido el privilegio de crecer con mi parte negra, porque una persona birracial no es lo mismo cuando se cría con su parte blanca a cuando se creía con su parte negra, yo siempre me crié con mi parte negra, mis papás son separados, entonces yo considero que ha sido un privilegio porque me ha permitido estar más conectada a mi ancestralidad”, dice. Ella es hija de un padre chileno, que nació en Canadá, en Montreal, a causa del exilio, y de una madre brasileña, Paula.

Su madre siempre estuvo ligada a los saberes afrodescendientes porque practica y enseña danza afro, lo que la mantiene cerca de su ancestralidad. Además, nunca abandonó completamente su cultura de origen que es la afrobrasileña. “Hay cosas que nunca se perdieron, por ejemplo, yo nací y crecí en la rueda de capoeira, mis primeros recuerdos de bebé fue ver a mis papás haciendo capoeira y eso es algo tremendamente negro. Por otro lado, yo siempre vi a mi mamá haciendo clases de danza afro, eso también influyó un poco, porque no ha sido una

mamá que ha estado buscando suprimir su negritud, o sea, en parte todos pasamos por procesos donde a veces necesitamos suprimir nuestra negritud o a veces lo deseamos, hay periodos y periodos, hay días en que yo despierto y me odio, me carga mi nariz, me carga mi pelo, me carga mi piel, y son procesos que igual son fuertes, que yo creo que todas las personas negras viven en un entorno que no es orgánicamente el suyo”, aclara, no obstante, su madre pese a pasar también por estos procesos siempre vuelve a lo afro.

“Entonces, esas cosas me ayudaron mucho, porque yo siempre vi a mi mamá metida con el tema afro, igual después ella pasó por unos años donde no estuvo en nada relacionado con eso porque mi abuela, mi *bobo* de parte de mamá, es super evangélica y para ella todo era del demonio, la danza afro que hacía mi mamá era del demonio y que, si a mí me gustaba mucho el mar, yo idolatraba al mar. Entonces igual yo creo que eso ha sido uno de los grandes desafíos para nuestra familia porque ella nos metió mucho en la iglesia”, cuenta Yanira, sobre su vida personal, que por la religión estuvo cargada de culpa y de ocultar ciertas tradiciones negras por intentar abrazar una cultura cristiana más conservadora.

A lo anterior, se suma que la tía de Yanira es Luta Cruz, una mujer afrochilena conocida artísticamente por su música y por ser abiertamente una mujer que abandonó ciertas prácticas machistas y coloniales como la depilación. Luta es una mujer que abiertamente se dejó crecer barba, para el asombro de miles de personas que la conocen y la siguen, ella misma se autodenomina como una mujer “afrochilena barbuda”.

“Imagínate lo que era para mi abuela alguien como la Luta, era terrible, decía que era una pecadora. Igual mi abuela no es una mujer mala, pero es una mujer que está muy dañada por el cristianismo y eso afectó mucho también nuestras relaciones familiares entre nosotras y con ella. Entonces, eso nos ha desunido hartito como familia, ha habido muchos quiebres. Mi abuela hace un par de años se fue a Brasil y cuando hablo con ella hoy día veo que está muy arrepentida porque no tuvo la receta perfecta como matristora de esta familia. Entonces yo veo lo mucho que le duele a ella, que de repente a veces cuando habla conmigo, siento que habla tratando de remediar un poco y siendo más neutral conmigo porque en algunos momentos ella fue muy estricta”, dice, sobre la relación que tuvo con su madre y con Luta.

“Además, mi tatará tatará abuela fue una mujer esclavizada en Brasil, pero mi abuela lo niega rotundamente, es una cosa muy dolorosa. Lo bueno es que yo, un año antes de la muerte de mi bisabuela, pude ir a rescatar su memoria y la escribí (...), ella me contaba que su abuela, fue una mujer esclavizada, pero mi abuela niega eso. Además, ella de repente se ha pegado comentarios como: ‘que linda la piel de él, es muy blanquito, para mejorar la raza’, le dijo una vez a un pololo de la Luta, y nosotras con mi mamá quedamos así como ¿qué onda? Entonces de repente le salen esos comentarios o esas cosas de esconder la historia. O dice que siempre estamos tan equivocadas y tan fanáticas con estos temas, y nos ha afectado. Pero yo veo que hoy ella siente que se equivocó en hartas cosas”, agrega Yanira sobre su historia con su “bobo”, como le dice de cariño.

“Yo nunca he visto a mi abuela asumir su afro 4C que es una categoría de rizo. Dentro de la comunidad negra hay una escala de rizos, entonces está desde liso hasta muy crespo, un pelo muy muy tupido, como el de los haitianos que uno ve en la calle, que es como lana, esos son pelos de la categoría 4. Entonces 4C es el más tupido que hay, muy chiquitito el rulo y a mi abuela siempre la he visto tratando de tirarlo para abajo, estirándolo y deformándolo, nunca dejándolo ser. Pero también yo la entiendo, o sea, es una mujer que nació en el 50’, que vamos a esperar de eso”, apunta sobre las diferencias que hay entre su generación y la de su abuela, que fue muy reprimida.

Yanira, a partir de su propia lucha personal pudo liberarse, en parte, de esta represión que venía de generaciones anteriores en su familia, ya no sintiendo culpa por ser negra. Asimismo, al igual que ella, también hay muchas personas negras que están abrazando su identidad y mostrándose cada vez más felices con su color de piel, algo que tomó la publicidad, que en cierta medida ha hecho ver que ser negro ahora es la moda, lo que se puede observar en la apropiación cultural general que hay de elementos de la cultura negra como, por ejemplo, las trenzas.

Cada vez es más común ver a artistas blancas que usan elementos de la cultura negra y eso, para esta activista, también es una forma de violencia, aunque siente que se le ha dado más tribuna de la que debería tener.

“Yo pienso que la apropiación cultural es un fenómeno muy controversial porque, voy a decir algo super loco, pero el mundo es tan racista que la apropiación cultural es la única violencia donde el blanco es el protagonista y por eso es tan controversial. Otra vez el negro no es el protagonista de esta historia y eso justamente es el privilegio blanco, porque yo me he dado cuenta de que, por ejemplo, yo como Yanira cuando hago denuncias de apropiación cultural, tienen mucha llegada versus cuando publico sobre esclavitud en el Congo por la empresa Nestlé o cuando hablo de lo que le pasó a un hombre haitiano que le dieron un carnet con fecha de un mes de duración, esto no tiene tanta llegada, y yo creo que tiene que ver con el privilegio blanco y la fragilidad blanca porque sienten que les están diciendo que lo que están construyendo de su propia identidad está mal, y los están atacando. Y yo igual lo entiendo porque me pongo en los zapatos de una persona blanca y pienso cómo se debe sentir de que llegue una persona negra con la cual ni siquiera está habituado a interactuar y que le diga ‘construiste tu identidad en base a una farsa, deja de hacerlo’”, comenta Yanira, sobre su postura en frente a este fenómeno, que efectivamente cuando se denuncia, generalmente, es en desmedro de ciertas actitudes de personas blancas, poniéndolos a ellos como protagonistas y no a los negros, pero añade que igualmente, “detrás de esto hay toda una cultura de minoría que se está viendo afectada, en una violencia indirecta” hacia personas negras.

“Una violencia directa, en cambio, sería, por ejemplo, lo que le pasó a mi mamá. Ella durante muchos años tuvo su taller de danza afro en una municipalidad de acá (en la quinta región), y llegó una mujer a tirar currículum justo en la municipalidad donde trabajaba mi mamá; todos conocen a mi mamá en el litoral, todos saben que ella es una de las únicas profesoras de danza africana y que es una de las pocas negras que hay en Chile que lo enseña; entonces tampoco es como que no la conozcan. Hasta que llegó esta mujer, que quiso ir a tirar currículum allá, donde enseña mi mamá, de danza afrolatina, que el afrolatino ni siquiera existe porque ya hablar de latinidad es borrar todas las identidades afro que hay en base a diferentes territorios como el afroperuano, el mismo afrochileno, tumbe, afrobrasileño, en fin. Ella (que no es afrodescendiente) hace clases de afrolatino y quedó con el trabajo, y mi mamá perdió trabajo, entonces eso es una manifestación de la apropiación cultural y cómo puede ser violento directamente, y eso ocurre con todo orden de cosas, trenzas, ropa, cualquier emprendimiento que

pueda hacer una persona negra relacionada a la cultura y que se vea afectada”, dice Yanira, con respecto a cuando una persona blanca toma un puesto en desmedro de los ingresos económicos que podrían ir hacia una persona negra, que históricamente viven en un contexto de mayor desigualdad.

“Aparte, al análisis que hemos llegado con el kilombo sobre el tema de la apropiación cultural es que ha existido una comercialización desde Estados Unidos de lo que es ser una persona negra a través de la música y del cine hollywoodense. Entonces, para hacernos una idea, hoy gracias a Estados Unidos lo que es ser una persona negra, es alguien que usa uñas, argollas gigantes, *bling bling*, oro, Nike, ropa ajustada, alguien a quien le gusta el rap. Hoy, prácticamente, lo que los jóvenes consumen como apropiación cultural es todo lo comercializado por EE.UU. y más encima es racista, porque Estados Unidos comercializó un estereotipo, ni siquiera lo que son los negros de allá”, comenta Yanira.

“Entonces, al final, la gente dice ‘me gusta la cultura negra’. No. Te gusta lo que el comercio te vendió de lo que es ser una persona negra, pero ¿sabes qué? es super difícil dialogar con las personas porque cuando la fragilidad blanca se interpone a la persona no hay cómo dialogar, es súper complejo, porque como te decía, las personas no quieren escucharnos, les molesta, estamos mal, estamos desde la rabia o somos racistas inversos. Es como si la fragilidad blanca fuera un ente aparte, un espíritu colonial que se pone al frente y que te dice que tú estás mal. Al final no vale la pena, he llegado a esas conclusiones, no vale la pena discutirlo con la gente o tratar de enseñarlo, porque a veces la gente está con ese sujeto colonial interpuesto”, dice Yanira, sobre las veces en que no se ha sentido escuchada o entendida, pero que, concluye, no es culpa de las personas, sino que de la mentalidad colonial que traen en su ser.

Yanira dice que aprendió con el tiempo a no enojarse tanto porque antes discutía mucho con otras personas sobre estos temas, pero ya entendió que a veces no se puede dialogar porque hay una cultura colonial en Chile que no todos están dispuestos a desaprender. No obstante, hay veces en que vale la pena dar la pelea si tiene en mente que podrá traer beneficios a su comunidad y por eso es activista, aun así, admite que es un trabajo muy agotador.

“Hay días en que despierto y digo ‘me gustaría vivir en una isla’. Son esos los días en que me hubiera gustado no nacer negra en que digo ‘estoy tan cansada’, y estoy cansada no de ser antirracista. A mí me cansa mucho más el racismo que el antirracismo. A veces me desanimo, pero después pienso que me encantaría hacer mil cosas. Hacer un gran congreso negro de personas afro con actividades, música, charlas, traer personas a exponer y que sean solo personas negras. Sueño con que, en algún momento, las personas negras acá en Chile podamos ser tan organizadas como movimientos revolucionarios que nos anteceden: los kilombistas de Brasil, Black Panthers en Estados Unidos, los revolucionarios haitianos, que eran movimientos negros tremendamente organizados, entonces a veces sueño con que acá en Chile se pueda lograr una buena organización. No sé si necesariamente con un fin específico, sino que para apoyarnos: ‘oye hay alguien que no tiene comida’, ‘ya recolecta, vamos a ayudarlo’, ‘oye en la población *tanto* hay tres casas de haitianos super hacinados. Vamos a ayudarlos’, o ‘hay un haitiano que no *cacha* nada de cómo hacer sus trámites, ayudémoslo’, ‘oye yo tengo un emprendimiento te puedo contratar’. Esto es lo que yo sueño realmente”, sostiene Yanira.

“Pero antes de eso hay que desaprender, antes de llegar a un punto de entrega a la comunidad nosotros mismos como grupo tenemos que desaprender. Entonces, es mucho trabajo y yo me pregunto si se logrará o no”, se cuestiona Yanira. “A veces me gustaría irme del país, cambiarme de identidad, pero por ahora no puedo salirme de esto, no puedo, se hizo parte de mí, esto es lo que soy. A veces estoy en esos dilemas, pero yo sé que no soy la única, yo sé que a varias personas más les pasa”, agrega, pero de eso se trata para ella, de vivir con estas contradicciones, abrazarlas y avanzar.

Unas contradicciones que siempre va a tener porque no es fácil convivir en un ambiente blanco, porque, aunque quiera, nunca va a poder evitar completamente esta otra parte, a la cual no siente que pertenece, pero que espera algún día tener el derecho a habitar.

“A veces, yo me presento y digo ‘mi nombre es Yanira y llevo 22 años siendo extranjera en mi propio país’. Toda mi vida me he sentido extranjera”, confiesa, y dice que no hay día en que no le pregunten si es realmente chilena cuando conoce a alguien. ¿Cómo sentirse chilena si ni tus propios compatriotas te reconocen? ¿Cómo poner en valor ese derecho a habitar por el que

lucha? Estas cuestiones siempre la van a acompañar, pero la convicción de continuar en el antirracismo y el afrocentrismo, y de levantar la voz frente a la injusticia, son ahora más fuertes que sus ganas de cambiar de piel, en la que cada día se siente más cómoda.

EPÍLOGO

Esta memoria fue escrita con la intención de destacar el rol de las mujeres activistas migrantes y afrodescendientes chilenas (todas racializadas, discriminadas por un sistema neoliberal, patriarcal y racista) y los caminos que las llevaron a liderar diversas organizaciones, pero en el proceso, se aprendió mucho más. Sus historias personales están marcadas por diversos tipos de violencia que van desde el machismo hasta el racismo y que sellaron el destino de sus vidas, llevándolas a la acción y a formar parte de colectivos y organizaciones.

Tras leer estas crónicas es difícil no empatizar con sus experiencias. Cada una en algún punto de su vida le vio la cara a la discriminación y a injusticias que, lejos de desanimarlas, las llevaron a politizarse y a luchar activamente por poner fin a lo que vivían ellas mismas y los otros.

Cada una de estas historias tienen un punto en común: ninguna llegó desde el privilegio a ser activistas, sino que sus historias son las mismas que las de miles de mujeres, que a punta de esfuerzo lograron superar sus complicadas situaciones y que, ahora, no descansan para compatibilizar sus profesiones o trabajos con su activismo.

Sus experiencias las hacen entender mejor que nadie qué es lo que necesita su comunidad y, en ese sentido, fue un error del gobierno dejar fuera al pueblo tribal afrodescendiente y a la comunidad migrante de la Nueva Constitución, porque ambos grupos cuentan con representantes de mucha sabiduría y conocimientos que harán falta.

Estos grupos son muy valiosos para la cultura e historia de Chile y no puede ser que un sistema racista los haya dejado fuera. Pese a haberlo intentado, les cerraron las puertas en la cara. No tienen representantes, no tienen voz dentro de la Constitución y, en su mayoría, las protagonistas de estas crónicas sienten que les hará falta.

Esto adquiere mayor relevancia si se tiene en cuenta que “la participación política de los migrantes en los países a los que se incorporan es una parte sustancial del proceso de adaptación y asimilación a las nuevas condiciones que enfrentan como minoría en un nuevo país donde son extranjeros” (Calderón, 1999;125). Sin tener un puesto, su integración es más difícil.

No obstante, no cabe duda de que estas mujeres activistas seguirán trabajando por el bien común de sus comunidades; la incondicionalidad que marca sus personalidades las convierte en mujeres imparables: algunas lejos de la política, otras más cerca, pero ciertamente con un rol activo en la sociedad.

Aun así, hablar de estos grupos fue hablar de exclusión. Su cultura y sus costumbres están reservadas para ellas mismas, pero su trabajo ayudará a abrir los ojos de los/as chilenos/as a toda la riqueza y diversidad cultural que entregan los migrantes y los afrochilenos.

Con la llegada de migrantes que han sido racializados hoy más que nunca se puede decir que los chilenos/as son y seguirán siendo diversos. Con el tiempo y los quiebres a las condicionantes interseccionales que dominan desde el racismo y la discriminación, ellas confían y ahora yo confío en que este territorio y sus pueblos podrán tener una “feliz mudanza”, como solía decir Violeta Parra.

Como se puede ver en estas historias, desde la colectividad es que se consiguen los cambios y no desde la individualidad. La cooperación entre comunidades aporta al crecimiento de la sociedad y es necesario que las políticas públicas apunten en ese sentido para ir en un camino que contribuya al fin del racismo y la exclusión hacia quienes más invisibilizados/as y vulnerados/as hoy siguen estando en Chile.

Es difícil, hasta utópico, creer que las violencias hacia las mujeres racializadas y pobres van a disminuir, pero como menciona Marta Salgado, “si todos pusieran un granito de arena por el bien común, se pueden lograr los cambios”. O, por otro lado, como dice Patricia Rojas, “ojalá algún día las organizaciones sociales solamente sean puntos de encuentro para personas de un

mismo origen, y ya no tengan que ser instancias asistencialistas, ni necesiten reunir fondos o ayudas para los que no tienen”.

Ojalá, todas las personas negras pudieran sentirse cómodas en su propia piel como Yanira Amandla y todas los migrantes tengan un espacio feminista y seguro integrado por compañeras que son casi unas hermanas, como el de Michel Azoaje.

No será un camino sencillo, pero el activismo social de estas mujeres ya está aportando a este cambio. Ellas son fundamentales y ya es hora de que se las reconozca en plenitud de derechos para la plenitud de sus vidas, que también son nuestras vidas.

ENTREVISTAS REALIZADAS

NOMBRE	ORGANIZACIÓN	FECHA
Ana Rosa Zuleta	Mujeres Migrantes en Chile Tarapacá	28 mayo 2021
Pierinna Michel Azoaje	Secretaría de Mujeres Migrantes	31 mayo 2021
Patricia Rojas	Asociación Venezolana en Chile	08 junio 2021
Cristobalina Amador	Corporación de Inmigrantes Unidos Los Lagos	14 junio 2021
Lorena Zambrano	AMPRO	15 junio 2021
Pamela Guerra	Aluna Tambó	29 junio 2021
Yanira Amandla Silva	Afros Chile	30 junio 2021
Rebeca Butrón	ONG Lumbanga	07 julio 2021
Marta Salgado	ONG Oro Negro	20 julio 2021
Marymar Vargas	Colombianos Por Siempre	23 julio 2021

BIBLIOGRAFÍA

- ACNUR (Agencia de las Naciones Unidas para los refugiados) (2021) “Situación en Venezuela. <https://www.acnur.org/situacion-en-venezuela.html> [Consultado el 17 de agosto de 2021]
- ÁLVAREZ, C., BECERRA, M., GALAZ, C., & HEDRERA, L. (2016) “Intervención social con mujeres inmigradas en Chile: ¿asistencialismo y/o promoción social?” en *RUMBOS TS*, año XI, N.º 14. pp. 55-75
- ARAYA, K. (2013) “Chile” en *Salvaguardia del patrimonio cultural inmaterial de los afrodescendientes en América Latina*. CRESPIAL/UNESCO, México.
- ARULDOSS, V., NOLAS, M., & VARVANTAKIS, C. (2020) “Activismo político de por vida” en *PAULUS Revista de Comunicação da FAPCOM São Paulo Vº4, Nº7*. pp. 41-56
- BBC NEWS WORLD (2018) “Crisis de Venezuela: El éxodo de los venezolanos es el mayor de Latinoamérica en los últimos 50 años”. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-45291398> [Consultado el 16 de agosto de 2021]
- BURÓN, L., & DÍAZ G., (2019) “Para ser Colombianos por Siempre: esferas privadas y públicas para la génesis y construcción de un colectivo migrante en Temuco” en *Revista Cuhso, Cultura Hombre Sociedad*. Universidad Católica de Temuco. pp. 80-107
- CALDERÓN, L. (1999) “Ciudadanos inconformes Nuevas formas de representación política en el marco de la experiencia migratoria: el caso de los migrantes mexicanos” en *FRONTERA NORTE*, Vº11, Nº21. pp. 117-146.
- CANO, E., & CHAO L. (2015) “La red de redes y el activismo político transnacional de los migrantes paraguayos en España” en *González García, E.; García Muñiz, A.; García Sansano, J. e Iglesias Villalobos, L. (Coords.) Mundos emergentes: cambios, conflictos y expectativas*. Toledo. ACMS. pp. 757-767
- CARPIO, L., ORDÓÑEZ, K., & SUING, A. (2018) “El activismo social feminista: la violencia de género como centro mediático”. En B. Sánchez-Gutiérrez (Ed.), *Feminismo, investigación y comunicación: una aproximación plural a la representación de las mujeres*, Sevilla: Egregius, pp. 129-146.
- CHÁVEZ, N., & ROJAS, J. (2018) “Lucha negra en Chile” en *Revista Digital KURICHE*. <http://www.kuriche.cl/2018/09/02/lucha-negra-en-chile/> [Consultado 02 de noviembre de 2021]
- COOPERATIVA (2021), “Declaran a la Plaza Brasil de Iquique zona de riesgo sanitario”. <https://cooperativa.cl/noticias/pais/region-de-tarapaca/declaran-a-la-plaza-brasil-de-iquique-zona-de-riesgo-sanitario/2021-07-28/121558.html> [Consultado el 23 de agosto de 2021].
- CÓRDOVA, M., & TIJOUX, M. (2015) “Racismo en Chile: colonialismo, nacionalismo, capitalismo” en *Revista Latinoamericana*, Volumen 14, N.º 42, pp. 7-13

- CUSSEN, C. (2006) “El paso de los negros por la Historia de Chile” en *Cuadernos de Historia*. N°25, Universidad de Chile. pp.45-58
- CUSSEN, C. (2016) “Raza y calidad de vida en el Reino de Chile. Antecedentes coloniales de la discriminación” en *Racismo en Chile: La piel como marca de la inmigración*. Editorial Universitaria. Santiago de Chile. pp. 21-33
- DÍAZ A., CORVACHO O., MUÑOZ W., & MONDACA C. (2020) “Territorio, Etnicidad y Ritualidad Afrodescendiente. La Cruz de Mayo en el Valle de Azapa, norte de Chile” en *Revista Interciencia*. Vol. 45. N°3. pp.132-141
- ESCOBEDO, J. (2016) “Adiós a la Tierra Prometida”, en *Rev. Investig. Altoandín*. Vol. 18 N.º 4, pp. 507 - 518
- ESPINOSA, M. (2015) “Afrochilenos en Arica: Identidad, Organización y Territorio” en *Revista Antropologías del Sur* N°3. Universidad Academia de Humanismo Cristiano. pp.175-190
- FERNÁNDEZ, B., & HERRERA, C. (2017) “Inmigrantes y comunidades nacionales en contextos de neoliberalismo: la experiencia de la organización Fuerza Inmigrante en Chile”. Tesis para optar al grado de Licenciatura en Historia. Santiago. Universidad de Chile.
- GUERRA, P., (2017) “Migrantes y activismo: Tomemos de una vez la palabra”, en *elDiario.es*, https://www.eldiario.es/opinion/tribuna-abierta/migrante-primera-persona-activismo_129_3375680.html [Consultado el 12 de agosto de 2021]
- INE (Instituto Nacional de Estadísticas). (2018) “Síntesis de resultados censo 2017”. <https://www.censo2017.cl/descargas/home/sintesis-de-resultados-censo2017.pdf> [Consultado el 16 de agosto de 2021]
- INE (Instituto Nacional de Estadísticas) & DEM (Departamento de Extranjería y Migración). (2021) “Estimación de personas extranjeras residentes habituales en Chile al 31 diciembre de 2020”.
- MILIEN, S. (2015) “Afrochilenos en rumbo al reconocimiento como pueblo tribal Una investigación sobre los factores históricos y culturales de los Afrodescendientes en Arica”. Independent Study Project (ISP) Collection. 2270. Valparaíso, Chile. https://digitalcollections.sit.edu/isp_collection/2270
- MINSAL, Ministerio de Salud de Chile, (2017) *Política de Salud de Migrantes Internacionales*, Santiago, Chile. pp. 1-45. <https://www.minsal.cl/wp-content/uploads/2015/09/2018.01.22.POLITICA-DE-SALUD-DE-MIGRANTES.pdf>
- MUT, E. (2015) “El activismo de las refugiadas políticas colombianas”. Tesis Doctoral. Valencia. Universidad de Valencia.
- NOTICIAS ONU, (2019) “La cifra de migrantes internacionales crece más rápido que la población mundial”. <https://news.un.org/es/story/2019/09/1462242> [Consultado el 10 de junio de 2020]

NOTICIAS ONU, (2019) “Los migrantes internacionales suman 270 millones en 2019”. <https://news.un.org/es/story/2019/11/1465971> [Consultado el 09 de junio de 2020].

OIM, & ONU MIGRACIÓN, (s.a) *Términos fundamentales sobre migración*
<https://www.iom.int/es/terminos-fundamentales-sobre-migracion#migracion-internacional>
[Consultado el 09 de junio de 2020].

OLIVA, E. (2016) “Entre lo remoto y lo foráneo: los afrodescendientes en Chile a propósito del libro *Afrochilenos. Una historia de oculta*, de Marta Salgado” en *MERIDIONAL Revista Chilena de Estudios Latinoamericanos*. N°6, pp. 179-189

ONU, (s.a) “*Definiciones*” en *Refugiados y Migrantes*.
<https://refugeesmigrants.un.org/es/definitions> [Consultado el 09 de junio de 2020].

OVCS (Observatorio Venezolano de Conflictividad Social) (2021) “Conflictividad Social: Venezuela primer trimestre de 2021”. <https://www.observatoriodeconflictos.org.ve/oc/wp-content/uploads/2021/04/INFORMEOVCS-PRIMERITRIMESTRE2021.pdf> [Consultado el 17 de agosto de 2021]

PÁEZ, N. (2017) “Conmemoran aniversario de Bolivia en Iquique con distintas actividades” en *Soy Iquique*. <https://www.soychile.cl/Iquique/Cultura/2017/08/06/480067/VIDEO-Conmemoran-aniversario-de-Bolivia-en-Iquique-con-distintas-actividades.aspx> [Consultado 11 de agosto 2021]

Red Jesuita con Migrantes Centroamérica (2016) “Mujeres centroamericanas en movimiento: experiencias de hospitalidad, activismo y valentía en Mujeres Centroamericanas” en *Cuaderno de Reflexión* N°4.

STOLCKE, V. (2000) “¿Es el sexo para el género lo que la raza para la etnicidad... y la naturaleza para la sociedad?” en *Política y Cultura*, N° 014, Universidad Autónoma Metropolitana: Xochimilco Distrito Federal, México. pp. 25-60

SUBIRATS, J. (2017) “El activismo social entre la globalización y el municipalismo” en *Notes Internacionals CIDOB* N°168. pp. 1-4

VARGAS, C. (2018) “La migración en Venezuela como dimensión de la crisis” en *Venezuela: la multidimensionalidad de una crisis hemisférica*, Pensamiento Propio N°47. pp. 91-128

VIVEROS, M. (2016) “La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación”, en *Debate Feminista*. V°52, pp. 1-17